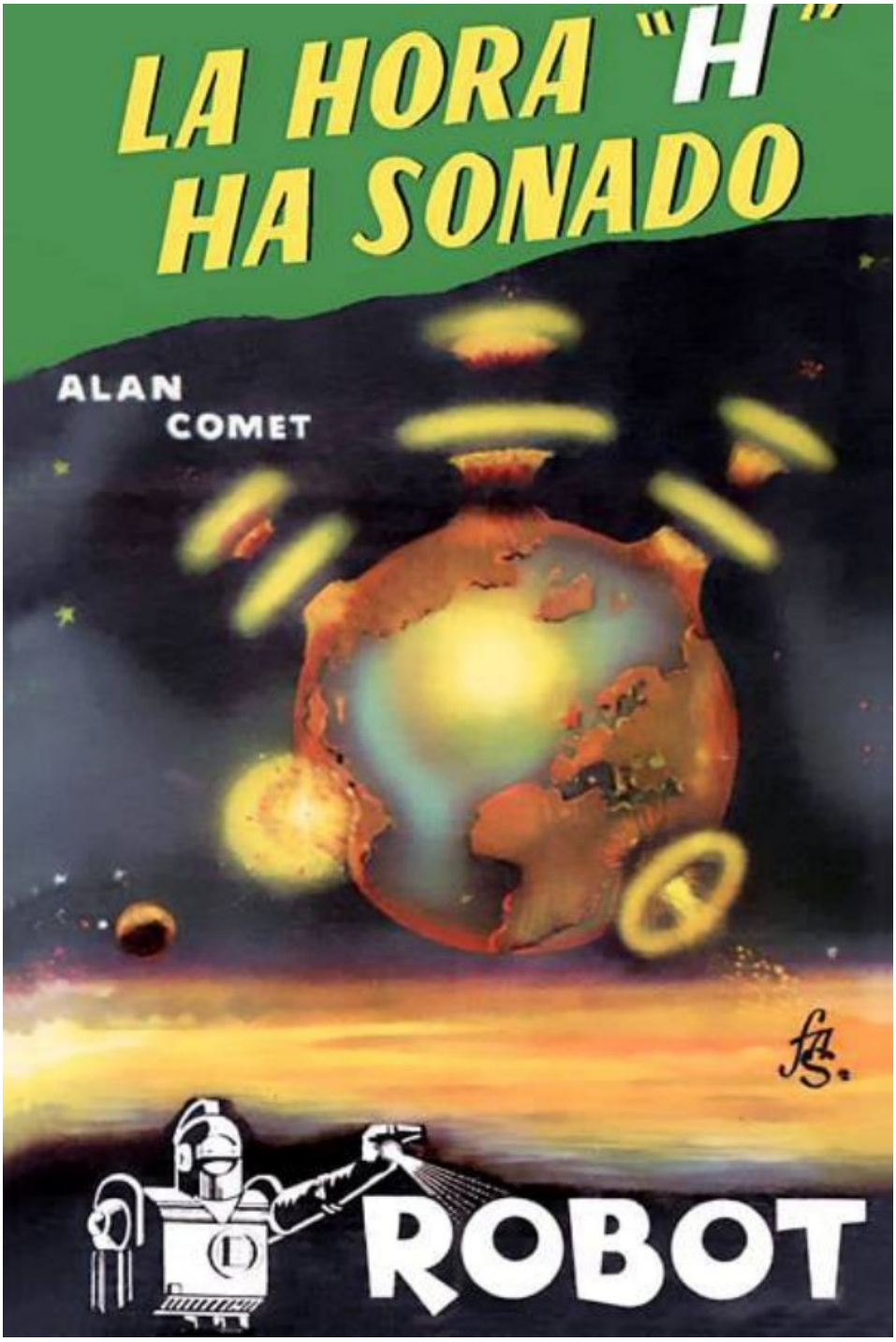
LA HORA "H" HA SONADO

ALAN COMET



ROBOT

LA HORA H HA SONADO

Robot Nº 8

Autor: Alan Comet
UUID: a622d21b-61dc-4dbd-b447-bc9a6f82ea73
Generado con: QualityEbook v0.82

Aviso a los lectores

CON la aparición del número extraordinario «LA HORA H HA SONADO» y el cambio de dirección de la Editorial, la colección ROBOT puede anunciar una serie de cambios fundamentales, insistentemente reclamadas por nuestros lectores desde los primeros números.

Editorial MANDO, deseosa de dar a sus lectores una producción literaria que se encuentre de acorde con la presentación del libro, está dispuesta a convertir la colección ROBOT en la más preciada obra de aquellos que se interesan por las novelas de anticipación científica.

Nuevas cubiertas, obtenidas por una nueva técnica, embellecen la portada y dan consistencia al encuadernado, convirtiendo los libros en algo digno de ser colocado en el lugar preferente de cualquier biblioteca.

La nueva portada, en material plástico, no deformable y de una probada resistencia, sigue la línea de las publicaciones que, fuera de nuestro país, tienden a convertir la técnica del libro proporcionando al público unos volúmenes que, por un precio módico, satisfacen al lector más exigente.

Las portadas de la colección ROBOT no irán barnizadas —procedimiento de duración demasiado corta y que aja la cubierta en cuanto se toca, deformándose y pegándose por el calor—. ROBOT llevará cubiertas tratadas por «gasoflán», procedimiento de reciente aplicación en el mundo de la librería y que ya orna la mayoría de las publicaciones de precio.

Pero, además de las indudables ventajas y belleza exteriores,

ROBOT, realizando un verdadero esfuerzo editorial, aumentará las dimensiones de su texto, proporcionando una mayor lectura de la pluma que, indudablemente, se abre camino entre nosotros como la más calificada para hablar de temas de anticipación.

Alan Comet también se debe al público y los títulos de sus obras futuras llevan inscrito el interés de los más apasionantes temas de esta clase de literatura:

«¡MARTE ATACA!» Desde la «Guerra de los mundos», de H. G. Wells, no se había escrito algo tan espeluznante y al mismo tiempo tan crudamente realista sobre tan apasionante tema. El hombre se ha interesado siempre por sus más próximos «vecinos» del espacio. Marte, con sus raros canales y con sus manchas de vegetación, ha centrado la atención de los humanos, temiendo que la civilización de sus probables habitantes fuese lo suficientemente superior para que tuviesen la idea de invadirnos.

Pero lo que más ha forzado la imaginación de los hombres ha sido el pensar cómo serían esos marcianos que innúmeros artistas han representado de mil maneras diferentes, pero dándoles siempre una estructura más o menos humana.

Alan Comet se atreve a decirnos que NO ES NECESARIO QUE LOS MARCIANOS SE PAREZCAN A LOS HOMBRES.

Al leer el número 10 de la colección ROBOT podrá hallarse ante una sorpresa que no esperaría jamás.

Los otros títulos:

SATÉLITE ARTIFICIAL.

CUANDO EL SOL SE EXTINGA.

PIRATAS SIDERALES.

COMETAS DIRIGIDOS.

EL DESPERTAR DE LA ATLÁNTIDA, etc.,

serán sus libros preferidos, no solamente por su nueva y lujosa presentación, sino por su contenido, la emoción creciente de su relato y los mundos que visitará usted por la infinitud del espacio.

EDITORIAL MANDO

Nada mejor al presentar esta nueva novela de Alan Comet, que publicamos con carácter de número extraordinario, dentro de la ya conocida colección ROBOT, que la satisfacción de considerarla

como lo que es: el producto de una ficción literaria, totalmente fantasía del principio hasta el fin. Porque solamente siendo fantasía, la espeluznante amenaza de una tercera guerra mundial puede aparecer ante nosotros.

Sin embargo, cuando consideramos la negrura de un horizonte mundial, que no logran aclarar los efímeros relámpagos de los propósitos de paz, que no se dan más que por una de las partes, nos hace temer que todas esas armas temibles se pongan, en el momento menos esperado, en marcha.

Alan Comet, consciente de la terrible magnitud de un nuevo conflicto bélico, ha tenido el acierto de considerarlo dentro del marco profético del Apocalipsis de San Juan. Nada podía parecerse más, en efecto, a un fin del mundo que la desatada violencia de la guerra moderna, que parece coincidir exactamente con las predicciones del Santo.

Hay en cada capítulo, de LA HORA H HA LLEGADO un símil apocalíptico que se traduce en un deseo de interpretación para que los que esto leyeren puedan percatarse de la tragedia que llevaría consigo una nueva guerra.

Estamos seguros que la original e inesperada manera con que Alan Comet desarrolla este hipotético conflicto mundial puede sorprender a más de un lector. Sin embargo, leyendo atentamente los capítulos en los que el autor nos adentra en el mundo soviético de finales de nuestro siglo podremos llegar a comprender que la malévola y demoníaca idea del ficticio profesor Nicolai Stanoloiew Sirensky no está exenta de una lógica estratégica, dada la preponderancia de los Estados Unidos, único enemigo potente que puede contrarrestar las aspiraciones de conquista soviéticas.

Por otra parte, deseamos insistir en el paralelismo que el autor hace entre el profesor ruso y la segunda Bestia del Apocalipsis y que llega a poseer tal fuerza de identidad, que el propio mariscal Solonov —alejado políticamente de los principios religiosos— se percata, en determinado momento, de que se halla en presencia del Maldito…

El relato —siguiendo la línea del Apocalipsis— se desarrolla en dos grandes partes, colocando a la civilización, en la primera, cara a un peligro que parece irremediablemente destinado a hacerla desaparecer…

Quizás lo que llame más poderosamente la atención sea la «forma» de desarrollarse el conflicto armado. Acostumbrados ya a los paradójicos principios de la «guerra fría» y, sobre todo, a la extraña geometría de la política eslava, podemos llegar a comprender la manera inusitada en que puede llevarse a cabo una guerra que, como acostumbran a ser las modernas, no ha sido declarada.

Ha querido Alan Comet imaginar una prohibición de las armas nucleares, lograda finalmente en 1960. Pero, conocedor de las vanas promesas de los hombres, nos demuestra que otras armas, que en potencia destructora no tienen nada que envidiar a las suprimidas, pueden y deben encontrarse entre los «procedimientos secretos» de todos los países.

El papel de una Europa consciente de su deber para con la civilización cristiana, no dejará de satisfacer a nadie, ya que hay en esta novela la expresión de una generosidad hacia los estadounidenses que no podía por menos de manifestarse.

Finalmente, no desearíamos cerrar estas líneas sin expresar nuestro más ardiente deseo de que la terrible HORA H no suene jamás. De todas formas, y si la voluntad de Dios nos impone una nueva prueba, en cumplimiento de lo que puso en labios de San Juan, escucharemos humildemente sus palabras cuando quiso cortar los deseos y la curiosidad de los que deseaban saber demasiado:

«No os toca a vosotros averiguar los tiempos y momentos que el Padre se ha reservado, pero recibiréis el Espíritu Santo y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaría y hasta los confines de la Tierra.»

(Act., 1, 7 ss.)

EDITORIAL MANDO

Yo te ruego, Señor, hincado de rodillas
sobre la pobre tierra que me espera callada,
como un último abrigo
que arropará mi frío temblor, cuando la muerte

ponga fin a mis sueños.
Yo te ruego, Señor, que apagues los latidos
de la insana locura en la que estamos.
Yo suplico, Señor,
que detengas la fuerza de esos malditos átomos
que creímos esclavos, siendo nosotros de ellos
como larvas pendientes de su fuerza inaudita.
Yo te ruego, Señor,
que refrenes el ímpetu
de nuestro necio orgullo, un orgullo de fórmulas
con las que vanamente quisimos encerrarte,
atacado a una ecuación, crucificado
esta vez sobre signos cabalísticos.
¡Ten piedad!
Y perdona las cóleras absurdas
de nuestro inmundo barro;
perdona la grandeza ficticia de los gestos y la vana actitud
con que al cielo miramos…
La tierra se estremece entre los tubos
de ensayo.
Nos hemos convertido en oscuros cobayas,
a los que se administra angustia y más angustia.
Te suplico, Señor,
que pares nuestra marcha
para que vuelva al mundo
el tranquilo sentir de nuestra esencia.
¡Y no sea la tierra que nos diste más
que un valle de lágrimas que nos conduzca a Ti!

Alan COMET

“Vi otra bestia que subía de la tierra y que tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón. Ejerció toda la autoridad de la primera Bestia en presencia de ella e hizo que la tierra y todos los moradores de ella adorasen a la

primera Bestia…”

(San Juan, Apocalipsis.)

CAPÍTULO PRIMERO

UN HOMBRE INSIGNIFICANTE

Moscú, principios de agosto de 1999…

DESDE el momento en que las potentes fuerzas del Ejército Rojo habían tomado directamente el mando de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, en aquella Unión que ocupaba la mitad del mundo civilizado, después de la caída de Malenkof, inmediatamente a la desaparición de Beria, una gran «tschistka» (1), movida desde los Estados Mayores, había ido eliminando a todos aquellos que deseaban, cansados del rudo viaje iniciado en 1917, inaugurar una era de convivencia en un mundo que abocaba implacablemente hacia la guerra.

(**1) "Purga".**

Hondas fisuras se habían producido en el tremendo edificio soviético, inclinando la balanza de una manera insensible hacia la única salida posible que se imponía antes de que las grietas llegaran a derrumbar todo.

El salón general de sesiones del Kremlin estaba abarrotado de todo lo que representaba poder y fuerza en la U. R. S. S. Se iba a jugar allí la última carta, un triunfo vital en una jugada histórica a la que llevaba la situación inestable de aquello que parecía, veinte años antes, tan inconmovible como una roca cuyas raíces se hundiesen hasta el mismo centro de la Tierra.

Ninguna figura representaba al país. Stalin había sido el último hombre que poseyese el poder absoluta sobre millones de criaturas humanas. Desconfiando de encontrar a alguien que reuniese las características del «hombre de acero», los directivos soviéticos entregaron el Poder a la única potencia que podría salvarlos contra

el desarrollo constante de Occidente: el Ejército.

El bocado del león de todos los planes quinquenales que se desarrollaron a partir de 1960 fueron para las armas, ya que la demagogia era incapaz de abrir las puertas del mundo a los sueños quiméricos de Vladimir Oulianov, conocido por el nombre de Lenin. El Imperio soviético era ya un hecho al acabar la Segunda Guerra Mundial. El paso del Poder a las manos del Ejército definió, de una manera sobradamente clara, la tendencia hacia la conquista de los viejos ensueños de todas las Rusias.

El mariscal Toukriev, ornado de medallas y condecoraciones, impuso, con un gesto breve, el silencio que necesitaba para abrir la sesión más fundamental de toda la historia rusa.

—Camaradas: la situación ha llegado al punto que temíamos desde 1945. Las fuerzas del capitalismo internacional están preparadas, como aves de rapiña, para lanzarse contra nosotros en el momento propicio, que puede antojárseles en cualquier instante. Desgraciadamente, todos los países a los que ayudamos generosamente, invitándoles a seguir el camino de la U. R. S. S, y que ocupamos, desalojando de ellos la bota imperialista de Hitler, no han sabido agradecer, como merecíamos, los favores que tan desinteresadamente volcamos sobre ellos. El ejemplo más vivo de todo esto lo representa Austria, a la que concedimos su libertad y autonomía en 1955 y que se ha colocado definitivamente al lado de nuestros enemigos. Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y hasta la misma Alemania del Este están tan corrompidas internamente por la propaganda occidental que podemos, fría y lógicamente, considerarlas tan enemigas como los propios Estados Unidos de América —durante la corta pausa que hizo miró intensamente a los que le escuchaban—. No es momento de lamentarse de una política que nos ha llevado a repetir los más absurdos errores. Acaparada nuestra atención por la puesta en marcha de la «guerra fría», que creamos para mantener la discordia en los pueblos que no nos eran completamente afines, olvidamos que el tiempo, ese gigantesco demoledor de ilusiones, trabajaba en nuestra contra. Hemos dejado pasar las más oportunas situaciones para desencadenar la Tercera Guerra Mundial cuando poseíamos las mejores cartas de la baraja mundial. Desoímos los más sensatos consejos, en 1955, cuando debíamos haber lanzado a la China

contra los Estados Unidos, manteniéndonos al margen, como Stalin deseó hacer en la Segunda Guerra Mundial. Ninguno de nosotros ha olvidado la esencia de nuestros postulados tácticos y nadie ignora que los resultados de una guerra, en la que no intervenga la Patria del socialismo, constituye la más maravillosa ocasión para hacer fraguar la revolución, único camino para que el comunismo no llegue al Poder.

»Todo lo que es ilusión no resiste al Tiempo. El olvido de este fundamental axioma nos ha conducido al callejón sin salida en el que nos encontramos. Al final de la Segunda Guerra Mundial, los pueblos que ocupó nuestro Ejército recibieron al comunismo como algo que debía ser ensayado y vivido. Eran entonces los momentos de euforia socialista y el espejismo de aquel frágil entusiasmo de los europeos nos engañó, neciamente hasta hacemos creer que estábamos ya sobre el camino de la revolución mundial. Estúpidamente olvidamos que los pueblos de más allá de nuestras fronteras no estaban formados de «mujiks» temerosos y hambrientos, sino que poseían esperanzas en los hondos principios en los que habían sido educados.

»La reacción, como todos sabemos, no ha tardado en producirse, y nuestros «satélites», hartos del ensayo de una cosa que no les ha encontrado maduros para ellos, se preparan a luchar, sea como sea, por su independencia. De nada han servido los cambios fundamentales en la estructura social de esas gentes, ni las promesas, ni los castigos. La Segunda Guerra Mundial nos proporcionó la estupenda ocasión de apoderarnos de gran parte de Europa, pero, desgraciadamente, tal ocasión ha sido demasiado prematura y por ello todos nuestros cálculos han resultado erróneos.

»¿Imagináis lo que significaría para nosotros una oleada de disturbios en los países ocupados en 1945? Durante medio siglo hemos intentado llegar a confiar plenamente en ellos. Ahora puedo deciros que ni durante mil años hubiésemos conseguido ponerlos a nuestro lado. De todas maneras es absurdo dedicarse ahora a lamentaciones que no nos conducirían a ningún sitio. Si nos hemos reunido aquí, con el carácter extraordinario que damos a esta asamblea, es para resolver el capital problema que se nos plantea.

»Nuestros Servicios de Información no dudan en afirmar que

antes de seis semanas la revuelta estallará en los países europeos antes citados. Su pérdida llevará consigo, si la permitimos, una caída vertical de gran parte de nuestra economía, que durante estos cincuenta años se ha habituado a servirse de las riquezas conseguidas en la última guerra. Pero, además de eso, nuestra política y el prestigio de nuestras ideas, ya seriamente atacadas en todo el mundo, sufrirían un descalabro colosal, que puede llegar a promover serios disturbios dentro de la U. R. S. S. Siendo más realista y, por ende, mucho más pesimista, puedo llegar a pronosticar, sin temor a equivocarme, que la pérdida de nuestras avanzadas en Europa puede llevar consigo la desintegración de nuestro sistema y el fin del comunismo en la Tierra.

»Estamos aquí para vernos los rostros sin disfraz alguno, para encontrar los medios de evitar la catástrofe que se nos avecina. Y pensándolo bien, razonando fríamente, no se encuentra otra salida que la de ser nosotros los primeros en lanzamos a la definitiva conquista del mundo —levantó la voz, que resonó con mil ecos en la enorme sala—. ¡Es la guerra! ¡Una guerra a la que nos vemos empujados para poder subsistir!

El silencio se hizo pastoso, material, como un muro invisible que cerrase brutalmente todas las bocas.

»Una rápida destrucción del capitalismo internacional —prosiguió diciendo Toukriev— puede paralizar definitivamente las rebeliones de los países ocupados y cambiar el curso de la Historia. Nos encontramos en una encrucijada que ya fue pensada por Marx, y es que hemos llegado al momento crítico, en el que las teorías no pueden ya ser una ilusión para nadie. Desde 1950, el proletariado occidental ha conseguido, sin violencia revolucionaria, todo lo que nosotros les prometíamos, deseando convencerles que para lograrlo se necesitan la lucha, la sangre y la «Gran Noche» de que hablaba Lenin. Nadie tiene fe ya en nosotros, ni nadie desea vivir bajo la Dictadura del Proletariado. Ya nadie mira hacia nosotros con esperanza, y es que la vieja U. R. S. S. ha vuelto a ser solamente Rusia; una Rusia que no puede optar hacia una posición histórica que no sea la imperialista.

»La guerra es la única salida que nos brindan los acontecimientos. Para llevarla a cabo nos hemos reunido. Oigamos ahora a los que deben llevarla a cabo.»

Se sentó, en medio del silencio que se había vuelto a hacer cuando sus últimas palabras se perdieron en él. Los rostros estaban impregnados de una gravedad que dibujaba sobre la piel hondos surcos de arrugas.

El Secretario del Partido. Ivan Adalow, se puso en pie.

—Tiene la palabra el camarada mariscal de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, Dimitri Solonov.

El interpelado se irguió sobre su asiento. Era bajo, macizo, de anchas espaldas y sobre su negro uniforme, a ambos lados del pecho, brillaban ostensiblemente innúmeras condecoraciones.

—No puedo creer que nadie, en esta asamblea, pueda dudar un solo instante de la potencia invencible de nuestras armas. Todo está preparado para que la derrota caiga sobre nuestros enemigos de una manera irrevocable. Una orden y el potente Ejército rojo, la Armada soviética y nuestra Aviación caerán sobre los puntos indicados, demostrando al mundo su indudable potencia…

Un gesto de fastidio de Toukriev le interrumpió. El presidente, sin levantarse de su asiento:

—Olvida el camarada Solonov el lugar en que estamos. De nada nos sirven los discursos que nuestro mariscal realiza soberbiamente en la Plaza Roja cada año. Dejémonos de verborreas inútiles y vayamos al nudo gordiano del asunto. ¿Qué pueden hacer nuestros ejércitos? ¿Cuáles son los planes estudiados para una guerra? ¡Eso es lo que deseamos conocer!

Dimitri había palidecido un tanto. Pero de nada le serviría su enfado, cuando podía leerse en todos los rostros la afirmación cruda y dura que acababa de hacer Toukriev.

—Nuestros planes estratégicos —empezó a decir con la voz un tanto velada por la cólera, contenida a duras penas— han sido estudiados desde hace más de cincuenta años y renovados constantemente, a medida que las nuevas armas nos abrían nuevos horizontes de posibilidades. Pero, en esencia, nuestros planes en nada se diferencian de los que nuestros antecesores plantearon después de la guerra última. Dos objetivos primordiales siguen siendo los que nos interesan antes que nada. Ellos responden a los dos planes elaborados: el «PLAN OESTE» y el «PLAN NÓRDICO». El primero estudia la ocupación total de Europa, en una guerra relámpago, con el cierre del Mediterráneo y el establecimiento

fuertes bases en el norte de África. El «PLAN NÓRDICO» se dedica al ataque al continente americano, a través de las tierras polares, y la destrucción de la industria norteamericana, siendo coordinado por la ocupación pronta de Alaska y Canadá, a partir de las bases de Siberia, efectuando un desembarco a través del estrecho de Bering.

Solonov estaba plenamente satisfecho de lo que acababa de manifestar. Se leía en su rostro ese incorregible aire de suficiencia de los que han llegado a una posición desde la que se consideran omnipotentes.

Al mirar hacia Toukriev, en espera de un gesto de aprobación, el mariscal se sorprendió por vez primera. Pero no fue el único en experimentar aquella extraña sensación; todos los presentes descubrieron, al tiempo, al hombre insignificante que estaba al lado del mariscal, a pesar de que desde el comienzo de la asamblea había permanecido sentado en el mismo lugar que ocupaba ahora.

Era, indudablemente, un hombre insignificante. Pequeño, calvo, con ojos invisibles a través de los enormemente gruesos cristales de sus gafas, sujetas gracias a una inusitada montura de acaramelado color; era una de esas personas en las que nadie se fija, que no logran llamar la atención jamás y que pasan a nuestro lado, perdidas en la indiferencia más absoluta, sin que nunca reparemos en su existencia.

Aquel hombre insignificante, vestido con un traje gris, no lograba destacar ni en aquel ambiente, en el que los uniformes de vivos colores y el brillo deslumbrante de las condecoraciones le podían prestar un contraste fortísimo en el que hubiese sido probable distinguirle.

Hablaba al oído de Toukriev, absorbiendo la entera atención de éste, que parecía haber olvidado completamente la presencia del mariscal Solonov, que, visiblemente irritado, esperaba una palabra del jefe supremo.

Finalmente, Toukriev se dignó mirar al orador. Una sonrisa irónica entreabría sus labios. Extendiendo su índice derecho hacia el mariscal, como si le acusase de algo tremendo:

—Voy a hacerte algunas preguntas, camarada Solonov. Más que preguntas, objeciones a tus magníficos planes…

—Las que tu desees, camarada Toukriev.

—Está bien. Primera: ¿consideras más importante el ataque a Europa o el asalto a la fortaleza americana?

—Ambos a la vez, camarada. Ese doble golpe obligará a nuestros enemigos a dividir su esfuerzo defensivo.

—Y a nosotros el ofensivo, ya que tendremos que atender a dos frentes a la vez. Pero no importa; comprendo tu punto de vista, ya que es más que posible que los Estados Unidos reaccionen abandonando el territorio europeo para cerrar su defensa en América. Algo así como hicieron los aliados contra Hitler… Otra pregunta: ¿crees en un éxito rápido contra América?

—En principio, sí. Confío en derrocar las defensas árticas, ocupando seguidamente una amplia cabeza de puente en Alaska, desde donde se podría empujar hacia Canadá, siguiendo la línea más corta para llegar a Washington. Una vez que nuestras fuerzas ocupasen la capital de los Estados Unidos, el golpe moral sería fantástico…

—Comprendo. Pero para eso necesitaríamos un dominio absoluto en el aire. ¿Crees eso posible?

—Sí, si logramos destruir los campos de aviación enemigos con proyectiles teledirigidos del tipo de nuestro «Sdruba».

—No debes olvidar que los «Betty» americanos son iguales y que nuestros campos de aviación no saldrían bien parados.

Solonov no respondió nada. Íntimamente estaba convencido de que la lucha sería terrible por ambas partes. Colocado en un callejón sin salida, optó por formular un viejo plan, por el que había sentido siempre un gran cariño.

—Podíamos limitamos a ocupar Europa entera. No creo que los Estados Unidos se lanzasen rápidamente a una contraofensiva. Esperarían cierto tiempo antes de proyectar una operación de envergadura. No creo ni que se atreviesen a bombardear la Europa ocupada hasta no poseer fuerzas dispuestas para intentar un desembarco. Para nosotros, momentáneamente, la situación se mejoraría en un trescientos por ciento.

Los ojos de Toukriev brillaron extrañamente.

—Y… ¿qué habríamos logrado, camarada Solonov? América seguiría siendo América. Su industria trabajaría noche y día no solamente para producir armas con las que combatirnos, sino materias elaboradas para acaparar el mercado europeo, una vez lo

hubiesen reconquistado. La espada de Damocles continuaría suspendida sobre nuestras cabezas, como lo está ahora. ¡La ocupación de Europa! Ese es el anzuelo que los occidentales nos tienden desde mediados de siglo. El reforzamiento de las nacionalidades en los países europeos han socavado la amistad con los yanquis a medida que Europa los ha necesitado menos. Industrialmente, Europa ha alcanzado un estado de potencia con el que puede satisfacer casi la totalidad de sus necesidades. Este resurgir europeo ha sido la consecuencia de una postguerra en que, tanto nosotros como los estadounidenses, nos equivocamos. Creímos, ellos desde el punto de vista económico, nosotros desde un ángulo ideológico, que Europa no sabría encontrar su propio camino. Para los yanquis ha sido menos fuerte la derrota, ya que Europa se alejó definitivamente de nuestras ideas.

»Europa no es ahora, para la U. R. S. S., el primordial objetivo. Conquistarla sería multiplicar por mil los problemas que han surgido de la ocupación de su parte oriental. Ya he dicho antes que el instante presente es de hegemonía mundial y que nuestro objetivo único no es otro que América del Norte. ¿Qué ocurriría a los europeos si les cerrásemos los mercados de allende el Atlántico? ¿Qué pasaría en Europa con unos Estados Unidos soviéticos? Os digo que ya no sería necesario lanzar nuestras divisiones hacia el Oeste. Sería la vieja Europa la que solicitase, en cualquier circunstancia y condición, la amistad con un mundo sin el cual no podría subsistir. Europa no se conquista con las armas; para los que no crean este axioma, ahí están los ejemplos de Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria y los países bálticos. Más de cincuenta años de dominio soviético no han logrado socavar la estructura idiosincrásica de esos países, ¡Repito hasta la sociedad que sin eliminar a los Estados Unidos todo intento bélico por nuestra parte no sería más que un suicidio estúpido!

Las palabras de Toukriev habían arruinado todos los fantásticos planes del flamante mariscal Solonov. Este seguía en pie, pálido como nunca, con los ojos fijos, no en su superior jerárquico, sino en aquel hombrecillo insignificante, que se mordía tranquilamente las uñas, como si todo aquello que se discutía no fuese directamente con él…

Solonov, sin mirar más que al hombre insignificante, adivinaba

los gestos de sus subordinados, los generales que, sentados a su alrededor, veían hundirse definitivamente el prestigio de algo cuya importancia habían forjado con sus propias manos.

Era la derrota inesperada del Ejército rojo desde la subida de éste al Poder, en 1955. Más de cincuenta años había durado el predominio de las armas sobre las viejas camarillas políticas, que se entremataban en «purgas» sanguinarias que parecían no acabar nunca. Cincuenta años de victoria rotunda se venían ahora abajo de una forma tan inaudita, que nadie, entre los militares que abarrotaban la asamblea, había vuelto de su estupor.

Toukriev tomó nuevamente la palabra:

—He de confesar que mi orgullo sería inmenso si el Ejército rojo pudiese sacarnos del atolladero en que nos encontramos. Pero en un mundo de realidades, las utopías están de más… Es penoso que el mariscal Solonov no pueda considerar con optimismo una acción guerrera contra el enemigo. Y es que nuestra vieja U. R. S. S. ha olvidado la guerra agresiva. Desde 1917 nuestro país se ha defendido valientemente, contra los que osaron poner su pie en nuestro suelo. La campaña de Finlandia es una prueba irrebatible de nuestro escaso poder ofensivo; las acciones indirectas de China, Corea, Indochina y las otras que se han sucedido en esta segunda mitad del siglo XX no nos han reclamado más que material bélico y técnicos: los soldados los han puesto los otros…

»Hemos de ser tremendamente sinceros con nosotros mismos. Los Estados Unidos poseen una fuerza armada, eminentemente técnica, que no podemos, a pesar de nuestros deseos ardientes de hacerlo, destruir. La prohibición del uso de las armas atómicas, firmado por todas las grandes potencias en enero de 1962, coarta igualmente nuestra potencia. Porque si, en contra de lo firmado, cosa que no sería en sí nada grave, utilizásemos el átomo de uranio, o el de hidrógeno, o el de cobalto, los americanos nos contestarían de igual manera y el resultado sería, al final desastroso de una guerra terrible para ambos bandos, la existencia de una Europa occidental superpotente, que se traduciría por una victoria indirecta de los Estados Unidos.

»¿Neutralidad en Europa? Más que desearla, la prevemos. Sobre todo la de un país de profundas raíces históricas que ha sido, desde 1945, nuestro puente con el Occidente. Por desgracia, ese país ya

no es lo que era y Alemania, España, Francia e Italia han avanzado demasiado en estos últimos cincuenta años para poder mirarlas con el desprecio que lo hacíamos en 1950.

»¡Camarada Solonov! El Ejército seguirá dispuesto a luchar cuando y como conviniese a las necesidades de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pero el papel primordial de esta ofensiva contra el capitalismo corresponderá por entero a la ciencia soviética.

Todos los ojos se clavaron en el hombre insignificante. Parecía mentira que aquel ridículo hombrecillo se hubiese convertido, inesperadamente, en el centro de la atención general, lo que significaba, ni más ni menos, en el individuo más importante del país.

Toukriev se había levantado e invitado a hacerlo al hombre insignificante. Este, tan diminuto era, que apenas llegaba al hombro de su vecino.

—Tengo el honor de presentar a esta asamblea al profesor Nikolai Stanoloiew Sirensky, gracias a cuyos trabajos nos será posible salir victoriosos de la encrucijada histórica en que nos encontramos. Nadie mejor que él para iniciarnos en los secretos de una especialidad que ha hecho posible la puesta en marcha de una ofensiva sin igual en la Historia.

Tomó asiento, después de indicar al sabio, con un gesto de su mano derecha, que le acababa de ceder la palabra.

Nicolai Stanoloiew Sirensky ofreció a su auditorio un rostro mestizo de varias razas centroeuropeas que sumaban una fisonomía de pálidos caracteres, sin concreción racial alguna, vacía de expresión; algo así como el resultado obtenido sobre una masa mezclada por mi trabajo apremiante de un aprendiz de escultor.

Si su entera personalidad estaba disminuida notablemente por las taras hereditarias de su mezcla racial, algo había en aquel hombre insignificante que poseía la vitalidad imponente y que surgía, a través de los espesos cristales de las gafas, como un rayo o un brillo de fiereza y orgullo que naciese en el fondo indeciso de sus pupilas miopes.

Antes de empezar a hablar recorrió los rostros del auditorio, dejando en el corazón de aquellos hombres, acostumbrados, no obstante, a todo, un temblor de vaga inquietud que no podían

explicarse a sí mismos.

—Quiero hacer patente a los miembros de nuestro heroico Ejército —empezó a decir— mi admiración y mi respeto más sinceros. Nosotros, los hombres de ciencia, no somos ni hemos sido más que los servidores anónimos de la gloria militar. Que quede esto bien sentado para evitar posibles suspicacias.

»Desde el principio del mundo la técnica ha proporcionado al hombre armas para defenderse o atacar. Es esto un mentís definitivo a los que creen que solamente en los tiempos modernos la ciencia a apuesto al alcance de los humanos poderosos medios de destrucción. Ya el hacha de sílex fue una obra de técnica humana, puede ser que rudimentaria, pero no por ello menos técnica.

»A medida que la vertiente bélica se extendía, el soldado tuvo necesidad imperiosa de poseer medios cada vez más potentes para acortar la guerra e imponer su autoridad o su sistema de vida al enemigo derrotado. Es verdad, sin embargo, que las cosas han cambiado mucho y que actualmente la victoria de un ejército está completamente supeditada al desarrollo técnico y a la innovación científica del país a que pertenezca.

»De todos modos, y como las armas modernas poseen un poder destructivo enorme, ya es posible vislumbrar, en un próximo horizonte, la reducción de la masa de los ejércitos a un mínimo puesto que un puñado de hombres podrá llevar a cabo todos los objetivos propuestos por el Mando.

»Hoy me es posible afirmar categóricamente que una docena de hombres cambiarán el curso de la Historia. Tal cosa ha llegado a ser una realidad gracias al descubrimiento que hemos hecho de lo que podemos llamar «guerra geológica».

»Desde muy antiguo los hombres buscaron en las entrañas de la tierra el camino para llegar, silenciosa y quedamente, hasta el enemigo. Siglos después, en el curso de la primera guerra mundial, aparecieron las características primordiales de lo que se denominó «guerra de minas». Lo que hemos logrado en la actualidad revoluciona totalmente el concepto de la guerra, permitiéndonos dedicar el Ejército a una mera y cómoda misión de «ocupación», anticipando que el número de bajas será tan poco importante como si no existiese.

»No se escapa al más lerdo —sus ojuelos brillantes se clavaron

en los del mariscal Solonov, mientras sus delgados labios se entreabrían en una sonrisa burlona— lo fundamental de la encrucijada histórica a la que hemos abocado. Para nadie es un misterio que nuestro enemigo material más potente sigue siendo Norteamérica. Su derrota nos abrirá definitivamente el camino hacia el dominio universal. No quiere decir esto que no habrá lucha, pero ésta se limitará a establecer normas a lo que, desde tiempo inmemorial, hemos llamado «espíritu burgués» o «civilización occidental».

»Perdidas las esperanzas, tal y como ha dicho muy bien el camarada Toukriev; perdidas las esperanzas, repito, de convencer a los occidentales y convertirlos a nuestras ideas, no nos queda otro camino que realizar una ocupación armada, procediendo inmediatamente después a la destrucción total de todos los valores espirituales que durante siglos han formado el fondo anímico de la Europa occidental.

»No creo equivocarme al afirmar categóricamente que un par de generaciones serán necesarias para llevar a cabo esta formidable mutación, Lo importante será poder tratar con toda la dureza necesaria a nuestros enemigos ideológicos sin que nadie pueda criticar, como ha ocurrido desde 1945, nuestras «purgas».

»Todo esto se entiende en cuanto a Occidente. En Oriente dejaremos que la China, que ha ido separándose de nuestra tutela hasta constituir un mundo aparte, sufra el ataque de su enemigo de siempre: el Japón. De esta simple forma, mientras nosotros aplastamos toda resistencia posible en Occidente, después de la eliminación de los Estados Unidos, nuestra máxima preocupación de todos los tiempos, la guerra en Oriente entretendrá a chinos y japoneses, a los cuales dedicaremos nuestra atención en el momento preciso.

»Es casi previsible que sea el Japón, completamente libre desde 1970, como todos sabemos, quien venza a la China, que no ha dejado de ser un dragón con ochocientos millones de cabezas. Sí los nipones consiguen, como esperamos, vencer a la China, aplicaremos contra el Imperio del Sol Naciente nuestra guerra geológica, haciéndole desaparecer del mapa de la Tierra.

»Esto es, en extracto, lo que deseaba decir…

Un escalofrío había recorrido las espaldas de todos los

presentes. Sin saber aún nada de lo que se escondía en la demoníaca mente de aquel hombre insignificante, preveían que algo nuevo había aparecido sobre la Tierra. Sin ser creyentes, adivinaban que aquel hombrecillo nada tenía de humano y en nada era semejante a los hombres que le habían escuchado.

¡«Guerra geológica»!

Había hablado de las entrañas de la Tierra como de algo que conociese perfectamente… ¿No habría llegado del fondo ígneo del planeta?

Los hombres que ocupaban el amplio salón de sesiones, el tremendo «auditorium» del Kremlin, estaban acostumbrados a pensar en la guerra y poseían potentes armas para destruir ciudades enteras. Pero tampoco desconocían los avatares de un conflicto moderno, y todos ellos, sin ninguna excepción, imaginaban la contienda como algo horrible que costaba mucho llegar a concebir y que al expresarlo no podía decirse sin sentir una emoción profunda que expresaba el terror a lo desconocido.

Pero aquel insignificante hombrecillo había hablado de la destrucción de un país como los Estados Unidos como si se tratase de un ensayo de laboratorio. Para aquel extraño ser, el mundo no era más que un alambique gigante en el que podía obrar a su antojo, realizando las experiencias que desease con la misma frialdad que las hubiese llevado a cabo en un simple tubo de ensayo.

Ninguno de ellos había podido llegar a comprender exactamente lo que encerraban las palabras «guerra geológica». Para ellos era algo tan nuevo como si les hubiesen hablado de una alianza guerrera con los lejanos marcianos. Durante muchos años habían estudiado nuevos procedimientos para guerrear y poseían armas terribles que les habían hecho despreocuparse de la prohibición mundial de las armas nucleares.

Las bombas atómicas, las de hidrógeno, cadmio y cobalto habían sido relegadas al olvido, creándose nuevos inventos, que se guardaban en el más absoluto secreto, que harían la guerra aún más terrible de lo que el hombre había imaginado desde el final de la segunda mundial.

Confiaban en aquellas armas, pero, como siempre, temían las represalias del enemigo, que, indudablemente, poseería otros

secretos artificios bélicos que no dudaría utilizar.

Pero he aquí que aquel insignificante hombrecillo en quien nadie había reparado, acababa de establecer el futuro del mundo con una tranquilidad que sobrecogió a los presentes. Sus palabras parecían poseer un algo de tremendamente trascendental, y más que profecías, parecían negros augurios que brotaban de los labios de uno de esos magos negros de la ciencia moderna.

Toukriev, después de respetar durante unos instantes el silencio profundo que se había hecho, habíase vuelto a poner en pie:

—Estoy plenamente convencido de que la alegría habrá llegado a todos al comprobar que la suerte, en estos fundamentales momentos, no nos ha abandonado.

»Una nueva fase de la Historia del mundo va a comenzar. La era americana va a ponerse en un horizonte de destrucción del que jamás podrá levantarse. Destruido nuestro enemigo más potente, los caminos del mundo se nos abrirán, presentándose una ocasión ante nosotros como ninguna tuvo jamás pueblo alguno.

»Estamos en 1999. El siglo XX agoniza… un siglo en el que nacimos, luchamos sin descanso y vencimos a los enemigos que deseaban la destrucción de nuestro edificio, que tanto nos costó construir.

»Hemos cometido muchos errores, externos e internos, y todo parecía demostrar de una manera irrebatible que nuestro poder acabaría con este siglo XX. Pero todos aquellos que confiaban en la convulsión interna de la U. R. S. S., en la revuelta de los países llamados «satélites», en la disgregación del pueblo soviético y sus dirigentes, en la imposibilidad de que nuestro país pudiese llevar a cabo una guerra mundial agresiva, en nuestra incapacidad técnica de llegar a la altura conseguida por los Estados Unidos de América: en fin, para todos aquellos que saborearon nuestras desgracias, el momento de ver deshechas sus vanas ilusiones ha llegado.

»¡Que tiemblen los enemigos y que se preparen a sufrir la más escandalosa de las derrotas! El Ejército debe estar preparado, pero no para combatir, sino, como ha dicho el profesor, para ocupar triunfalmente un mundo derrotado, vencido y confuso, en el que impondremos por la fuerza nuestra especial concepción de la vida…

»Dueños absolutos del Destino, hemos fijado una fecha para

atacar a Occidente. El día 25 de agosto de 1999 declararemos la guerra al capitalismo, destrozando en ese mismo día su baluarte más fuerte…

»¡La TERCERA GUERRA MUNDIAL va a empezar!…

“Vi cómo salía del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas, y sobre los cuernos diez diademas y sobre las cabezas nombres de blasfemias.”

“Toda la tierra seguía admirada a la bestia. Adoraron al dragón porque había dado poder a la bestia, y adoraron a la bestia diciendo: ¿Quién como la bestia? ¿Quién podrá guerrear con ella?…”

(San Juan, Apocalipsis.)

CAPÍTULO SEGUNDO

PREPARÁNDOSE a actuar, Jim Lardy dejó que el letrero que anunciaba su habitual programa de televisión permaneciese bajo las cámaras unos instantes más.

El escenario estaba intensamente iluminado, y bajo la potente luz de los focos convergentes, el panel en el que estaba inscrito el primordial «slogan» de la emisión. Las cinco cámaras con las que se obtenía, además de un color perfecto, un relieve completo, captaban la imagen estática del anuncio. Una orquesta, situada a la izquierda del escenario, interpretaba la melodía que servía de entrada a la actuación de Jim.

Un gesto del jefe operador y Jim, al tiempo que el panel se elevaba, como el rápido telón de un teatro, penetró en el mundo luminoso del escenario. Detrás del panel, al elevarse éste, se había descubierto un montaje artístico y perfectamente logrado de todos los nuevos productos de la Bios, la más potente sociedad estadounidense de sustancias alimenticias, a la que se debía el descubrimiento de un procedimiento de desecación especial que reducía las sustancias a un mínimo, permitiendo su almacenamiento en gran cantidad y en un espacio reducido.

Encarándose con el negro objetivo de las cámaras, Jim hubo de hacer un poderoso esfuerzo para lograr aquella sonrisa suya que millones de gentes conocían ya y que era la base de la emisión.

—Señoras, señores: Durante todo el siglo XX el hombre ha luchado desesperadamente para conquistar el tiempo. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que el tiempo ha sido nuestro enemigo «DE LA PRISA». Todos sabemos y conocemos en este siglo,

el que podíamos llamar «EL SIGLO» el rotundo triunfo que ha conseguido la Humanidad contra el tiempo. La Tierra está al alcance pronto de cualquiera de nosotros y cuesta hoy menos ir desde Nueva York a Nueva Delhi que en 1950 costaba ir desde aquí hasta Londres. Se puede desayunar en la Cuarta Avenida, almorzar en Tokio y cenar en Buenos Aires.

»Pero no debemos olvidar que si el siglo XX ha sido el «siglo de la prisa», el ya próximo siglo XXI, nuestro dorado año 2000, unos meses nos separan de él, será el «siglo del espacio». La población del globo ha aumentado de una manera terrorífica y estamos estrechos, apretados, hacinados, los unos encima de los otros, porque el espacio nos falta cada vez más. La lucha contra todo esto se ha iniciado ya en las postrimerías del siglo XX, anunciando la gran batalla para el XXI.

»¡Mas no nos preocupemos demasiado! Firmas como la Bios U. S. han conseguido ya su primer triunfo al reducir los alimentos a un tamaño que permite su más colosal almacenamiento en el más reducido lugar…

»¡Los problemas se han simplificado extraordinariamente!…

Siguió hablando automáticamente, inconscientemente casi, diciendo lo que su mente sabía de memoria, pero permaneciendo lejos de allí.

Todavía, cada vez que se movía para mostrar ante los negros ojos de las cámaras televisoras los productos de la Bios U. S, y sus mil maravillas sentía el frotar, dentro del bolsillo del pantalón, del arrugado telegrama que había recibido hacía solamente veinte minutos. Aquel sonido característico despertaba en él una angustia creciente, y en aquellos instantes debía centuplicar sus esfuerzos para mostrar en ciento doce millones de pantallas especialmente encendidas para verle, la sonrisa que le había servido el comercial apodo del «irresistible Jim»…

Recordaba entonces la vieja y humana historia del bufón o del «clown» que debía sonreír cuando tenía el corazón destrozado. Algo de aquello le pasaba a él ahora. El «fru-fru» del telegrama en su bolsillo era una llamada que le venía de lejos, o de cerca, pero una llamada que despertaba en su corazón un mundo ilusionado de recuerdos.

«Mistress Lardy enferma. Stop. Nada grave. Stop. Interesa su

presencia en París. Stop. Afectuosos saludos doctor Clemont. Stop. Médico hotel Bellevue. Stop. París.»

Josianne enferma. Eso era todo.

De no ser por aquella emisión, ya estaría en París. Pero cuando los intereses de una firma como la Bios U. S, y la atención de millones y millones de seres que no tenían una forma más lógica de perder el tiempo, le hacían soportar aquel indecible sufrimiento, deseando que los treinta minutos de la emisión, trescientos mil dólares de coste en números redondos, acabasen cuanto antes.

Había enviado un parte radiotelegráfico para que le fuese reservada una plaza en uno de los «Superreactores» que salían para Europa. El trayecto se cubriría en un tiempo récord, pero en lo más íntimo del alma de Jim se instalaba la amarga confesión de que por mucho que el hombre venciese al tiempo, éste, cuando no es el de los relojes, sino el del corazón, sale siempre vencedor.

Después de repartir sonrisas y palabras, sin darse mucha cuenta de lo que hacía, el joven, con la mente en su esposa, dio fin a la emisión. Fue con un suspiro de satisfacción que vio cómo las cámaras se lanzaban hacia él para obtener el «primer plano» con el que finalizaba la emisión semanal de aquellos productos, ya célebres en el mundo entero.

—…y… ¡no lo olviden jamás…! ¡EN LA LUCHA CONTRA LA FALTA DE ESPACIO… BIOS U.S. ESTÁ A LA VANGUARDIA!… Un saludo para todos de Jim Lardy…

Jim abandonó velozmente el estudio. Atravesando el largo, pasillo de «plexi», que dejaba ver la estructura interna de los salones de amplificación y control, sin que se oyese el menor sonido, avanzó resueltamente hacia uro de los grupos de ascensores.

—¡Jimmy!

Volvióse sorprendido. La voz que acababa de oír le era conocida; muy conocida, pero hacía algún tiempo que no había sentido la alegría de escucharla.

—¡Harold!

El otro se acercó a él. Era alto, ancho de espaldas, un atleta, en fin, con una simpatía en el rostro que irradiaba poderosamente, despertando a su alrededor una inevitable atmósfera de optimismo.

Harold Stewenson era un locutor oficial. La gravedad de su cargo no había, sin embargo empañado la clara simpatía que formaba parte central de su personalidad.

—¡Hola, querido Jim! No puedes imaginarte la alegría que tengo al volverte a ver. Ven conmigo: desearía que escuchases mi comentario de hoy, ya que hacía algunas semanas que no coincidíamos en el estudio.

—Me va a ser imposible, amigo. Josianne fue a París a arreglar unas cosas mías y se ha puesto súbitamente enferma. Fíjate el telegrama que he recibido.

—No sabes lo que lo siento; pero ahora con más motivo te vienes conmigo. Justamente salgo para París inmediatamente después de la emisión. Voy detrás de un avión que conduce al general inspector de la NATO y llevaré mi avión particular. Así, aunque salgamos un poco más tarde que el de pasajeros, llegaremos unos minutos antes… ¿Decidido, no?

—¡Encantado, Harold!

Marcharon a uno de los más importante estudios, dedicados a las emisiones de carácter universal. Desde 1965 se había logrado, mediante enormes espejos parabólicos, lanzar las ondas gráficas de la televisión por encima de los océanos Los espejos deformaban un tanto, al proyectar, las imágenes captadas por las cámaras y lanzadas por la emisora. Pero gracias a la fina estructura del espejo receptor, las deformaciones se corregían, pasando a las distintas cadenas, al otro lado del mar, con una nitidez idéntica a la lograda en el país de origen.

El estudio en el que habían penetrado los dos amigos pertenecía al Estado y estaba destinado a la información mundial, que cuarenta años antes se encomendaba a la llamada Voz de América, exclusivamente por radio.

Harold, seguido de Jim, entró en el despacho que le tenían dedicado para allí preparar los guiones y cambiarse de ropa. Debido a la intensidad de la iluminación necesaria para obtener imágenes de una gran claridad, que lograban llegar bien al otro lado del Atlántico o del Pacífico, los personajes se veían obligado a vestirse con trajes especiales, que estaban dotados de una doble capa de color radiactivo. De la misma sustancia se pintaban los objetos que debían formar el escenario de cada emisión de la

cadena universal.

—Ahí tienes un aparato para escucharme —señaló Harold.

—No creas que me seduce —repuso Jim—. He de confesarte que no puedo alejar a Josianne de la cabeza.

—Lo comprendo; pero, de todos modos, te interesaría conocer lo mal que van las cosas.

—¿Mal? ¿Ocurre algo raro?…

—Naturalmente. ¿No te has enterado que…?

Un altavoz, sobre el muro, vibró, interrumpiendo al joven:

«¡Míster Stewenson! Su emisión va a iniciarse inmediatamente. Haga el favor de venir al escenario.»

—¡Bueno! —suspiró Harold—. De todas formas, ahora mismo te enterarás. Termino enseguida, Jim, no te preocupes.

Al quedarse solo, Lardy vaciló antes de encender el aparato receptor. En aquellos momentos, cualquier cosa, por muy catastrófica que fuese, no llegaría a causarle la impresión de deprimente angustia que le había producido el telegrama que llevaba en el bolsillo. Afortunadamente, el avión particular de Harold solucionaría aquella intolerable espera.

Una vez sentado ante el aparato, después de haberlo puesto en marcha, Lardy encendió un cigarrillo. La imagen apareció repentinamente y Jim alcanzó a oír una de las frases últimas de lo que estaba acabando de decir su amigo:

—… y ahora puedo formular una pregunta más a los «televisoyentes» de todo el mundo: ¿encuentra alguno de ustedes una explicación lógica a la inaudita actitud del Gobierno soviético?

El rostro de Harold, enmarcado en la pantalla del aparato, mostraba una seriedad que Jim no estaba acostumbrado a ver en su amigo. No habiendo oído la parte anterior de la frase, enarcó las cejas prestando toda su atención a las palabras de Harold.

—Estoy seguro —siguió diciendo— que nadie logrará encontrar una explicación plausible a esta medida rusa, porque sencillamente no la tiene. En las esferas adyacentes a la Secretaría de Estado reina la misma perplejidad que la que se apoderará del mundo entero en el instante en que conozca la noticia que acabamos de dar. La inesperada retirada del embajador de la U. R. S. S. en Washington plantea problemas de táctica soviética que habíamos llegado a

olvidar en estos últimos diez años, en los que parecía que habíamos logrado establecer el final de la guerra de nervios, que, por patente paradoja, se había dado en llamar «guerra fría».

»Nuestro embajador en Moscú habrá buscado oficialmente la explicación rusa a esta medida incomprensible. Las últimas noticias recibidas del Departamento de Estado indican claramente la decisión de mantenerse en guardia hasta que los acontecimientos vengan a esclarecer uno de los mayores misterios de la política exterior soviética de estos últimos cincuenta años.

Otro rostro sucedió al de Harold:

—Acaban de escuchar a nuestro locutor oficial, Harold Stewenson, en su comentario semanal de asuntos mundiales. Aquí, La Voz y la Imagen de América. A continuación…

Jim cerró el aparato. Muy a pesar suyo, y en contra de lo que creía, las palabras de su amigo seguían resonando intensamente en el interior de su cerebro. Como muchos millones de seres humanos en aquellos momento, se torturaba las meninges para lograr ver claro en todo aquello. Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

—¡Vámonos, Jim!

Sin cambiar entre ellos una sola palabra, salieron del inmenso edificio, tomando el coche de Stewenson, después de confiar a un agente la misión de encerrar el de Lardy en los garajes subterráneos de la American Televison Company.

Diez minutos más tarde el avión de Harold volaba, impulsado por el doble motor de reacción, hacia las costas de Europa.

…….

La oscuridad era completa.

Tan sólo, en aquella noche nórdica, el frío alcanzaba a ser la única sensación perceptible para los seres humanos. Una bruma helada era impulsada hacia la costa desde los próximos hielos que flotaban sobre las aguas del mar de Barents como blancos fantasmas condenados eternamente a deambular hacia su implacable fin en primavera.

La galería subterránea, que desembocaba en algún punto de la Poluestrov Kanin, junto a la bahía Chieshskaia, estaba completamente aislada y nada denotaba en el exterior ja potente iluminación que poseía.

Sobre una doble hilera de rieles, un modernísimo submarino, de la serie «Tchapaiew 27», dotado de motor atómico, avanzaba lenta y cuidadosamente hacia la salida de la galería, que una doble puerta de acero cerraba herméticamente.

Atento a todos los movimiento del poderoso sumergible, el profesor Nicolai Stanoloiew Sirensky, el «hombrecillo insignificante», se movía lentamente sin separar sus brillantes ojuelos del aparato.

Nada le interesaba de aquel colosal sumergible, sino el precioso tesoro que contenía. Allí dentro, detrás de las planchas de acero-aluminio del casco, iban los resultados de quince años de trabajos, en los que se vio impulsado más por su desmedida ambición personal que por la ilusión científica de su revolucionario descubrimiento.

El submarino, tirado por un gigantesco tractor, llegó finalmente al extremo de la galería, deteniéndose allí junto a una rampa naciente, cuyo final se perdía bajo la puerta que cerraba el túnel.

Detrás del submarino, y en un pequeño tren, dotado de dos únicos vagones, habían venido la tripulación y algunos importantes personajes del Ejército, a despedir, estos últimos, a Nicolai. El rostro adusto del mariscal Solonov marcaba una clara pauta a la de sus numerosos ayudantes que le rodeaban, pendientes del menor de sus gestos.

Para Dimitri, la orden expresa de Toukriev para que acompañase al profesor hasta el punto de partida había sido un insulto más que se agregó a los que resultaron de la última asamblea en la que se votó definitivamente la guerra.

Solonov miraba también al submarino, pero en sus ojos no había la admiración que lucían las pupilas de Stanoloiew. Un hondo deseo de que aquella nave no lograse jamás volver a la URSS era todo lo que más ardientemente quería el mariscal.

Para él, dueño de los destinos militares de Rusia, aquella absurda y misteriosa manera de hacer la guerra le producía una sensación de fracaso propio de la que, en manera alguna, lograba escapar. Él hubiese deseado recibir la orden de lanzar la Aviación, la Escuadra y los millones de soldados que se agrupaban en las divisiones contra un enemigo que sintiese la cruda y espantosa imagen del peligro que se le echaba encima.

Además, el número de armas secretas era lo bastante importante para jugar la primera baza, con la casi seguridad de un rápido y clamoroso triunfo. Con los ojos semicerrados, Solonov se veía desfilando, sobre un maravilloso automóvil, por las anchas calles de Washington o por las de Nueva York, recibiendo desde lo alto de los inmensos edificios una lluvia de pétalos de rosa, entre las entusiásticas aclamaciones de una multitud vencida.

Nada podía haber hundido más estrepitosamente sus ilusiones que la presencia inusitada de aquel hombre insignificante, con sus extrañas teorías de la guerra geológica y su ambiciosa pretensión de vencer de un solo golpe a los potentes Estados Unidos.

La enorme puerta de acero se abrió lentamente y cuando lo hubo hecho totalmente, el submarino atómico inició su marcha sobre la rampa hacia el mar, entrando bruscamente en medio de un abanico de agua coronado de espuma.

Dignamente, el mariscal, seguido de sus ayudantes de campo, descendió del vagón que le había conducido desde muy lejos por una línea férrea cuyo trazado había desconocido completamente hasta recorrerla.

Comprendía, aunque demasiado tarde, la influencia poderosa que tenía aquel hombre insignificante sobre el poderoso jefe de Gobierno Toukriev. Si él hubiese conocido antes la existencia de aquel diabólico individuo, su policía especial se hubiera encargado de borrarle del mundo de los vivos en una de aquellas misteriosas operaciones que habían hecho de la Unión soviética una especie de Roma sanguinaria en la que cada uno de los gerifaltes poseía una guardia pretoriana dispuesta a cumplir sus más crueles caprichos.

La tripulación del sumergible estaba subiendo a bordo. Junto a la escala, el profesor Stanoloiew seguía atentamente el embarque de los hombres que iban a acompañarle a la más fantástica de las travesías que el hombre había realizado jamás. Los hombres habían sido seleccionados rigurosamente y ninguno de ellos sabía, ni aproximadamente, la misión que les estaba encomendada.

Solonov, seguido de su inseparable cohorte de entorchados ayudantes, se acercó al profesor.

—¿Dispuesto, camarada Stanoloiew?

Nicolai levantó sus ojos hacia su interlocutor… El mariscal era mucho más alto y fuerte que él. Pero en las pupilas del profesor

nadie hubiese podido descubrir la menor huella de temor o de inferioridad. Había mucha seguridad en aquellos ojos miopes.

—Ya estoy dispuesto, camarada mariscal. ¿Lo estás tú igual?

—¿Yo?

Stanoloiew sonrió, condescendiente, como si desease recordar a uno de sus alumnos del Instituto de Investigaciones Geológicas de Leningrado una falta que no consideraba demasiado grave.

Sin responder enseguida hurgó en los bolsillos de su chaqueta de piel mientras se complacía, mirando de reojo al otro, en ver una palidez que se iba abriendo camino en el color, ya blanco, de la piel del mariscal. Finalmente, pareció encontrar lo que deseaba, y sin dejar de sonreír lo extendió, ya que se trataba de una hoja de papel arrugadísima, alargándoselo al otro.

Nerviosamente, Solonov terminó de desplegar la hoja de papel, mirándola con la misma prevención que lo hubiese hecho si en el interior de aquel trozo de papel se hubiera escondido un mortífero reptil.

SECRETARIADO DEL PRESÍDIUM SUPREMO

Moscú

Muy secreto. Muy urgente.

Camarada Dimitri Solonov.

Al recibo de esta orden, cuyo acuse firmará al llegar a sus manos —se la enviamos indirectamente a su jefe de expedición, profesor Stanoloiew— se pondrá a las órdenes de dicho profesor, formando parte de la expedición como observador del Ejército. A su regreso a la U. R. S. S. informará extensamente de los resultados de las experiencias realizadas.

Firmado: Iván Toukriev

Primer Ministro del Estado Soviético.

Un frío sudor perlaba la frente del mariscal. Las sienes le batían al eco del alocado corazón que parecía querer salirse de su pecho. Sin atreverse a levantar los ojos de la arrugada hoja de papel, sacó precipitadamente su estilográfica, rubricando bajo la misma firma de Toukriev. Luego tendió el papel al profesor,

—Estoy dispuesto, camarada.

¡Con qué ganas hubiese estrangulado a aquel vil gusano que seguía sonriendo! Se maldijo interiormente de haber sido tan necio

de creer que representaba algo dentro de la espantosa máquina soviética.

¡Qué pronto había olvidado el curso sinuoso de la política interna del Partido! ¿Es que no había asistido a la lluvia de «eliminaciones» que, en algunas ocasiones, había él mismo provocado? ¡Necio y mil veces necio!

En la Unión Soviética los hombres jugaban su papel limitado de piezas de una enorme máquina que trabajase insaciablemente día y noche. El «Gran Mecánico» cambiaba las piezas degastadas, colocando en su lugar otras nuevas, con el mismo gesto de indiferencia que un relojero permuta una rueda cuyos dientes se han deteriorado con el uso. Algunas veces era el mecanismo entero el que recibía una «limpieza»…

Subió al submarino, seguido del profesor. Cuando la escotilla principal se cerró definitivamente, adentrándose el sumergible bajo los témpanos de hielo, rumbo a lo desconocido, Dimitri Solonov poseía la seguridad absoluta de que jamás volvería a su país…

…….

El 24 de agosto de 1939 el sumergible atómico soviético navegaba, a mil pies de profundidad, frente a las costas orientales de los Estados Unidos.

Por encima de las aguas y de las tierras. 200 millones de seres vivían, trabajaban y luchaban por un porvenir que ignoraban fuese tan corto.

Nicolai Stanoloiew Sirensky, en su cabina especial, brindaba, repletas las copas de «vodka», con el mariscal Solonov. Este, con el ceño fruncido, no podía evitar un constante escalofrío de terror cada vez que sus ojos tropezaban con los del profesor. Solonov estaba acostumbrado a tratar con seres humanos que no merecían tal calificativo. Había conocido hombres crudos como bestias, tenaces en la tortura, sádicos, feroces, infrahumanos; pero al mirar a Stanoloiew le parecía adentrarse en las desconocidas regiones de los viejos demonios de las creencias populares de Ucrania, su tierra natal, que casi un siglo de comunismo no había conseguido hacer desaparecer.

¿Quién era el profesor?

Aquella pregunta apretaba la mente de Solonov como un dogal de acero que le oprimiese implacablemente el cuello. De una cosa

estaba completamente seguro: Nicolai no era un ser normal, nacido en la Tierra de padres humanos. Debía haber sido engendrado por una pareja de monstruos en una delirante noche de pesadilla, cuando los terremotos sacuden el mundo y los tifones levantan sus negros brazos de agua en los negros océanos…

—¡Bebe, camarada Solonov! ¡Bebe hasta hartarte! La gran ocasión se acerca y vas a ver con tus propios ojos lo poco que significa un mundo forjado por el esfuerzo de los hombres durante siglos… —rio estrepitosamente—. Recuerdo que una vez, cuando yo era niño, salí al campo con mis camaradas. Ellos se distraían jugando y corriendo como locos… yo, en fin, era demasiado débil para competir con ellos… Los miraba, no con envidia, te lo aseguro, sino con desprecio, considerándolos todo fisiología, fuerza humana, pequeña y miserable como ninguna. Yo me alejaba de ellos, deteniéndome ante los hormigueros… Sentado junto a ellos dejaba vagar mi imaginación, intentando ver, a través de la tierra que les cubría, sus largas galerías, sus graneros, sus cámaras destinadas a convertir las larvas en lo que ellos deseaban —demostrando así una técnica quirúrgica que los hombres no han alcanzado nunca—. Yo soñaba con aquellas enormes urbes de hormigas, que, como las de los humanos, luchaban con muchísima más eficacia que éstos. Entonces, cogiendo alguna ramita caída, destrozaba las galerías, derrumbaba las cámaras, aniquilaba sus larvas y no cejaba hasta llegar a la cámara real para matar a la reina, medio adormecida sobre un fabuloso montón de huevos que no cesaban de retirar otras hormigas para llevarlos a las cámaras «quirúrgicas»… Gozaba yo viendo que todo aquel trabajo de meses —siglos para las hormigas— se venía abajo, demostrando que ignoraban la existencia de poderes tan superiores a ellas como somos nosotros los hombres. Ahora, cuando nos disponemos a destrozar un hormiguero mucho mayor, siento la misma alegría, no por la destrucción misma, sino por el desprecio que me producen unos seres que no han pensado jamás en la existencia de alguien que fuese materialmente más fuerte que ellos…

Otro estremecimiento corrió por la espalda de Solonov. De un trago, sin sentir apenas el fuego del alcohol que bajaba por su esófago, consumió el contenido de su vaso.

—¡Estás loco, Stanoloiew!

El otro rio cínicamente.

—Mi demencia es de las que pasman, amigo Solonov. Yo no concibo la guerra como una lucha indecisa, en la que la victoria depende de muchos imponderables. Considerarla así sería denigrante para la inteligencia humana. La guerra hay que enmarcarla como juzgaba yo la destrucción de los hormigueros, con la pasión científica de ser más potente, infinitamente más potente que el contrario…

—¡Yo no la comprendo así, Nicolai! La guerra puede ser una gigantesca barbarie, pero en ella hay lugar para que el hombre se sienta ser, en su lugar, hacedor de la Historia. Sólo así, en el esfuerzo de cada uno, en la lucha de todos, en el sufrimiento, en el ahínco de vengar al camarada muerto, en el orgullo de defender un suelo donde se ha nacido, puede llegarse a saborear una victoria, por muy amarga que ésta resulte. Hay en la guerra un equilibrio de fuerzas en el que la vida pende del hilo de un destino que puede estar escrito en una bala enemiga… ¿De qué nos servirá la mezquina victoria que tú nos ofreces?… Vas a destruir un pueblo, pero nunca jamás, ¿entiendes?, nunca jamás ningún otro pueblo podrá vivir tranquilo, sabiendo que alguien puede causarle tan inmenso mal. Viviremos —sonrió con desprecio al sorprender una mueca en el repugnante rostro del otro—, o vivirán como esas gentes que habitan sobre un suelo inquieto que se ve sacudido frecuentemente por terribles terremotos. El porvenir de todo lo que se haga será tan corto que, en realidad, nada merecerá ser hecho…

Callóse, cansado de todo con un amargo gesto que decía mucho más que sus palabras.

Stanoloiew seguía sonriendo. Pero su mirada, ausente, demostraba que su espíritu estaba lejos. Permaneció así, bebiendo a pequeños sorbos el contenido de su vaso, al que había agregado una respetable cantidad de agua.

—Me das lástima—dijo de repente—. Lástima y desprecio de ver que perteneces a la clase de las hormigas… Sí, una hormiga-soldado, pero una hormiga al fin. Has vivido, Solonov, en una de las galerías más profundas del hormiguero soviético y cuando te has atrevido a salir para guardar a las que iban en busca de granos para los almacenes te has limitado a frotar tus cortas antenas contra las de tus compañeros de fila… No has hecho otra cosa,

mariscal. Ahora, cuando tu vida llega al final, vas a tener la ocasión de ver algo que no podrías imaginar jamás y, además, tener el honor de que esta acción fantástica reciba tu nombre. Así lo ha ordenado Toukriev. ¿No te gusta cómo suena?… «Operación Solonov»…

Dimitri sentía náuseas. Pero no dijo nada. Y cuando el otro le ordenó que le siguiese, lo hizo mansamente, asqueado de todo, sintiendo lo poco que había sido y la traición que había cometido matando adrede lo único que importa en la vida del hombre: el alma.

“El quinto ángel sonó la trompeta y vi una estrella que caía del cielo y le fue dada la llave del pozo del abismo, y abrió el pozo del abismo y subió del pozo humo, como el humo de un gran horno, y se oscureció el sol y el aire a causa del humo del pozo…

(San Juan, Apocalipsis.)

CAPÍTULO TERCERO

EL extraño aparato tenía una forma fusiforme. Lo que más llamaba la atención al contemplarlo por vez primera, como lo estaba haciendo en aquellos momentos Solonov, era la afilada punta, de cerca de diez metros de longitud, que emergía como una gigantesca lanza de la convexa semicircunferencia que formaba la proa.

Aquel fantástico torpedo era el producto de los trabajos de Stanoloiew. El profesor, plantado ante él, lo miraba con una complacencia muy poco disimulada.

—¿Qué le parece mariscal?

—No sé para qué sirve —repuso el otro encogiéndose de hombros.

—Pronto lo sabrá. Va usted a venir conmigo, que lo tripularé. ¡Vamos!

El aparato se abría exactamente por su ancha popa, no lo suficientemente amplia para la fortaleza de Solonov, que hubo de realizar un verdadero esfuerzo acrobático para penetrar en el interior.

El espacio era extremadamente reducido. Una especie de pasillo, por el que había que andar a gatas, conducía a la cabina, de no muy grandes dimensiones, repleta de extraños mecanismos y dotada de dos lechos, en los que se echaron los dos hombres.

—Dentro de unos instantes —explicó Nicolai— seremos lanzados desde el submarino por un lanzatorpedos construido especialmente para este fin. Vamos a comunicar la señal convenida.

Oprimió un botón e instantes después llegaba a los oídos de

Solonov el conocido sonido que producía la salida por el lanzatorpedos. La iluminación en el interior del aparato era tenue y de color azulado, lo que no impedía ver excelentemente todo, aunque con un escalofriante aspecto de ultratumba.

Durante media docena de minutos reinó un completo silencio entre los dos hombres. Tan sólo el frotar del agua contra las paredes del torpedo, que debía marchar a gran velocidad, llegaba hasta ellos como un murmullo apagado y lejano.

Solonov se dedicó a observar la serie de complicados mecanismos que llenaban completamente la cabina. Cuadrantes, cables, lámparas, pantallas, toda una serie, en fin, de aparatos surgidos, la mayoría, de la mente diabólica del extraño «hombrecillo insignificante».

Inopinadamente, una de las pantallas se iluminó y momentos más tarde el mariscal podía contemplar, maravillado, el fondo del mar, por el que los ejemplares más extravagantes de la fauna abisal se movían emitiendo señales fosforescentes que daban al espectáculo una inaudita y misteriosa belleza. De vez en cuando, y sorprendidos sin duda alguna por los focos del aparato —otra especie fabulosa para ellos—, se veían algunos de los feroces combates entre aquellos monstruos, combates que se desarrollaban en las negruras abisales del océano, a la incierta luminosidad de los cuerpos de los combatientes.

Solonov sintió un desasosiego nuevo en él al contemplar cómo la lucha y la guerra feroz parecía ser una ley de vida impuesta desde el comienzo de todo… Recordó cuántas veces había utilizado en sus innúmeros discursos la palabra «paz» y cómo ahora la consideraba como un vocablo sin sentido, vacío como su propio corazón.

—¡Cuidado! ¡Vamos a chocar contra esas rocas!

Había lanzado la exclamación sin poderla evitar, ya que, en efecto, el aparato se acercaba a gran velocidad a una masa oscura mucho más que el propio fondo abisal del mar, formada de gigantescas masas rocosas.

Nicolai había apagado la pantalla. Luego, con la mano derecha, oprimió un nuevo botón, rojo éste, situado en un lugar privilegiado del cuadro de mandos.

—No te preocupes, camarada Solonov. Me he percatado de que

te ha gustado el paisaje submarino que acabamos de recorrer. Para mí es tan sobradamente conocido que hubiese podido decirte él nombre de la mayoría de las especies que hemos visto. Pero ¿qué importancia tiene todo esto para nosotros? Ahora…

Una potente vibración, que hizo que el aparato se estremeciese brutalmente, cortó su frase. Durante un par de minutos un extraño ruido fue incrementándose hasta hacerse francamente intolerable. Luego, al tiempo que el profesor manejaba diversas palancas, el desagradable sonido fue amortiguándose hasta reducirse, finalmente, a un susurro apagado.

—Ahora —volvió a decir Nicolai— empezamos nuestro verdadero viaje. Ese ruido que has oído era inevitable. Nuestro «Geoperforator» está penetrando en la tierra…

—¿Penetrando en la tierra? —inquirió el otro con un rostro en el que se leía la más sincera incredulidad.

—En efecto. La punta del aparato no es más que una carga energética mucho más fuerte que la propia energía atómica. Todo lo que toca es inmediatamente desintegrado en unas dimensiones exactas, de modo que se va abriendo un túnel ante nosotros por el que progresa el «Geoperforator».

—Pero… ¿cómo no somos desintegrados nosotros mismos?

—Es bastante fácil. La energía nuclear que se forma ante el aparato y desintegra la roca pudiese muy bien atacarnos a nosotros también, desintegrándonos de igual manera. Sin embargo, nuestro aparato va perfectamente protegido por una corriente, que va de proa a popa por encima y en sentido inverso por el vientre del «Geoperforator», de «fotones». Ya sabrás que éstos, que son los corpúsculos «materiales» de la luz denominados «Quanta» por Plank, no son sensibles a la desintegración, porque, sencillamente, no son átomos. Su velocidad y la densidad con que los produce el mecanismo de nuestro aparato les hacen formar una espesa capa que rechaza cualquier corpúsculo de uranio que llegase a nosotros con la suficiente fuerza para desintegrarnos. Es como si tú intentases desde la orilla de un río lanzar una piedra horizontalmente para llegar al fondo; la piedra rebotaría sobre el agua para penetrar, por último, ya amortiguada por la densidad del líquido. De la misma manera, los «neutrones» del uranio «rebotan» sobre la densa capa de fotones que les oponemos…

Solonov no llegaba a comprender bien todas aquellas confusas explicaciones. Algo tremendamente extraño, una especie de pánico horrible se estaba apoderando de él. Sin saber exactamente por qué recordó al «Fausto», de Goethe, y se estremeció como sacudido por un inesperado ataque de fiebre.

—¿Dónde vamos? —inquirió con voz trémula.

Stanoloiew dejó escapar una risita sarcástica que resonó extrañamente en el interior del aparato.

—¡A las entrañas de la Tierra, camarada Solonov! Allí donde están los soportes geológicos de los continentes. Cerca del magma central, donde empieza el reino del fuego y acaba la isla pétrea sobre la que viven y gritan las hormigas humanas.

—Pero —Dimitri tenía los ojos desorbitados por el espanto— ¿qué es exactamente lo que deseas hacer?

Nicolai cerró los puños con fuerza.

—¡Romper las bases del continente americano en el Norte! Durante años y años he estudiado la Geotectónica americana con un detalle que te haría volver loco. Conozco la geología de Norteamérica mejor que nadie en el mundo. Lo conozco como tú conoces las calles de Moscú. Cada «falla», cada capa, cada sedimento, todos los plegamientos que han formado el paisaje actual del país de nuestros enemigos. ¡Me costó mucho descubrir cuáles eran y dónde se encontraban los soportes geológicos más importantes! Cuando los hallé sentía la satisfacción de tener a mi disposición aquel gran hormiguero. Dentro de unos minutos haremos la primera parada y colocaremos cargas suficientes para modificar la estructura de las capas que soportan la parte Este de los Estados Unidos. Luego colocaremos otras cargas al Oeste, y, finalmente, llegaremos al Pacífico, donde otro submarino nos recogerá.

—¿Qué… pasará… luego? —musitó Solonov, sin fuerza ya para hablar.

—¿Que qué pasará? ¡Ya puedes imaginártelo, camarada mariscal! Al provocarse las explosiones, se producirán profundos cambios en la yeotectónica de esta parte del mundo. Inmediatamente, una serie de violentos seísmos se desencadenarán hasta que las tierras vuelvan a encontrar de nuevo el equilibrio estático. Naturalmente, que las regiones más afectadas por esos

profundos cambios geológicos serán las capas superficiales, ya que, en última instancia, los movimientos sísmicos no finalizarán hasta atravesar completamente la zona que separa la superficie del epicentro, que coincidirá exactamente con el lugar en que provoquemos las explosiones.

Solonov cerró los ojos intentando adivinar, más que ver, la serie de horribles catástrofes que se producirían cuando las entrañas de la tierra se revolviesen como serpientes despiertas después del reposo milenario en que habían permanecido.

Todo lo que pasó después, colocación de cargas, que se hizo automáticamente desde el interior del «Geoperforator», orientación posterior para salir, finalmente, al océano Pacífico, fue para Dimitri como una atroz pesadilla que parecía no quererse acabar nunca…

—Camarada Solonov…

Dimitri pareció salir de unas profundidades anímicas insondables.

—¿Qué ocurre?

—Siento sinceramente obedecer las órdenes, de Toukriev; pero es así, viejo camarada. Comprenderás que la historia soviética necesita un héroe que responda del triunfo sobre los países capitalistas. Tú has tenido la suerte de convertirte en el personaje que las futuras generaciones recordarán y venerarán como al héroe que llevó a cabo la operación, que, por el mismo motivo, recibió su nombre: Solonov.

Aquello era, sencillamente, una condena de muerte. Dimitri la había previsto desde el momento en que Stanoloiew le había entregado la orden del Jefe del Gobierno. De momento, la había aceptado, obedeciendo mansamente a un superior político que podía disponer de su vida en cualquier momento.

Pero algo se había despertado en el interior de Dimitri, algo tan extraordinariamente fuerte y tan incesantemente imperioso que, al mismo tiempo, parecía borrar todo el sentido de culpabilidad que le había perseguido durante toda su vida.

Ahora, por primera vez, comprendía la esencia del monstruoso aparato humano del que había formado parte. Súbitamente se deshizo de la argolla invisible que le había tenido atado tanto tiempo, dándose cuenta de que existía en el hombre una tendencia hacia lo eterno que no podía ser, en manera alguna, la expresión de

una intelectualidad desarrollada.

Desde el principio del Mundo, en todas las razas, allí donde la inteligencia yacía aún envuelta en la fisiología, siendo no más que una débil barrera entre lo animal y lo humano, había existido siempre un deseo de proyectar la vida individual más allá de los fronteras de la muerte.

Se percataba ahora, ya junto al final, que la vida en sí era demasiado corta para poder recibir el nombre, demasiado amplio, a su vez, de «existencia». No era con palabras y con teorías cómo se limitaba caprichosamente el destino del hombre considerándolo como una mera reunión de compuestos químicos. Solonov sentía en sí mismo la imperiosa necesidad de hacer algo para borrar todos sus errores… Una acción hermosa y humanitaria antes de su muerte que le rescatase de todo el mal que había hecho.

Stanoloiew seguía mirándole intensamente. Por vez primera, el brillo de sus pupilas era inquieto y, muy a pesar suyo, un temblor sacudía sus delgadas y largas manos.

—Puedes salir por la escotilla de popa, camarada Solonov. Aislaré la cabina para que el agua no llegue hasta aquí. Navegamos a cerca de diez mil pies y tu muerte no será demasiado penosa, te lo aseguro…

Dimitri no le escuchaba. Repentinamente, sus músculos se contrajeron y de un poderoso salto lanzóse sobre el maquiavélico sabio, cogiéndolo fuertemente por la garganta.

—¡Morirás tú primero, asqueroso demonio! Seres como tú deben ser aplastados sin piedad… ¡Creías dominar las «hormigas»! Eres un petulante estúpido que se ha subido demasiado alto en su propia estimación. ¡Nada te salvará ahora, como tampoco nadie me salvará a mí! Pero tus malditas cargas de explosivos no estallarán jamás.

Sus poderosos dedos se iban cerrando sobre la garganta de Nicolai. Este, con los ojos dilatados por el terror, intentaba vanamente escapar a la terrible presa que se le llevaba la vida. Finalmente, incapaz de resistir más, después de que la piel de su rostro tomó un oscuro color cianótico, inclinó su cabeza bruscamente hacia delante.

Abriendo sus manos, Dimitri abandonó aquel cuerpo, que se desplomó pesadamente sobre una de las colchonetas de la cabina.

Durante unos segundos contempló con infinita repugnancia a aquel hombrecillo insignificante que debía haber surgido de lo más profundo del Averno, como una maldición demoníaca para la Humanidad.

—¡Ahora ya puedo morir tranquilamente! —exclamó en voz alta —. Pero tú no lograrás los malditos propósitos que deseabas llevar a cabo —se acercó al cuadro de mando—. ¡Voy a poner en marcha todos estos cacharros a la vez! Alguno de ellos hará saltar este aparato diabólico…

En aquel preciso instante, los ojos de Stanoloiew se entreabrieron. Poseían ya el húmedo vidrioso de la muerte; pero, aun entonces, brillaban con una luz tremendamente colérica.

—¡Aprieta el botón azul, imbécil! Está conectado con una carga atómica y nos desintegraremos enseguida.

Solonov se volvió asombrado hacia el moribundo.

—¿Te das por vencido, eh? Ya ves cómo una miserable hormiga ha dado al traste con tus ideas destructivas.

El pálido rostro del otro se contrajo en una horripilante mueca que debía querer ser una sonrisa.

—¡No eres más que un imbécil, Solonov! Las cargas que he colocado explotarán sin remedio… te lo aseguro. Pero, acabemos de una vez, oprime el botón azul y tu triunfo será completo al hacer desaparecer a una inteligencia que hubiese podido dominar el mundo.

Dimitri sentía asco y deseando acabar cuanto antes apretó con toda su fuerza el botón azul.

Una carcajada diabólica le hizo volver velozmente la cabeza.

—¡Tú mismo has sido el que has hecho volar las cargas y provocado el mayor cataclismo geológico de todos los tiempos!

Solonov temblaba de ira mal contenida, sintiéndose burlado y horriblemente culpable a la vez.

Loco de furor, lanzóse sobre el sabio, golpeándole sin descanso, con una ferocidad infrahumana, sintiendo en su interior que acababa de perder la razón

…….

Desde muy lejos un trueno enorme avanzo hacia el «Geoperforator». Su intensidad fue creciendo hasta que, formando

un remolino monstruoso, impulsó brutalmente el torpedo metálico hacia el fondo del mar, aplastándolo despiadadamente en las zonas abisales, donde jamás había llegado la luz del sol…

Todos los sismógrafos del mundo habían vibrado con una intensidad espantosa.

La Humanidad sintió que algo vacilaba en las entrañas de la Tierra y temió que las primeras señales del fin del mundo hubiesen llegado. En todos los rostros la inquietud, el temor y hasta el pánico habían puesto una palidez mortal, al tiempo que las ciegas fuerzas de la Naturaleza, desatadas y furiosas, hacían que el hombre se sintiese tan pequeño como en realidad es.

En los Estados Unidos los estremecimientos del suelo habían poseído una tal intensidad que la mayoría de las grandes ciudades no eran ya más que colosales y fantásticas tumbas en las que el silencio de la muerte reinaba por doquier.

De Norte a Sur y de Este a Oeste, la Tierra temblaba como sacudida por los estremecimientos postreros, tal una criatura que se defendiese, en un colosal escalofrío, del fin que significaba todo aquello.

En un solo instante la mayoría de los sistemas de comunicación se vieron rotos, así como las conducciones de energía eléctrica y de agua, lo que aumentó la gravedad del cataclismo.

Nadie pudo saber exactamente lo que estaba ocurriendo en América del Norte, ya que a partir de las ocho de la mañana de aquel fatal 25 de agosto ninguna comunicación de ningún tipo salió de los Estados Unidos ni del Canadá.

Los barcos que navegaban en las proximidades de las costas americanas desaparecieron en una tromba de agua que surgía del misterioso fondo del océano como una gigantesca mano vengadora que se levantaba en contra de la ciega inteligencia de los hombres.

En París, Berlín, Madrid, Lisboa, Roma y Bruselas los observatorios de Sismología captaron claramente la onda sísmica más fuerte que habían registrado jamás. No tardaron mucho todos ellos en coincidir que el epicentro de aquel espantoso fenómeno podía situarse en algún punto de los Estados Unidos, aunque se establecieron diversas hipótesis respecto a la verdadera situación de dicho epicentro.

Los Ejércitos de la N. A. T. O., y los Gobiernos de las potencias

occidentales reaccionaron inmediatamente dispuestos a informarse lo antes posible de lo que había ocurrido al país amigo. España, sintiendo antes que nadie el deber caballeresco de ayudar inmediatamente a los Estados Unidos, tomó la iniciativa.

Diez escuadrillas de «Pegaso-A987» (aviones a reacción supermodemos, capaces de alcanzar los dos mil kilómetros a la hora, salvando la barrera térmica con gran facilidad) salieron del aeródromo de Barajas, poniendo proa a Estados Unidos.

Todo parecía cursar por cánones comunes y las gentes se creían víctimas de un cataclismo natural que se había cebado cruelmente con los estadounidenses. Pero cuando seis horas más tarde, la emisora de televisión de Madrid comunicaba al mundo la espantosa verdad, contenida en el informe entregado al Ministerio de la Guerra español por el general Mendoza, que mandaba voluntariamente la escuadrilla de «Pegaso-A.987» que había salido rumbo a los Estados Unidos de América, Occidente se enteró de la alevosa agresión con la que se iniciaba el Tercer Conflicto Mundial.

Millones de seres, a través de las cadenas europeas de televisión, contemplaron el rostro serio del general Mendoza. No había en la brillante mirada del general español más que la luz de la cólera, difícilmente contenida y la expresión de una voluntad de lucha implacable.

«Acabo de volver con dos aparatos de un viaje de información previa sobre el territorio de los Estados Unidos y del Canadá. Estoy seguro de no encontrar palabras que puedan dar una idea aproximada de las espeluznantes dimensiones de la catástrofe que ha caído sobre tierras amigas. Nuestra escuadrilla, después de atravesar el Golfo de Méjico, penetró sobre tierra estadounidense por la Península de Florida. Penetramos después en Georgia, pasando enseguida a Tennessee. Desde allí, y para poder percatamos de la tremenda grandiosidad de la catástrofe, pusimos proa al Oeste, adentrándonos en Missouri, de donde pasamos a Kansas, Colorado, Utah y Nevada. El espectáculo era sencillamente dantesco. Grandes fisuras surcaban la tierra Como enormes culebras oscuras. Cada vez que descendíamos para fotografiar con detalle alguna ciudad sentíamos el estremecimiento del terror que nos sobrecogía por completo. Miles de gentes corrían alocadas por todas partes, huyendo de los centros urbanos sin saber exactamente

hacia dónde se dirigían.

»En vuelo rasante y sirviéndonos de los megáfonos de a bordo, gritamos a aquellas gentes prometiéndoles una pronta ayuda y aconsejándoles que se concentrasen en puntos alejados de los seísmos y de las ciudades, protegiéndose los unos a los otros. Recorrimos así, de Oeste a Este, una gran cantidad de estados, gritando sin cesar: «¡La ayuda de vuestros hermanos europeos llegará hoy mismo!»

»Las pobres gentes nos saludaban con la alegría que les producía el no encontrarse solos en aquellas desdichadas circunstancias. Al llegar de nuevo al Este, tomamos el camino sobre Illinois, pasando seguidamente a Indiana, con la intención de adentramos un tanto en el Canadá, que temíamos hubiese sido igualmente afectado,

»Fue entonces, al sobrevolar las cataratas del Niágara, que nos encontramos ante algo que estaba tan lejos de nuestra imaginación como el mayor absurdo posible…

»Más de dos mil aviones, en formación cerrada, lo que demostraba, naturalmente, que no temían a una defensa antiaérea inexistente, atravesaban en aquellos momentos la frontera canadiense. Enseguida nos percatamos de que se trataba de gigantescos multi-reactores «Pavlonov-76». Las estrellas rojas en las alas y el fuselaje eran perfectamente visibles,

»Antes de que hubiésemos reaccionado pudimos observar que de algunos de ellos brotaban centenares de paracaidistas, dándonos cuenta de que estaban llevando a cabo una operación de ocupación de los Estados Unidos. No podía hacemos dudar un solo instante que la inhumana catástrofe que estaban sufriendo los estadounidenses había sido un ataque soviético, perpetrado con la alevosía de una traición espantosa a la Humanidad entera.

»Nos dimos cuenta que la temida Tercera Guerra Mundial acababa de empezar y comprendimos, aunque demasiado tarde, la significación de la retirada inesperada del Embajador soviético de Washington, sin motivo aparente en el instante que se produjo.

»Ordené el ataque inmediato, ya que había tenido la precaución de salir artillado y municionado de Barajas. Nos lanzamos con toda la potencia que nos daba la rabia producida por aquel canallesco ataque, logrando derribar, con proyectiles dirigidos de tipo «Betty», a media docena de aquellos colosos del aire.

»Luego nuestras bajas empezaron a producirse, ya que los «bi-reactores» de escolta empezaron a desprenderse de sus proyectiles teledirigidos «Sdruba», en todo semejantes a los nuestros.

»Dime entonces cuenta de que lo más importante era regresar inmediatamente, ya que era mucho más interesante que nuestro sacrificio que el mundo se enterase, sobre todo, de la agresión que se cernía sobre él. Di entonces la orden de retirada.

»De los treinta aparatos con los que había salido de España, no me quedaban más que doce, incluyendo, naturalmente, el mío propio. Iniciamos la ruptura de contacto con el enemigo, pero éste debía haberse dado perfecta cuenta de nuestras intenciones y no deseaba que el mundo fuese informado de la verdad antes del momento que ellos mismos eligiesen para decirlo.

»Por otra parte, no podíamos pensar en utilizar nuestra «radio», ya que, como pude comprobar personalmente al intentarlo, los rusos habían establecido una fuerte barrera sónica desde sus aparatos que malograrían totalmente todas nuestras emisiones.

»Medio centenar de «bi-reactores» soviéticos se despegaron de la formación protectora para aniquilarnos antes que pudiésemos alejarnos de allí. Era una situación verdaderamente desesperada y urgía obrar lo más rápidamente posible para poder cumplir nuestro más importante cometido.

»Viéndonos en la imposibilidad material de «despegarnos» del enjambre enemigo que se nos echaba encima, ordené desesperadamente un brusco cambio de rumbo, instando a mis hombres para que se lanzasen, como yo lo hacía, contra los «multi-reactores» soviéticos.

»Era una maniobra suicida y desesperada, pero no veía yo otra salida posible. Los enormes aparatos enemigos, al ver que nos dirigíamos directamente sobre ellos a una velocidad algo superior a los 2.000 kilómetros por hora, se abrieron alocadamente para evitar colisiones que, sin duda alguna, se producirían.

»Diez de mis valientes muchachos se estrellaron contra los colosos rojos, causando una formidable pérdida al enemigo. Dada la enorme capacidad de los «Pavlonov-76», que pueden contener ampliamente dos centenares de soldados, causamos un mínimo de dos mil bajas al contrario.

»Dios permitió que mi aparato y el del coronel Sánchez

atravesasen sin más daño la barrera de los «multi-reactores» soviéticos. A toda la velocidad de nuestros turbo-reactores ganamos el Atlántico, viendo, con satisfacción, que ningún aparato enemigo nos perseguía.

»Esto es todo lo que hemos visto.

»Que los que nos han escuchado mediten y se dispongan a luchar sin descanso por nuestra civilización. Es amargo acabar con unas palabras que jamás hubiese deseado pronunciar:

»¡LA TERCERA GUERRA MUNDIAL HA EMPEZADO!»

Una oleada de estupor fue la primera reacción que se produjo en Europa. La sorpresa había sido demasiado intensa para que las gentes «digiriesen» con la velocidad necesaria la idea de que estaban en guerra.

Ninguna bomba había caído sobre Europa, ningún ejército enemigo había realizado acción ofensiva alguna en las fronteras del llamado «telón de acero». Nada, en fin, se había producido que justificase, de una manera palpable, la amenaza que se cernía sobre el mundo civilizado.

Los medios pro-comunistas europeos, singularmente los franceses e italianos, acusaron al general Mendoza y al propio Gobierno español de haber montado una «situación sensacionalista» para levantar a los pueblos europeos en una guerra que no había sido declarada por nadie.

Horas más tarde del trágico mensaje del general Mendoza, las estaciones televisoras de toda Europa occidental transmitieron las películas tomadas por la escuadrilla hispana conteniendo el horrible espectáculo de la catástrofe y algunas vistas del combate con las formaciones soviéticas que estaban en camino de ocupar los Estados Unidos.

La verdad se abrió paso como una cegadora luz que ningún espíritu mezquino podía evitar. Dentro de las primeras diez horas de la noche del 25 de agosto, la N. A. T. O. se reunió urgentemente y a puerta cerrada, con la presencia del general Mendoza, que se había convertido en el hombre más importante del momento.

En la mañana del 26, la prensa y la televisión anunciaban el propósito de los Gobiernos occidentales de acudir en ayuda de los Estados Unidos con todos los medios a su alcance.

Singularmente emotiva fue la alocución del general de cinco

estrellas Harry Lowel, Jefe de las Fuerzas Americanas en Europa, que, con lágrimas en los ojos, hizo una llamada a todos los estadounidenses estacionados en el Viejo Continente.

«Europa va a ayudarnos. Ni uno sólo de nosotros dudará un instante en incorporarse a las fuerzas que se disponen a salir hacia nuestra patria. Españoles, franceses, italianos, alemanes, belgas y nórdicos van a defender por primera vez en la Historia del mundo el terreno en que nacimos. ¡No permitiremos que el poder soviético ponga su pie sobre la tierra americana! Desde las heladas tierras de Alaska hasta Florida y el Golfo de Méjico combatiremos junto a nuestros hermanos europeos contra el más implacable enemigo que jamás tuvo el mundo! ¡Lucharemos con coraje y lograremos la victoria, porque creemos merecerla! Y si esta horrible Tercera Guerra Mundial coincide con el final del mundo, repetiremos, con San Juan, las palabras de su Apocalipsis: No habrá ya maldición alguna, el trono de Dios y del Cordero estarán en ella y sus siervos le servirán y verán su rostro y llevarán su nombre sobre la frente. No habrá ya noche, ni tendrá necesidad de luz de antorcha, ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinará por los siglos de los siglos. Amén.

“Vi y oí un águila que volaba por medio del cielo diciendo con poderosa voz: ¡Ay, ay, ay de los moradores de la tierra por los restantes toques de trompeta de los tres ángeles que todavía han de tocarla!…”

(San Juan, Apocalipsis.)

CAPÍTULO CUARTO

EL domingo 29 de agosto, en el refugio antiatómico construido a 213 metros debajo de la masa imponente del Kremlin y separado de la superficie de la tierra por seis inmensas losas de cemento, separadas por cuatro espacios huecos, en los que se había aprovechado, para el primero, el alcantarillado de la ciudad, el jefe del Gobierno Toukriev recibía las primeras informaciones que le llegaban de las tropas operando en el maltrecho territorio de los Estados Unidos.

La misteriosa desaparición del profesor Stanoloiew —la del mariscal Solonov estaba ya prevista— había sumido a Iván en un mar de confusiones. Con el sabio desaparecía una potente arma secreta que el moscovita hubiese necesitado para acabar con un posible Japón que llegase a veces a la China.

Los informes recibidos hasta el momento no podían ser más satisfactorios. Naturalmente, que no se podía definir exactamente la situación de las tropas en un país que sufría un caos derivado de la catástrofe que había caído sobre él.

El nuevo mariscal de Tierra, Mar y Aire, Sergio Krussifiew, plantado en un rígido «firmes» ante el amo de todas las Rusias, recitó el informe que había procurado aprenderse de memoria.

«Las heroicas tropas del Ejército Rojo han ocupado, hasta las siete de la mañana del día de hoy, 29 de agosto de 1999, los siguientes estados: North Dakota, South Dakota, Minnesota, Wisconsin, Nebraska, Iowa, Illinois, Indiana, Ohio, Pensilvania, New York y una franja inclinada de extensión variada que constituye la punta en la que maniobran las divisiones

recientemente lanzadas desde el aire y que comprende los estados de Virginia, Tennessee, Arkansas, Oklahoma y parte del territorio norte de Texas.

»Las operaciones siguen un curso acelerado, en vista de llegar cuanto antes a la frontera mejicana. Entre tanto, otras unidades blindadas y los Cuerpos de Ejército XXII y L, dotados de elementos preparados para la lucha ártica, ocupan los centros urbanos y fabriles de Alaska y Canadá.

»Se observa en el territorio de los Estados Unidos una fuerte reacción de la población civil que ha obligado a las fuerzas ocupantes a practicar una urgente política de «rehenes», fusilando a grandes grupos de éstos en vista de la resistencia activa de los estadounidenses. La población civil huye ante nuestra presencia y busca refugio en las altas montañas, con la indudable idea de formar grupos de resistencia.

»Escuadrillas especiales están lanzando sobre esos núcleos rebeldes y los terrenos selectivamente escogidos por ellos bombas bacteriológicas que contienen virus gangrenosos y tetánicos. Se espera que los focos insurrectos sean reducidos en fecha próxima.

»Por otra parte, elementos armados de la N. A. T. O., desembarcados o parachutados en unidades llegadas desde Europa occidental, han creado cabezas de puente en los siguientes Estados: Parte Sur de Texas, Louisiana, Mississippi, Alabama, Georgia y Florida, que han ocupado enteramente. Se han registrado ya los primeros combates aéreos entre la aviación del enemigo y la nuestra. Hasta el momento, el contrario ha perdido trescientos ochenta aviones «bi-reactores» contra doscientos diez de los nuestros.

»Además, y desde las bases del Pacífico, así como de los países del sur de Asia, la S. E. A. T. O. ha enviado urgentemente fuertes contingentes navales que han conseguido ocupar una ancha franja en el Oeste, formando una cabeza de puente que ocupa los Estados de Washington, Oregon, California y puntas densas en Nevada, Idaho y Arizona.

»Esto es todo, camarada Toukriev.»

Iván había seguido las palabras de su nuevo mariscal sin separar los ojos del enorme mapa que representaba los Estados Unidos y que ocupaba enteramente uno de los muros de la espaciosa

estancia.

Después de unos momentos de silencio, el Jefe del Gobierno soviético volvió su acuosa mirada hacia Krussifiew. Se notaba en su rostro la huella del cansancio.

—Espero, camarada mariscal, que las operaciones de limpieza de esas cabezas de puente no durarán más que lo necesario. En tu último informe leí con satisfacción que ya preveías esa acción enemiga…

—En efecto. La totalidad de la Escuadra del Báltico está ya en camino para reforzar el bloqueo de las costas americanas del Este. Por otro lado, una importante flota atraviesa en estos momentos el Pacífico con orden de desembarcar por la fuerza en el territorio del Oeste americano ocupado por las fuerzas de la S. E. A. T. O.

—Perfectamente. Ya he terminado contigo. Cuando salgas di a Vurjanov que pase; deseo hablar con él.

Alexis Paliovicht Vurjanov era un hombre alto, tremendamente delgado y de rostro anguloso del que brotaba —ninguna palabra más gráfica en este caso— una nariz enorme, aguileña, como el pico de una rapaz, y detrás de la cual dos ojos intensamente negros se movían constantemente, animados por una inquietud que se hacía visible en el acerado brillo de las pupilas.

Encargado, desde hacía algunos días, de los Asuntos Exteriores del mundo soviético, Vurjanov había trabajado a las órdenes del anterior ministro Paiew, hasta que consiguió eliminarlo para poder satisfacer la intensa ambición que era la propia medula y razón de su existencia.

—Siéntate, Vurjanov.

Este obedeció prestamente la orden ya que sabía que de todos los ministros era él el único a quien se le consentía sentarse frente al Jefe del Gobierno.

—¿Has oído el informe de Sergio?

—Sí. Como me ordenaste, he estado en la cámara de escucha y he oído todo.

—¿Qué te parece?

—No está mal. La operación «Lenin» sigue su marcha y se puede esperar que las fuerzas enemigas sean aniquiladas de un momento a otro. No está nuestra primordial preocupación al otro lado del

Atlántico, camarada Toukriev.

El otro movió la cabeza afirmativamente.

—Ya lo sé. Por eso he deseado hablarte. ¿Cómo van las cosas, en realidad, Vurjanov?

Alexis quedó en silencio durante unos instantes. Luego, con la cabeza bata, pairando las puntas de sus lustradas botas de charol.

—En Europa —empezó a decir— no hay más que un silencio de los que preceden de las grandes tormentas. Los occidentales, desde que se han percatado de nuestro ataque a los Estados Unidos, se mantienen a la expectativa, mientras hacen lo posible por combatirnos en América. Por un lado, no atacan en las fronteras europeas y, por ende están en paz con nosotros; por otro lado, combaten a las fuerzas soviéticas en el Nuevo Continente, y por lo tanto, están en guerra con la U. R. S. S. No es fácil adivinar lo que van a hacer si los expulsamos del territorio estadounidense.

»Hacia el Este, China tampoco ha dicho nada, limitándose a movilizar intensamente, cosa que está haciendo el Japón, las Filipinas, Insulindia y Australia.

»Ya conoces, tan bien como yo, el mensaje recibido de Yugoslavia que se coloca definitivamente a nuestro lado…

—¿Vislumbras alguna neutralidad si nos lanzásemos sobre Europa?

El otro meditó durante unos instantes.

—Es difícil moverse en ese terreno —repuso—. Los sondeos diplomáticos realizados en el curso de estos días no permiten contestar claramente a tu pregunta. Pero la pasiva actitud de Inglaterra, que no ha intervenido hasta ahora en nada a pesar de pertenecer a la O. T. A… N., puede significar algo más que una simple abstención momentánea. En cuanto a Francia, Italia, Alemania y, sobre todo, España, ya conoces la posición abiertamente opuesta a nosotros, que han adoptado tan firmemente.

»Por otra parte, Sud y Centroamérica permanecen en el mismo silencio, sin manifestar claramente el camino que van a tomar…

Después de un extenso silencio.

—Habrá que preparar el ataque a Europa —Toukriev había cerrado con fuerza sus puños—. Enviaremos primeramente un

ultimátum, concediéndoles veinticuatro horas para decidirse. ¡Yo esperaba, francamente, que ante la colosal derrota de los americanos, Europa se rendiría a la evidencia!

—No creo que sea el momento apropiado para teorizar, camarada presidente. Si verdaderamente la hora «H» ha llegado, debemos lanzarnos furiosamente contra esa despreciable parte de la Humanidad que, directa o indirectamente, nos ha combatido siempre. Poseemos las suficientes armas secretas para dominar el mundo en esta maravillosa ocasión que se nos presenta.

Los ojos de Ivan brillaban más intensamente que nunca.

—¡De acuerdo, Alexis! Redacta inmediatamente el ultimátum y haz que nuestros embajadores lo entreguen, a la misma hora del mismo día, a los ministros de Asuntos Exteriores de todos los países europeos. ¡Ay de ellos si cometen la locura de oponerse a nuestros propósitos!

…….

Entre los pocos americanos que habían quedado en Europa, por orden superior, se encontraban Jim Lardy y Harold Stawenson. La esposa del primero había sido operada el mismo 25 de agosto y se encontraba en convalecencia en uno de los hospitales americanos, en las afueras de París.

Harold, en relación con la Cadena Paneuropea de Televisión, organizaba la informaciones que iban llegando de los frentes americanos, comunicando a millones de «televisoyentes» su entusiasmo y su fe en la victoria final.

Sigilosamente, sin tromba ni tambor, Europa organizaba su defensa en un silencio que se acordaba perfectamente con las circunstancias mundiales. Todas las miradas estaban en el Este, pero en ninguno de los millones de ojos que se tendían hacia el «Telón de Acero» podía leerse más que el odio a quien había traicionado una paz que la Humanidad deseaba fervorosamente.

Se respiraba por todas partes una ansiedad que expresaba la impaciencia por empezar lo que la Historia parecía imponer de una manera indudable. No obstante, el terror de que aconteciese lo mismo que en Estados Unidos hacía que las gentes sintiesen la inseguridad de encontrarse a merced de las terribles armas que el hombre del siglo XX había ideado.

Jim, a pesar del trabajo, que le acaparaba la mayoría de las

horas del día y de la noche, parecía insatisfecho de su propia labor. Cada vez que leía o escuchaba el Parte de Guerra, llegado del otro lado del Atlántico, sentía una incertidumbre sobre su propio conceptoo del deber, que le llevaba a considerarse «emboscado» en una contienda en la que se jugaba el porvenir de su patria.

Josianne empezó a leer en las pupilas de su marido algo que la inquietaba. Acostumbrada a analizar para sí misma las menores reacciones de Jim, dudaba, sin embargo, no encontrando entonces, por más esfuerzos que hacía el oculto motivo que apagaba así la luz de las pupilas del ser que amaba tanto.

Ella se percataba claramente que Jim no quería hablarle de aquel asunto, fuese el que fuese, y lo que más daño le hacía era aquella falta de confianza que sellaba tan fuertemente los labios de él. Ninguna otra preocupación que la propia guerra podía ensombrecer de tan acusada manera a su esposo, pero ella no llegaba a precisar el porqué del reiterado silencio de él.

Una de las tardes en que ya le era permitido pasear por el jardín del hospital, del brazo de él, se detuvo al final de uno de los arenosos caminos bordeados de flores tardías, y clavando sus azules pupilas en los ojos de su marido,

—Puedes hacer lo que piensas, Jim. La única cosa que me molesta un poco es que no hayas tenido la suficiente confianza conmigo para explicármelo antes…

Él la miró intensamente y sin decir una sola palabra inclinó su cabeza, besando tiernamente en los labios a Josianne.

—No sabes lo que te lo agradezco, querida. Siempre he confiado en que llegarías a adivinar mis pensamientos, librándome del mal rato que me hubiese costado el decírtelo, cuando ya me había decidido y comprometido a hacerlo.

Ella había bajado los ojos, aparentemente abstraída por la contemplación de algún punto invisible del suelo arenoso, bebiendo ansiosamente las palabras que Jim iba pronunciando y esperando que ellas le explicasen lo que ignoraba completamente. Tenía miedo; un miedo horrible a que él le descubriese sus propósitos, que ni siquiera alcanzaba adivinar. Pero era mejor así; que él creyese que había logrado adivinarlo, dándole así ocasión a que se explayase. Sobre todo, Josianne pensaba en el daño que sus palabras le harían, esforzándose ardientemente que él no se

percatase del esfuerzo en evitar que las lágrimas, que picoteaban sus párpados como una bandada de juguetones gorriones, llegasen a manifestar su congoja.

Jim la había cogido fuertemente del talle e impulsado por su propio entusiasmo la arrastraba por el jardín, al tiempo que dejaba que las palabras entusiastas brotasen a borbotones de su boca.

—¡Es formidable, Josianne! No puedes imaginarte la cara de alegría que ha puesto el comandante Temple cuando le he manifestado mi propósito. Comprenderás fácilmente que me necesitaban, de la misma forma que yo necesitaba encontrarme entre ellos. ¡Me asfixiaba en París, querida! Aquí nadie se da exacta cuenta de lo que pasa en América. Se ha hablado mucho de la nueva y misteriosa arma rusa que ha producido esos espantosos terremotos. Pero, en realidad y a pesar de las imágenes que la Televisión española nos ha mostrado, ninguno de los que nos rodean pueden explicarnos lo que ocurre allí. ¿Es que no piensas en nuestro hogar, querida? Es muy difícil que llegues a imaginarte un Nueva York medio derruido, al que han sido obligados a volver unos cuantos miles de hombres, de mujeres y niños que limpian las calles de escombros para que puedan pasar los coches en los que van los peores enemigos de la Humanidad. Por la noche, cuando me acosan las terribles pesadillas de las que padezco desde hace tiempo, veo, en lo alto del Empire State la sangrienta bandera comunista como algo que ningún americano había soñado contemplar. Miles de amigos nuestros, de gente conocida, o de desconocidos, que por la carretera marchaban en sus coches junto al nuestro, cuando íbamos de «week end», están ahora muertos, heridos o enfermos; trabajando quizá en la limpieza de los escombros de alguna ciudad en donde ellos habitaban y cuyos hogares estás actualmente ocupados por soldados rusos…

Dejándose llevar por las vehementes palabras de su marido, Josianne imaginó las horrendas escenas que estarían desarrollándose en aquel país, al que después del suyo había amado como una segunda patria. Vencida por el deseo de Jim.

—¡Estoy orgullosa de ti, grandullón! —exclamó, dejando, al fin, que sus lágrimas brotasen ya que ahora podían explicarse por el íntimo gozo que sentía, enmascarando la real congoja que seguía oprimiéndole el pecho.

—No puedes imaginarte —repuso él cerrándola entre sus brazos — lo que va a costarme esta forzosa ausencia. Pero quiero decirte, Josianne, que algo me dice, en lo hondo del corazón, que esta horrible guerra acabará muy pronto y que, muy pronto también, podremos volver a nuestro hogar con la sola amarga visión de rezar por los caídos.

Seis horas después el «multi-reactor en que iba Jim aterrizaba en uno de los campos de combate hechos a toda prisa en la península de Florida.

Le pareció llegar a un país desconocido, jamás visto. Las huellas dejadas por los terremotos marcaban por doquier la categoría dramática de los que fueron. Era como si hubiese pasado por allí un gigantesco y descomunal caballo de Atila sembrando la destrucción por todas partes. Nunca, ni aun con las informaciones más precisas, podía imaginarse la espeluznante realidad de lo que había ocurrido.

Se combatía ya, desde la víspera, en un amplio frente, en una línea sinuosa que se movía constantemente en las idas y venidas de los elementos blindados que intervenían en la lucha. Jamás en guerra alguna se había peleado con aquella sangrienta intensidad, con aquel encono, poniendo en cada pelea el odio tremendo de saber que una victoria enemiga significaba la esclavitud para siempre.

Los soviets empleaban, como de costumbre, elementos humanos de las más variadas razas. Uzbekos, mogoles, calmucos, siberianos; toda una catarata etnográfica que se lanzaba ciegamente hacia el contrario, haciendo alarde de aquella ceguera masiva, en un suicida desprecio de la vida, que había sido siempre la característica bélica de los eslavos.

Jim se presentó, seguidamente a su llegada, al Estado Mayor del General Oweyer, jefe absoluto de las fuerzas de la N. A. T. O. en el frente americano. El general, un hombre joven, fuerte y con una hermosa sonrisa en el rostro, que era como un atributo más a su relevante personalidad, le recibió magníficamente, explicándole a reglón seguido lo que deseaba que hiciese.

—Debemos mantener cueste lo que cueste un espíritu de lucha que es tan importante como la lucha misma. Hay que comprender que los hombres que han venido a América lo han hecho voluntariamente, llenos de entusiasmo y deseosos de hacer pagar

caro al enemigo el alevoso y traidor ataque de que ha sido objeto los Estados Unidos. Todos ellos llegaron ardiendo de coraje y no pensando más que tener delante el suficiente número de rusos para emplear hasta la última bala de sus fusiles. Pero con lo que no contaban era con la realidad de lo que aquí había pasado. Lo que han visto, ciudades convertidas en informes montones de ruinas, miles de gentes vagando por las carreteras, los caminos, a campo traviesa, con los ojos desorbitados por el terror, atontadas, medio dementes; llorando la pérdida de los seres queridos, lamentando que un gigantesco país como este hubiera dejado de ser a tan tremenda velocidad. Todo eso era mucho más fuerte de lo que habían podido imaginar.

»Para los norteamericanos, la vista de la colosal catástrofe que había sufrido el país, no fue más que un aguijón más que les impele a combatir como fieras. Pero he podido notar, en el seno de las fuerzas voluntarias europeas, que después de contemplar el horrible espectáculo de un país reducido a la nada por un arma geológica —de esto ya no hay duda alguna— piensan obsesivamente si los rusos no emplearán el mismo método en sus respectivos países. No se trata ya, compréndalo usted bien, de un peligro, siempre terrible, de un bombardeo, se emplee en él la clase de bombas que sea. Los europeos saben que poseemos armas de gran calibre para contestar adecuadamente a un ataque enemigo de ese género. Se trata de una amenaza mucho más espantosa y como han podido comprobar aquí in situ, las espeluznantes consecuencias de esa clase de ataques, se sienten naturalmente intranquilos por lo que pueda suceder allí, al otro lado del mar, en donde en cualquier país puede acontecer, no importa cuando, lo que aquí desgraciadamente ha ocurrido.

Un oficial de enlace, que había visto Jim descender de un helicóptero a propulsión que acababa de posarse muy cerca del lugar en que estaba situada la tienda de campaña del general, se acercó vivamente a éste.

—¡Mi general!

Oweyer le miró con aquella simpatía que le hacía el más querido de los jefes.

—¡Capitán Brachel! Hacía ya algunos días que no venía por aquí —luego súbitamente serio—. ¿Ocurre algo por el sector?

—Hemos rebasado Atlanta mi general. Las vanguardias

blindadas han conseguido empujar a los rusos hasta cerca de Canton ya en plena montaña.

—¡Estupendo, muchacho! Voy a preparar un desembarco en los alrededores de Georgetown, en Carolina del Sur. Muy pronto, y con la ayuda de Dios, estaremos en Virginia,

Se veía claramente que el pobre capitán Brachel deseaba decir algo más, que por el desolado aspecto de su rostro no iba a ser tan optimista como las noticias que acababa de dar a su superior.

—Es que… señor… —balbuceó confusamente.

Oweyer se dio cuenta solamente entonces que la información no había terminado. Percatándose inmediatamente que lo que iban a comunicarle no era nada agradable, su simpático rostro se ensombreció un tanto,

—¿Qué ha ocurrido, Brachel?

El otro tragó ostensiblemente saliva antes de encontrar su voz.

—Es lo que intento decirle precisamente, mi general —se veía que el pobre capitán estaba haciendo verdaderos esfuerzos para hallar la manera de expresarse—. Como le dije antes conseguimos llegar hasta Canton, al nordeste de Atlanta…

—Está bien, está bien; vayamos al grano, capitán.

La impaciencia del general no sirvió más que para hacer más confusa la explicación del otro. Después de iniciar el relato de tres maneras distintas, Brachel encontró su norte.

—Una vez que nuestras vanguardias penetraron en Canton, el coronel Togleter que marchaba por ellas, ordenó utilizar los lanzallamas para limpiar algunos nidos enemigos, construidos por los rusos a toda prisa en pleno poblado. Enseguida, y mientras se cumplían las órdenes del coronel, el grueso de la División llegó a Cantón con el propósito de seguir empujando al adversario hacia las fronteras con las Carolinas (1).

(1) El autor se refiere, naturalmente, a los estados de North Carolina y South Carolina, que limitan con el estado de Georgia.

»Las calles se llenaron de vehículos, mientras los helicópteros de acompañamiento y de observación para la artillería y los

lanzacohetes volaban sobre nosotros. Inesperadamente, dos birreactores «Moska-234» lanzaron sobre nosotros unos centenares de proyectiles semitransparentes y de un tamaño no mayor que un puño. Tardamos bastante tiempo en darnos cuenta de que se trataba de cápsulas de metal dotadas de un diminuto detonador que servía al mismo tiempo de contrapeso. Al explotar producían un sonido en todo semejante al de las bombillas lanzadas contra el suelo con fuerza.

Calló para respirar profundamente, como si las imágenes internas cobrasen un realismo que las palabras no pudiesen lograr.

Jim miró entonces al general. Oweyer tenía las mandíbulas muy apretadas y sus pupilas brillaban con una sorprendente fuerza. Una doble fila de gotas diminutas de sudor perlaban la parte alta de su amplia frente.

—Siga, capitán —rogó con voz firme.

Brachel no se hizo repetir el ruego.

—Unas horas más tarde mientras los laboratorios del Cuerpo de Ejército analizaban el contenido de las cápsulas, se producían los primeros síntomas del tétano. Más de un sesenta por ciento de los hombres presentaban heridas múltiples…

—¡Canallas! —rugió el general—. Pero, ¿cómo es posible que los hombres no se guareciesen al ser bombardeados?

—Lo hicieron, señor. Pero según me explicó el propio coronel, que también estaba herido, las cápsulas de cristal al estallar, por medio del detonante del que he hablado antes, se fraccionaban en una serie de cortas agujas de vidrio que se clavaban en mil sitios distintos. Han ocurrido casos, especialmente en los camilleros, que habían permanecido fuera del poblado, de haber sido atacados por el tétano al clavarse una de las agujitas que se habían quedado incrustadas en la hierba, en los árboles o hasta en los mismos uniformes de sus compañeros heridos.

Un silencio pesado se hizo entonces.

—¡La guerra bacteriológica! —exclamó repentinamente el general—. Jamás hubiese creído que esos locos llegasen a olvidarse de los más elementales conceptos humanos —se volvió hacia Brachel—. ¿Cómo ha quedado el frente, capitán?

—Bastante mal, señor. En el instante en que yo tomaba el helicóptero para venir aquí, el coronel, ya bastante grave, pero sin

desear ser evacuado, había rogado a una División mixta turco-española que se hiciese cargo apresuradamente del frente, que se venía irremediablemente abajo. Los rusos, con tropas sin duda preparadas al efecto estaban llevando a cabo un ataque intenso, vestidos con una especie de monos y unas máscaras de plástico que les cubría enteramente la cabeza.

—No puedo explicarme cómo el tétano se ha desarrollado tan velozmente. Generalmente necesita mucho más tiempo para llegar a su última fase. Habrá que investigar esto con detalle —hizo una corta pausa—. ¡Hay que dotar inmediatamente a los españoles y a los turcos de trajes protectores! Todos sabemos que se trata de tropas excelentes, pero, por eso mismo, necesitamos protegerlas especialmente —se volvió hacia Jim, que había permanecido en completo silencio durante todo aquel rato—. ¡Ha llegado usted en mal momento Lardy! Pero le prometo que muy pronto podrá usted reír ante todos los aparatos de televisión del Ejército —cerró el puño derecho, tendiéndolo hacia adelante—. ¿Es que esos moscovitas nos han tomado por tontos? No es necesario que utilicemos las mismas armas que ellos, porque nosotros tememos por las vidas de millones de americanos que están detrás de las líneas rojas. Pero no lograrán ocupar Atlanta… ¡Lo prometo por lo más sagrado!… ¡Señor Lardy, va usted a venir conmigo hasta el frente! Acompañaremos, en mi avión, al aparato que va a lanzar la primera bomba «T» de esta guerra. ¡Vamos a demostrar a los señores del Kremlim que los occidentales tenemos también armas potentes con las que enseñarles los dientes!

Jim cerró los ojos, mientras un involuntario escalofrío le recorría la espalda.

¿Qué sería aquella bomba «T»?

Nada podía hacer por averiguarlo. De todas formas no quedaba otra cosa que repetir las palabras de Julio César:

«¡Allea jacta est!»… ¡La suerte está echada!

“Tocó el primero la trompeta y hubo granizo y fuego mezclado con sangre, que fue arrojado sobre la tierra, y quedó abrasada la tercera parte de la tierra, y quedó abrasada la tercera parte de los árboles y

toda hierba verde quedó abrasada…”

(San Juan, Apocalipsis,)

CAPÍTULO QUINTO

HAROLD, después de visitar a mistress Lardy, la joven esposa de su amigo, consultó el cronógrafo de pulsera, dándose cuenta de que tenía tiempo suficiente para llegar a la hora de su emisión cotidiana.

Decidió, pues, ir andando hasta el monumental edificio de la radio-televisión francesa, distrayéndose con el ir y venir de las gentes que hormigueaban por las calles de París.

Le pareció, sencillamente odiosa la aparente tranquilidad de la ciudad al compararla con la espantosa guerra que se estaba desarrollando al otro lado del océano. Nunca hubiese llegado a imaginar que las cosas tomasen una trayectoria tan fantástica. Desde sus tiempos de niño no había cesado de escuchar que una nueva guerra empezaría siempre con el colosal avance de las Divisiones rusas hacia el Oeste. Por otra parte, los libros de la Historia Contemporánea hablaban hasta la saciedad de aquel peligro, que había, llegado a estructurar una defensa de la que habían nacido la N. A. T. O, y otras organizaciones que abarcaban el Oriente Medio y los países árabes.

¡Defender Europa!

Aquel había sido el grito angustioso de casi dos generaciones, que no dejaban de mirar con cierto terror la sinuosa y demasiado próxima línea que trazaba el «Telón de Acero». No quería decir aquello que América no hubiese hecho lo imposible por prepararse para una agresión viniendo desde las heladas tierras polares. Líneas y más líneas de defensa de «radar» interceptarían cualquier vuelo sospechoso que llegase desde allí.

Pero la gran y única verdad es que nadie se había percatado exactamente de que la fórmula para evitar un conflicto no era otra que la de defender los Estados Unidos para proteger a Europa y al mundo de una invasión sin precedentes en la Historia Universal.

Mientras caminaba, fumando cigarrillo tras cigarrillo, Harold sentía cómo en él iba creciendo el temor de que Europa no fuese demasiado fuerte para detener el ataque, de cuya proximidad no podía dudar ni el más lerdo.

Cierto que Alemania y España, sobre todo esta última, había sufrido una completa transformación en el campo industrial y que las fábricas hispanas no cesaban de trabajar febrilmente un solo instante. Francia e Italia no eran de despreciar, y sus industrias eran tan poderosas como en el pasado.

España, Alemania, Francia, Italia… ¿Con quién podía contarse más? ¿Inglaterra? La Rubia Albión era por el momento una incógnita. El laborismo, que hacía solamente unos meses había conquistado el poder, se mostraba reacio a lanzarse a una aventura después de ver lo que había ocurrido en Estados Unidos. No era que el pueblo inglés pudiese llamarse al engaño de lo que acontecería si Europa era vencida y bolchevizada. Pero la proverbial prudencia británica mostraba una vez más su perenne afición a moverse entre dos aguas prometiendo mucho, sin llegar a comprometerse en absoluto.

Precisamente, aquella actitud inglesa era lo que más penaba a Harold. Comprendía perfectamente que Inglaterra no se inclinaría hacia un lado determinado de la balanza mientras no tuviese la casi completa seguridad de lo que acarrearía el próximo futuro.

Cuatro grandes naciones, por el momento, eran las que estaban dispuestas a luchar por la defensa de su civilización en las amargas postrimerías del siglo XX. Turquía, aislada al otro lado del Mediterráneo y apoyada por una Grecia siempre débil y dividida, no podía considerarse como un serio obstáculo contra el coloso moscovita. Sin embargo, turcos y helenos luchaban ya en América con idéntica bravura.

En 1999 el mundo árabe formaba un universo aparte. Naturalmente que desde que el Pakistán logró, en 1967, la completa unidad musulmana, muchos millones de hombres se agruparon fieramente dispuestos a defenderse contra cualquier

injerencia extranjera. Marruecos, a la excepción de la zona española del Protectorado, que seguía fielmente unida a la Metrópoli a pesar de formar parte del mundo musulmán, había conseguido su total independencia después de una sorda guerra civil que no acabó hasta febrero de 1959.

Harold estaba casi seguro que la conquista del mundo árabe no formaba parte inmediata del plan soviético. Eran demasiados huesos duros que roer, y el oso eslavo, a pesar de su voraz apetito, no se encontraba en forma para extender sus tentáculos hacia los cuatro puntos cardinales de la tierra.

Al detenerse ante la puerta del edificio de la radio-televisión, Harold sintió el mismo temor que le acuciaba cada día cuando llegaba allí. Dentro de unos instantes sabría muchas cosas que, sinceramente, hubiese deseado ignorar.

Un ascensor le dejó en la planta 17, donde estaban instalados los estudios más importantes, y que desde el comienzo de las hostilidades fueron acaparados por los servicios gubernamentales de información pública.

Como se había imaginado, mientras subía en el ascensor, después de consultar su reloj, Andrée Coutois no había acabado aún su comentario de noticias.

Él la miró a través de las láminas de «plexi» que aislaban el estudio de la serie de pasillos semitransparentes que lo rodeaban por completo. Quizá la única cosa que había encontrado totalmente distinta a lo demás, en un vago sentido que no era capaz de precisar, era aquella muchacha.

Habían salido algunos ratos juntos, aprovechando los cortos lapsos de tiempo libre que les dejaba el abrumador trabajo de la emisora, y aunque existía ya entre ellos una recia amistad no habían intimado en realidad, ya que los temas de los que charlaban eran, de mutuo y completo acuerdo, banales e intranscendentales.

Alguien, mientras él seguía contemplando a Andrée, le golpeó amistosamente en la espalda. Volviéndose, Harold descubrió a Jorge Santaya, el corresponsal titular de la radiotelevisión española.

—Es una criatura maravillosa… ¿no, Harold?

Stewenson, sorprendido por la observación del otro, se sintió molesto.

—No creo que sea el momento más adecuado de dejarnos llevar por esas frivolidades, Santaya.

Jorge mostró una dentadura impecable.

—No estoy de acuerdo contigo, amigo —repuso vivamente—. Las noticias son lo suficientemente malas para buscar un poco de alegría en unos ojos como los de esa muchacha…

Haciendo caso omiso de la segunda parte de la frase, Harold se agarró febrilmente a la primera.

—¿Qué hay de nuevo, Jorge?

—Nada bueno, muchacho. Pero te ruego que guardes para ti lo qué voy a decirte. Es demasiado importante para que se entere todo el mundo…

—Me estás haciendo arden de impaciencia.

—Ahí va. Las dos primeras noticias se harán públicas, sin duda alguna, esta misma tarde. Se refieren a la lucha en tu país, Harold, y dicen que los rusos han empleado nuevas armas bacteriológicas en el sector de Atlanta…

—¿Es posible?

—Como lo oyes. Pero también es cierto que los nuestros han contestado, lanzando la bomba «T».

—¿La bomba «T»…? ¿Qué demonios es eso?

Santaya se encogió de hombros.

—Sé tanto como tú. Hasta que no recibamos el comunicado completo no sabremos nada que nos satisfaga en absoluto. Pero eso no es todo. Hace solamente unas horas se ha recibido un ultimátum ruso dirigido a todas las potencias de Europa occidental.

—Entonces… ¿es la guerra?

—Eso creo. Y. además, no había otra salida posible. Más tarde o más temprano, el enemigo, al ver que le combatimos en América, debía lanzarse contra nosotros.

Harold cerró los puños con fuerza. Aquello significaba la catástrofe generalizada, el caos más horrible… Era, sencillamente, el final de la civilización.

El español debió leer los pesimistas pensamientos de su amigo. Sonriendo apretó el antebrazo de Stewenson.

—No veas las cosas tan negras, compañero. Tenemos que dar mucha guerra antes de que logren salirse con la suya. No creas que

nos dejaremos aplastar así como así.

—Pero… ¿es que has olvidado las trescientas Divisiones que tienen los rusos preparadas en las fronteras de los países satélites?

—Yo no he olvidado nada. Hay ciento ochenta Divisiones europeas preparadas por nuestro lado y dispuestas a enfrentarse con el enemigo.

—De acuerdo. ¡Pero fíjate en qué proporción! Casi la mitad.

—Veremos lo que pasa. Ya sé que la cosa no va a ser fácil y que si el asunto se enreda se va a liar bien. No creo que ninguno de los dos bandos esté dispuesto a perder fácilmente la batalla. Se juegan cosas demasiado importantes para no echar sobre el tapete hasta la última carta —sonriendo de nuevo—. ¡Te invito a una cerveza, Harold! ¿Quieres?

—Te lo agradezco, Jorge. Pero…

Sus ojos señalaron inconscientemente a la grácil figura de Andrée que estaba despidiéndose de los «radioteleoyentes».

Santaya dejó escapar un profundo suspiro.

—¡Que ganes la batalla, amigo! —exclamó sonriendo mientras se alejaba velozmente.

…….

¡La bomba «T»!

Sentado en el avión particular del general y justamente al lado del propio Oweyer, Jim Lardy se hacía la misma pregunta.

¿Qué sería la bomba «T»?

Sin desear mostrar una curiosidad demasiado grande, Jim lanzaba, no obstante, frecuentes miradas de soslayo al poderoso «multirreactor» que les precedía. La formidable silueta del gigantesco aparato, cuyas alas por su borde posterior parecía lanzar una cortina de llamas, se destacaba sobre el fondo azul del cielo.

Mil metros más arriba, doscientos «Betty» silbaban endemoniadamente, al rozar el aire, a aquella velocidad, con sus cortas alas en «delta».

Lardy pensó que hacía solamente treinta años, algo menos que su edad, aquella protección de un colosal aparato de bombardeo hubiese sido considerada como absurda. Durante bastante tiempo, después de la Segunda Guerra Mundial, se había considerado a la «caza» como la primordial especie de aviación, estudiándose

profundamente la creación de un avión sin piloto que fuese capaz de transportar cargas de bombas nucleares.

El tremendo e inusitado desarrollo de los proyectiles teledirigidos había trastocado las ideas en voga, haciéndolas invertirse de sentido completamente.

Así, la que desapareció totalmente fue la aviación de «caza», en el sentido que ésta había tenido hasta entonces. Para lograr llegar a un determinado objetivo, situado en territorio enemigo, y lanzar sobre él cualquier carga destructiva, fue necesario estudiar y desarrollar nuevos planes, ya que desde el mismo instante en que el «radar» percibía la presencia de un aparato, dirigido o no, los teleproyectiles surgían por todas partes, dejando limpio el espacio al cabo de algunos instantes.

Ningún aparato de «caza» del mundo era capaz, en aquellas u otras circunstancias, de librarse del espantoso cerco de los proyectiles, que se movían cien veces más velozmente que ellos.

A partir de aquel momento pudo demostrarse claramente que la aviación de «caza» era completamente inoperante en un espacio repleto de «teleproyectiles», cosa que se experimentó pertinente y exhaustivamente en el conflicto armado entre la China comunista y los nacionalistas de Formosa en marzo de 1970.

Los Estados Mayores de todas las grandes potencias se vieron en aquel momento rebosando aparatos monoplazas de reacción, que habían fabricado en enormes cantidades. Todos los programas de armamento se vieron así abocados a una nueva situación, claramente revolucionaria en cuanto a la técnica, que hubo de ser subsanada a pasos agigantados.

La lucha en el espacio no podía ser otra que la de los proyectiles «tele-dirigidos» entre sí. Un combate ciego, regido por los mecanismos electrónicos complejos que llevaba cada uno de ellos. Inmediatamente los especialistas de la aviación se percataron de que tenía que ser otra vez el Hombre quien llevase a cabo el bombardeo en territorio enemigo.

Se inició así una etapa estudiosa sobre los nuevos tipos de «multi-reactores» que poseyesen, además de la autonomía de vuelo prácticamente ilimitada, una defensa eficaz contra el asalto del enjambre de «tele-proyectiles» que se lanzarían sobre ellos nada más ser detectados por las invisibles redes del «radar».

Pero, desdichadamente, todos los ensayos fueron inútiles…

A pesar de haber dotado a los nuevos tipos de bombarderos de armas novísimas y aun de pequeños «tele-proyectiles», que se lanzaban en pleno vuelo, la lucha se demostró tan desigual, que ninguno de los «multi-reactores» enviados en misiones de ensayo regresó jamás a la Base.

Todo pareció esclarecerse un tanto cuando los gigantescos bombarderos iban acompañados por un grupo de proyectiles «tele-dirigidos», que estallaban contra los lanzados por el enemigo, interceptando así las mortales trayectorias que les conducían contra los grandes aparatos.

Aquella «caza» completamente ciega, desconectada y obediente sólo a sus reflejos «fotoeléctricos» o «termoeléctricos», no satisfizo completamente a nadie, ya que, a pesar de contribuir seriamente a la defensa del bombardero, permitiéndole la mayoría de las veces llegar hasta el objetivo, no lograba, en un ochenta por ciento, librar al aparato de los «tele-proyectiles» contrarios, perdiéndose así sumas elevadísimas, puesto que el coste de un solo «multi-reactor» era, sencillamente ruinoso

El descubrimiento, por el profesor danés Drammer, del reforzamiento «gamma» en la propagación de las ondas de la Televisión, acontecido en el año 1981, resolvió «d'emblée» todos los problemas planteados.

El llamado «reforzamiento gamma» consistía, sencillamente, en una emisión «espacial», que rodeaba a las propias ondas televisadas. Se lograba de este modo que las imágenes —que hasta entonces sufrían modificaciones o degradaciones, según los obstáculos naturales encontrados, o dispersión total, según la distancia recorrida— se mantuviesen «protegidas» por las ondulaciones emitidas a la par y que formaban una especie de «canal» o, mejor dicho, de «túnel» por el que marchaban las imágenes televisadas, convertidas en ondas electromagnéticas, sin sufrir de lo que antes había hecho de la televisión un procedimiento de alcance reducido.

Lo costoso de la aplicación del «reforzamiento gamma» hizo que no se extendiese a la vida común, limitándose exclusivamente al campo de las investigaciones militares.

Desde aquel fundamental instante, los proyectiles «tele-

dirigidos», llamados por algunos entusiastas «LA AVIACIÓN DE CAZA DEL SIGLO XXI», recibieron un impulso formidable, siendo ya posible, desde la Base de lanzamiento, seguir las incidencias del combate, suprimir los errores de la electrónica ante planes no previstos en los cerebros electrónicos y hacer intervenir al Hombre en un combate que se desarrollaba a una inmensa distancia del lugar en que él se encontraba.

Los «pilotos» de los «tele-proyectiles», cómodamente sentados en los refugios subterráneos de las Bases, seguían las incidencias y los avalares de «sus» aparatos como si los hubiesen pilotado, imitando a los viejos y desaparecidos conceptos de la aviación de mediados de siglo.

Gracias al «reforzamiento gamma», las imágenes llegaban con una nitidez extraordinaria hasta la Base, permitiendo así que alrededor de los costosos «multi-reactores» se batiese una «caza» fantástica, guiada desde mil kilómetros de distancia, como jamás hubiese logrado soñar Wells en su terrorífica «Guerra de los mundos».

El Hombre había vencido a la técnica, haciéndose cada vez más necesario y demostrando a los que esperaban demasiado de la Cibernética que el elemento humano es, al fin y al cabo, por esencia propia, algo que ninguna máquina puede suplantar.

Todas aquellas ideas surgían de la mente febril de Jim, que por primera vez en su vida iba a tomar contacto con una verdadera batalla aérea.

No tardaron, en efecto, en aparecer los «teleproyectiles» rusos, que se dirigían vertiginosamente hacia la formación occidental. Parecían bólidos plateados, proyectiles cuyos ojos estaban muy lejos, raras criaturas que surgían de la mente poderosa del Hombre en una de aquellas creaciones que producían escalofríos de horror.

Una primera formación de «tele-proyectiles» amigos se lanzó oblicuamente hacia abajo, pasando con un espeluznante silbido, que dominó el de los propios motores de reacción, por delante de la cabina, ante los ojos desmesuradamente abiertos de Lardy.

Realizando una serie de piruetas, que formaban una línea ondulante, aquella formación tomó el aspecto —tan vertiginosa era su velocidad— de unas chispas cegadoras que originasen un remolino de luz ante el aparato del general y a unas quince millas

de distancia.

Los primeros «tele-proyectiles» soviéticos, de tipo «Sdruba», chocaron con aquella especie de barrera invisible llenando el cielo de fulgurantes rayos rojos. Lo que ocurrió inmediatamente después no llegó a cubrir un tiempo superior a los treinta segundos.

Como bestias de un Apocalipsis moderno, los proyectiles «tele-dirigidos» se lanzaron los unos contra los otros, intentando los occidentales impedir que ninguno de los contrarios llegase hasta los dos aparatos que escoltaban. Estos, hábilmente maniobrados, perdieron velozmente altura, introduciéndose rápidamente entre una masa de nubes que les separaba de la tierra.

Exactamente once segundos después, las compuertas del «multi-reactor» occidental se abrían, dejando caer una esfera plateada, cuyo diámetro no debía ser menor a los once metros.

Ganando velozmente altura, los dos aparatos enfilaron sus proas hacia el cielo, haciendo rugir sus reactores el exigirles un máximo de rendimiento. Unos instantes más tarde, cuando Jim logró mirar hacia abajo, un escalofrío le recorrió involuntariamente la columna vertebral.

El disco amarillo, que, en perfecta circunferencia, ocupaba una enorme extensión allá abajo, iba convirtiéndose en anaranjado hasta finalmente hacerse rojo como la propia sangre. Ni el menor ruido se había producido, y era precisamente aquel silencio tan intensamente trágico el que sembró de angustia el alma del joven.

A veinte kilómetros de altura regresaban hacia las líneas amigas. El general no había dicho nada en todo aquel tiempo limitándose ahora a lanzar constantes miradas a su alrededor. Momentos después, Jim, que le imitaba, pudo ver una docena de «tele-proyectiles» que se dirigían velozmente hacia ellos.

—¡Nos van a atacar, general! —no pudo menos de exclamar.

Oweyer sonrió antes de hacer el necesario comentario:

—No tema, míster Lardy. Son nuestros… los que han quedado después de la lucha contra los rusos. Van a escoltarnos hasta el campo.

Lardy tardó bastante tiempo en plantear la pregunta que, desde que habían salido, le quemaba los labios:

—Mi general, ¿podría decirme en qué consiste la bomba que

hemos lanzado y qué resultados alcanza?

Oweyer le miró fijamente. Luego:

—Es triste confesar —empezó a decir— que la prohibición de las armas atómicas, encaminada honradamente a ahorrar sufrimientos a la Humanidad, no hizo más que espolear a los sabios, empujados, a su vez, por sus respectivos gobiernos, a buscar otras armas que en nada tuviesen que envidiar a las prohibidas —hizo una pausa, suspirando sonoramente—: La bomba «T» es, desdichadamente, una de ellas.

»Su nombre, o mejor dicho, la letra que la designa, viene de la inicial de la palabra «Térmica»; es, pues, la bomba «Térmica», y en ella, por un artificio curioso, se evita que el calor que se desea producir no tenga como fuente la desintegración del átomo, tal como nosotros lo entendemos, escapando, por lo tanto, a la denominación de «arma nuclear desintegradora», que es la categoría de las que se encierran en la prohibición de 1960.

»La bomba «Térmica» está compuesta por un armazón atómico, previamente desintegrado. Gracias a una barrera de fotones, cerrada como un dogal alrededor del descompuesto mundo atómico que yace en su centro, la desintegración no se produce jamás. Lo que ocurre exactamente es que los átomos, anormalmente sujetos y alterados, están deseando volver a su posición primitiva, ya que no pueden desintegrarse por culpa de la barrera de fotones que los mantienen sujetos. Al desaparecer la barrera, contra lo que podría esperarse, no se produce una desintegración, sino un reajuste atómico y molecular, que, debido a los elementos empleados, de gran peso atómico, conduce a una serie de «transmutaciones», siempre hacia elementos más sencillos y que, por lo tanto, desprenden o liberan una gigantesca cantidad de calor, como en todos los fenómenos físico-químicos en los que se realiza una función de análisis natural. El desmembramiento no llega a poseer la categoría de «desintegración». Pero, esencialmente, y a pesar de su disfraz técnico, viene a ser lo mismo.

»La cantidad de calor, única forma de energía liberada, que se desprende y ha dado nombre a la bomba «T», es, durante unos seis segundos, de aproximadamente 35.000 grados centígrados…

»Ya veo en sus ojos el terror de imaginarse lo que ocurre en el punto en que cae una de esas bombas. Sus efectos son tan

espantosos, que puede decirse que posee un efecto aniquilador absoluto sobre toda clase de vida, y mucho más intenso que cualquier bomba nuclear. Las pruebas, realizadas en una zona virgen del Amazonas, dieron como resultado la existencia de un verdadero desierto, creado artificialmente, de unos cincuenta kilómetros de diámetro. Exactamente lo que habrá ocurrido en el lugar en que acabamos de lanzarla.

»Yo creo que…

El zumbador del aparato televisor de a bordo interrumpió al general. Este oprimió un botón, apareciendo sobre la pantalla el rostro de uno de sus ayudantes.

—¿Qué ocurre, Pallinson? —inquirió Oweyer.

—Señor, la XII División pide instrucciones urgentes. Han observado plenamente el lanzamiento de la bomba «T» y desean saber si ha de realizarse el avance inmediatamente.

—Así es. Transmita la orden de que todo el Noveno Cuerpo de Ejército se lance hacia adelante. Conviene avanzar lo más rápidamente posible y profundizar hacia el Norte hasta encontrar una seria resistencia enemiga. Ordene, además, que se impriman velozmente unas octavillas advirtiendo a los rusos que si utilizan nuevamente armas bacteriológicas emplearemos nosotros otras mucho más potentes que la que acabamos de lanzar. Nada más, Pallinson.

—Muy bien, señor.

Jim dejó pasar unos minutos en completo silencio. Luego, espontáneamente:

—¿Cree usted, mi general, que el enemigo hará caso de la advertencia de las octavillas?

Los labios de Oweyer se entreabrieron en una triste sonrisa:

—¡No se haga ilusiones, míster Lardy! En esta guerra no puede haber advertencia más eficaz que la violencia. Pero no por eso debemos dejar pasar la más pequeña ocasión de golpear la moral del soldado enemigo. Los dirigentes rusos vienen diciendo, desde hace mucho tiempo, que la URSS posee más armas secretas que ninguno de nuestros países. La ocupación de la mayor parte del territorio de los Estados Unidos, sin perder casi ni un solo hombre, ha convencido a los soldados soviéticos de que la potencia de su país es, sencillamente, invencible. Hora es ya de que se vayan

convenciendo de que la guerra no va a ser tan fácil para ellos como presumían. Esa bomba que acabamos de lanzar hará más estragos después del lanzamiento de las octavillas que por su propia terrible fuerza. No debe usted olvidar que lo peor que puede ocurrirle a un Ejército que se cree superior a todos los demás es que el enemigo le demuestre también su poder. Para un soldado que se está retirando, el más pequeño avance constituye una gigantesca victoria que le enardece hasta el paroxismo. Para un Ejército vencedor, el más pequeño revés puede convertirse en una derrota fabulosa.

Lardy comprendía perfectamente. Rusia había olvidado los días de retirada, en la Segunda Guerra Mundial, ante el empuje victorioso de los germanos. Habían pasado muchos años y, además, la rotunda victoria de 1945, la ocupación de parte de Europa, el triunfo en China, la expulsión de los europeos de casi la totalidad del Asia continental, habían hecho creer al soldado ruso que el mundo estaba plena y enteramente a su disposición…

El aparato del general tomó tierra en la Base. Por primera vez, desde que el terrible conflicto había empezado, Jim sentía cómo la esperanza se estaba instalando en su corazón. Las ideas pesimistas que le habían dominado hasta entonces empezaban a perder la violencia lógica con que se apoderaron de su mente.

Ayudado por un equipo técnico, utilizó el resto de aquel emocionante día en disponer adecuadamente la Emisora que se ocuparía, no solamente de emitir para las tropas propias, sino que realizaría programas, en varias lenguas rusas, destinados a ser oídos por los soldados enemigos que ocupaban el país hasta la lejana frontera de las tierras árticas.

Hasta bien llegada la noche no pudo considerar su trabajo como definitivamente terminado. Luego, durante todos los días que siguieron, realizó una labor de una intensidad creciendo, siendo elogiado calurosamente, y en varias ocasiones, por el propio general.

Después del lanzamiento de la bomba «T» el enemigo parecía haber acusado el golpe y su actividad decreció sensiblemente en el frente Sur de los Estados Unidos. Sin embargo, las noticias que se recibían del Oeste no eran tan halagüeñas.

La cabeza de puente de la SEATO, al mando del general Palmer, después de haber logrado una extensión notable, estaba siendo

reducida a fuerza de violentos ataques que se sucedían día y noche, sin descanso.

La Escuadra rusa del Ártico había logrado establecerse a todo lo largo de la costa occidental de los Estados Unidos, haciendo inútiles los intentos de ruptura del bloqueo a cuantas unidades navales europeas lo habían intentado.

Se hubiese necesitado la presencia de alguna Flota británica para contrarrestar a los soviets. Pero Gran Bretaña continuaba, en su actitud expectante, sin decidirse terminantemente a lanzarse en contra del enemigo común.

Finalmente, el 5 de septiembre Lardy pudo captar una emisión de París, que le hizo correr, después de tomarla en cinta magnetofónica, al Cuartel General de Oweyer. Allí, delante de los jefes militares de un Ejército formado por hombres de todas las naciones occidentales, el aparato traído por Jim, después de emitir el zumbido característico, vertió el contenido de la tremenda noticia que encerraba en su interior:

»Esta madrugada, los Ejércitos soviéticos han iniciado una ofensiva general contra Europa, todo a lo largo de la línea imaginaria conocida con el nombre de «Telón de Acero». Unas trescientas divisiones forman la vanguardia de ese gigantesco Ejército, habiendo quedado en la reserva un número casi idéntico de fuerzas enemigas.

»Se combate ferozmente sobre todo el frente. Hasta el momento nos es completamente imposible dar detalles concretos sobre los movimientos de nuestros Ejércitos y de su exacta situación en la batalla en curso.»

“Fue el primero y derramó su copa sobre la tierra y sobrevino una úlcera maligna y perniciosa…”

(San Juan, Apocalipsis.)

CAPÍTULO SEXTO

VEINTE ediciones seguidas fueron dando los detalles del ultimátum que el Gobierno soviético había hecho entregar, por medio de sus embajadores, a los Ministros de Asuntos Exteriores de los países a los que iba dirigido.

El documento poseía una sencillez que no lograba ocultar el acento fanfarrón de sus palabras. Como siempre, Rusia manejaba, al principio, sus deseos de franca amistad con todos los pueblos de Europa occidental. Luego de repartir su miel a derecha e izquierda, lanzábase directamente al campo de las advertencias, que se convertían en francas amenazas dos párrafos más abajo:

«Las excepcionales circunstancias históricas actuales obligan al Gobierno de la URSS a solicitar, el paso de sus tropas y la ocupación permanente de las naciones, de una manera completamente pacífica, por un tiempo no menor a dos años. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas promete no inmiscuirse en los modos de vida de los pueblos que se ve obligada a ocupar para salvaguardarlos de la extensión del presente conflicto entre Rusia y los Estados Unidos.

»Ningún otro pueblo de la Tierra debe considerarse afectado o amenazado, directa o indirectamente, por la guerra ruso-americana, que no interesa más que a los dos países en litigio armado. La existencia, en las pequeñas zonas aún no dominadas de los Estados Unidos, de fuerzas reaccionarias europeas amenaza directamente la Paz mundial.

»El Gobierno de la Unión Soviética, consciente de su deber para mantener, por encima de todo, la Paz entre los pueblos del mundo,

concede a los Gobiernos occidentales un tiempo, que no excederá a las cuarenta y ocho horas, después del acuse del presente documento, para que retiren sus unidades y material de guerra de los frentes americanos, accediendo, al mismo tiempo, a la ocupación amistosa de las fuerzas del Ejército rojo, que se limitarán a ejercer una función puramente policíaca para evitar, a todo trance, la extensión del conflicto.

»Una vez que se haya conseguido establecer la paz en el territorio de los antiguos Estados Unidos de América, así como en sus posesiones y zonas de influencia, que serán incorporadas al mandato soviético, las tropas de ocupación amistosa en Europa abandonarán sus Bases, reintegrándose al territorio de la URSS.

»El presente documento posee la categoría de ultimátum, y la negativa a colaborar en nuestra propuesta de paz llevará inmediatamente consigo la declaración de guerra a aquellos países que no deseen oír las propuestas de paz que tan sincera y desinteresadamente se les hacen.

»Firmado en Moscú el día 2 de septiembre de 1999. —Sergio Ivanovichs, Secretario adjunto del Exterior.»

Harold dejó el periódico sobre su mesa, y encendiendo un nuevo cigarrillo lanzó una mirada de soslayo a Andrée, que parecía completamente ensimismada en la lectura del comunicado.

Abandonando un tanto su execrable estado de ánimo, Stewenson contempló atentamente el maravilloso perfil de aquella muchacha. Interiormente, al hacerlo, viéndose obligado a relegar a un segundo término las preocupaciones que le habían provocado la lectura del ultimátum, le pareció que se traicionaba a sí mismo al concentrar su atención Sobre el rostro de la muchacha. Pero inmediatamente después consideró que se estaba dejando llevar por ideas absurdas, mientras comprobaba la línea perfecta de Andrée.

Los cabellos rubios de la joven se reunían, sobre su nuca, en un moño brillante, que hacía que su blanca frente pareciese aún más despejada de lo que era. La moda, huyendo de la línea de cabellos cortos, que había surgido de conceptos renacentistas, propugnaba ahora la tendencia a lo clásico, copiando las serenas cabezas griegas y romanas, que tanta serenidad daban a los rostros femeninos.

Andrée iba vestida con una blusa azul cerrada sobre sus

delicadas muñecas, y una amplia falda, gris claro, que armonizaba perfectamente con el idéntico color de zapatos y bolso. Un sencillo cinturón azul brillante completaba su simple atuendo, que no restaba ni un adarme a la línea grácil de la bella criatura.

Se había huido desde hacía mucho tiempo de las complicaciones modisteriles, y hasta los rostros, en los que destacaba únicamente una ligera capa de rojo nada intenso, habían ganado sensiblemente en belleza.

Ella levantó los ojos del periódico, fijándolos insistentemente en los del joven. Este, haciendo un poderoso esfuerzo por parecer normal, intentó vanamente una sonrisa indiferente, que no resultó ser más que una mueca forzada que hizo reír a la muchacha.

Guardaron silencio durante algunos instantes, en tanto que la tensión emocional de ambos se sublimaba. Luego, volviendo a la realidad, fue ella la que rompió el encanto de una situación que los dos hubieran deseado prolongar.

—¡Son unos cínicos! —exclamó. No puedo concebir cómo pueden llegar a considerarnos tan estúpidos. Si no rebosasen de necio orgullo, llegaría a pensar que estaban locos.

—No lo creas, Andrée. Saben perfectamente lo que se hacen y siempre lo han sabido de idéntica manera. Sin embargo, ahora se ven empujados por los acontecimientos, teniendo por primera vez en su historia moderna que tomar la iniciativa de la Historia Universal. Hasta ahora ellos han deseado siempre manejar las riendas de un poder mundial; pero, en realidad, siempre han tenido miedo a que el momento de hacerlo de verdad llegase. Para los rusos, la casi totalidad del siglo XX les ha servido maravillosamente, ocupando el cómodo e irresponsable puesto de la oposición. Desde esta oposición podían prometer la misma luna, y así lograron, a partir de la Segunda Guerra Mundial, aumentar sus simpatizantes en los cuatro puntos cardinales del Globo. Pero el comunismo no puede olvidar que las promesas no son más que esperanzas mientras no se cumplen. Y cuando ocuparon los llamados países satélites no pudieron engañar a la gente con la creación de un rimbombante rascacielos para la «Casa de los Sindicatos», ni limpiando rápidamente de ruinas las ciudades castigadas por la guerra. Para su desgracia, necesitaban de todo, desde la industria pesada de Centro-Europa hasta las bombillas, los

casquillos y los cables de Austria. Y entonces hubieron de empezar a llevarse todo lo que tenía algún valor. Nadie protestaba en aquellos momento, considerándose dichosos de que los pelotones de ejecución soviéticos no actuasen en la cantidad que se temía…

»Si Rusia hubiese sido tan próspera y rica como los Estados Unidos, los países anexionados por ella al final de la Segunda Guerra Mundial hubiesen tardado mucho más en descomponerse. Porque un vencedor que llega dando lo que falta, es siempre bien recibido. Mas un vencedor que viene a llevarse lo poco que queda en un país arruinado polla guerra, se convierte en el peor enemigo de los que tienen que soportar la afrenta sin poder mover ni un solo dedo para evitarlo.

»El comunismo había prometido de todo, y ahora no sólo no cumplía sus promesas, sino que se llevaba todo. Ese fue su fracaso, porque el que promete está obligado a cumplir.

»También prometió paz y ahora se ve obligado a declarar la guerra, ante el miedo de desaparecer. Como un animal herido de muerte, se revuelve, en espantosa agonía, antes de perecer. Nadie puede mantener un reino de Fuerza sin ser herido por ella…

Andrée miraba con admiración al joven americano. Todo lo que acababa de escuchar de sus labios sonaba aún agradablemente en sus oídos como la melodía más armónica que hubiese percibido jamás.

—Harold —dijo ella con voz suave—, ¿cómo puedes explicar, entonces, que hayamos llegado hasta esta terrible situación?

Stewenson sonrió antes de contestar:

—Ha sido el egoísmo el que nos ha colocado en esta encrucijada histórica, Andrée. El egoísmo, que nos ha corroído el alma desde hace mucho tiempo, No hemos querido emplear las maravillosas armas con las que hubiésemos vencido al comunismo, ahogándolo cuando solamente era un embrión, allá en la segunda década de nuestro siglo. Primeramente, no nos dimos cuenta, o no quisimos dárnosla, del peligro de algo que acababa de nacer y que ya empezaba a prometer y a prometer sin cesar. Olvidamos que desde hacía veinte siglos Alguien nos había prometido todo, sin exigimos nada en cambio. Nada, porque lo que Él nos pedía no era más que nuestro propio bien.

»¡Fuimos hipócritas, Andrée! Hipócritas, cobardes y fariseos

hasta la saciedad. Poseíamos la más maravillosa Regla de Conducta, el arma más poderosa que ha existido y existirá para vencer en la guerra que se libra constantemente en nuestras almas. El Evangelio estaba en nuestras manos desde hacía cerca de dos mil años. Pero nosotros nos dejamos arrastrar por el egoísmo, que corroía los corazones como una lepra atroz.

»Exteriormente pintábamos de blanco nuestros corazones y repetíamos palabras y más palabras que no sentíamos sinceramente en nosotros mismos. Nos decíamos defensores de la Civilización y de la Cristiandad, mientras nos encerrábamos a piedra lodo en un individualismo que manchaba todas nuestras acciones de una implícita maldad.

»Era necesario que la Voz de Él sonase de nuevo, tal como había precedido San Juan. Era necesario que el fuego y los elementos de la Muerte cruzasen el cielo anunciando el final de todos los Tiempos. Nadie se percató de que el Anticristo había nacido y que prometía, esta vez desde Oriente, el establecimiento de una justicia que, aunque falsa, era más poderosa que la que nosotros habíamos enterrado en el olvido de nuestros insensatos egoísmos.

»La cólera del Altísimo se ha destacado contra los que olvidaron sus enseñanzas. Nada hubiese acontecido si Su Justicia hubiese sido, como Él deseaba, la justicia de este mundo. Pero el Hombre olvida muy pronto. Andrée se deja llevar por las falsas promesas de los falsos profetas. Porque el corazón de los hombres es como el de los niños, que, en su inocencia, tienden los brazos hacia el que, enseñándolos con la diestra un juguete ansiado, esconde en la otra mano el arma con la que los degollará.

…….

Aferrados heroicamente a la vieja tierra europea, las tropas occidentales ponían una resistencia denodada a los embates de los Ejércitos de Moscú.

Día a día, los rusos se iban percatando de que el Viejo Continente no era ya la presa fácil que ellos habían soñado conquistar desde hacía mucho tiempo.

Desde el comienzo de las hostilidades, y sin un mutuo acuerdo, no se había hecho bombardeo alguno en las retaguardias enemigas. Los soviets, porque esperaban ocupar Europa en una maniobra «relámpago» y no deseaban que la impopularidad de que gozaban

se acrecentase en las ciudades bombardeadas previamente. Por parte de los occidentales, deseaban ardientemente que tal acuerdo tácito se prolongase, circunscribiendo la guerra al frente de combate.

El 15 de septiembre, Harold, incapaz de seguir en París, solicitó permiso para trasladarse a cualquier frente. Ardía en deseos de colaborar, como fuese, en el formidable ejemplo que estaban dando al mundo los soldados occidentales.

Una vez obtenida la anuencia de la Superioridad, Stewenson fue a despedirse de Andrée. Entre ellos, insensiblemente, se iba cerrando un lazo que, aunque no expresado clara y abiertamente, no podía responder más que a una definición, vieja como el mismo mundo.

Nada podía haber más bello que el brillo de las pupilas de ambos en aquel preciso instante en que el tren, que iba a conducir a Harold hacia lo desconocido, se separaba lentamente del fondo de la estación. Él la vio, moviendo su enguantada mano, sobresaliendo de todos los que la rodeaban, como si su imagen hubiera estado en un primer plano, destacándose de todo lo que había tomado un estampado color grisáceo e impersonal que no representaba absolutamente nada para él.

Cuando la frontera franco-alemana quedó atrás, el aspecto del paisaje fue empezando a pintarse de detalles bélicos que rompían la natural belleza de las cosas creadas, destacando aún más las horribles máquinas que la maldad del hombre había forjado.

Trescientos kilómetros más allá, después de atravesar la antigua zona soviética, que había sido ganada en elecciones por la Alemania occidental, se extendía la sonora línea del frente.

Sirviéndose de medios de comunicación variados y furiosos, Harold consiguió llegar hasta el Puesto de Mando aliado, en el que una buena docena de generales de cinco nacionalidades diferentes llevaban a cabo la más ímproba labor de toda la Historia. En sus rostros, curtidos por mil vientos diferentes, se leía la misma preocupación, haciendo visible al exterior la ingente gravedad de una batalla en la que se jugaba —esta vez sin eufemismos de ningún género— el destino de la Humanidad.

Rugían por el aire los «multirreaetores», que iban y venían de sus misiones estratégicas, mientras el ulular de los «teleproyectiles»

llenaban el ambiente de una especie de gemido prolongado, casi inacabable…

Harold esperó inútilmente que le atendiesen. Algo flotaba en la atmósfera, algo terrible, como una amenaza desconocida y que se cerniese ya, ave de rapiña funesta, sobre el reciente triunfo que habían logrado las fuerzas occidentales al hacer retroceder a un grupo de ejércitos soviéticos después de una colosal retirada.

Un teniente, cubierta la cara de tierra sucia, acababa de salir del Cuartel General. Sin dudarlo un solo instante, Harold le abordó abiertamente, presentándose a él antes que nada.

—¡Usted es Harold Stewenson! —exclamó el oficial—. Me llamo Lenoir, Henri Lenoir, oficial de enlace de las Fuerzas Francesas. ¡No sabe usted las veces que he discutido con mis amigos de sus emisiones del año pasado! Usted era una de las pocas personas que juzgaba los acontecimientos mundiales de una manera clara… ¡Chóquela fuerte, amigo!

Se estrecharon las manos efusivamente. Luego Stewenson, siguiendo la línea de conversación preconcebida:

—Oiga, Lenoir. Llevo aquí casi tres horas esperando para que me reciban. Pero me parece que tienen otras cosas en que pensar. ¿No es así?

—¡Ha acertado usted, amigo! Yo acabo de traerles una información de mi general y puedo decirle, sin haberla leído, que coincidía con lo que en este momento piensan todos los muchachos en el frente, aunque lo piensen en ocho lenguas diferentes.

—¿Ha ocurrido algo malo?

—¡Nada de eso, amigo! Lo que pasa es que va a ocurrir dentro de poco. Voy a ponerle al corriente en dos palabras. Ayer, entre dos luces, nos lanzamos contra los rusos, después de llevar casi dos días retrocediendo. No mucho, pero retrocediendo… Nos esperábamos, naturalmente, una buena paliza, ya que ellos son el doble en todo que nosotros. Pero con una sorpresa que usted no puede imaginarse… ¿qué ocurrió?… ¡Todo lo contrario! Los «tovarists» se asustaron como mujerzuelas y al ver que no íbamos en broma corrieron como conejos, no sirviendo de nada los gritos y los disparos de los comisarios políticos, que graznaban como grullas. Nosotros casi nos volvemos locos de alegría. Seguimos avanzando y avanzando hasta que el Mando, creyendo que nos estaban haciendo

trampa y que deseaban meternos en un compartimento estanco, detuvieron la marcha. Inmediatamente después, y sin pérdida de tiempo, dos Divisiones frescas se lanzaron por los ángulos de la brecha que habíamos abierto para ver qué clase de sorpresa tenían allí los rusos… ¿Qué le parece que encontraron, amigo?

—¡Hombre… no sé, francamente!…

—¡Nada, amigo mío! ¡Absolutamente nada! Allí no había trampa ni cartón, lo que demostraba que los rusos habían corrido de verdad y que, por lo tanto, podíamos seguir empujando hasta el mismo Moscú. El Mando, alentado por las buenas noticias, lanzó unidades motorizadas en el asador y el baile recomenzó, ahora a un ritmo mucho más rápido. Aquellos «mambos» que bailaban nuestros padres era pura coreografía comparado con la velocidad de nuestros vehículos blindados. Estuvimos así durante cerca de doce horas, hasta que una patrulla, que se había adelantado para orientar la marcha de la ofensiva, volvió alocada a comunicar a uno de los Estados Mayores que un poco más adelante, detrás de unas pequeñas colinas, estaba Posen, a menos de trescientos kilómetros de Varsovia.

Harold sintió que la alegría le invadía como una oleada de calor agradable en extremo.

—¿Es posible? —inquirió sinceramente emocionado.

—¡Y tan posible! —repuso Lenoir—. Pero detenga esa alegría excesiva, amigo mío. Igual la sentimos nosotros hasta que, desde los generales hasta el último hombre, coincidimos en imaginar de qué manera iban a reaccionar los rusos ante tan bestial derrota. El enemigo seguía huyendo, de eso no había duda, como no la había tampoco de que no se trataba de una trampa que se cerraría después a nuestra espalda; una de aquellas temibles «tenazas» de las que hemos oído hablar tanto a nuestros padres… Entonces, y a pesar de que la brecha seguía abierta ante nosotros, todos, de mutuo acuerdo y sin decirnos nada, nos detuvimos, presintiendo que una angustia terrible se apoderaba de nosotros paulatinamente.

Nos habían hablado durante demasiado tiempo de la potencia rusa, en los misterios que se encerraban detrás de la muralla de acero y, sobre todo, conocíamos ya bastantes detalles de la horrorosa ocupación de los Estados Unidos por los rojos. ¿Cómo íbamos a pensar que nuestras fuerzas, unas cuantas Divisiones, ya

bastante cansadas, escaparían a la venganza de los Mandos soviéticos que, rabiosos de aquella derrota, desearían mostramos claramente su poder?

Así estamos, amigo. Esperando que algún cataclismo caiga sobre nosotros o que tengamos que lanzamos a una guerra atómica. ¿Cree usted tener alguna idea de lo que pueden hacer los soviets?

—Ninguna, teniente. Absolutamente ninguna. Pero no creo, que, hagan lo que hagan, lograrán aplastar el maravilloso espíritu guerrero de nuestras fuerzas. Estoy casi seguro que los rusos no se lanzarán así como así a una ofensiva atómica generalizada, por temor a que sus grandes ciudades sean igualmente atacadas. Lo que puede ocurrir es que empleen algún nuevo arma en el frente para impedir que ese magnífico avance prospere hasta la frontera rusa. Si así ocurriese si lográsemos pisar suelo soviético, los recuerdos de las gentes viejas que allí viven y que se cuentan aún los terrores de la Segunda Guerra Mundial al amor del fuego, decidirían nuestro triunfo, porque ya no se trata de mujiks ignorantes, sino de soldados del pasado conflicto, que han salido a ver a Europa y que nos conocen perfectamente.

—Podíamos tomar algo mientras esperamos. No creo que se den mucha prisa en confeccionar el despacho para mi general. Voy a avisar al plantón de la puerta.

Una vez en el pequeño bar de la cantina del Estado Mayor, se sentaron, encendiendo sendos cigarrillos. De mutuo y mudo acuerdo, guardaron silencio durante un buen rato.

En el preciso instante en que Harold se disponía a formular una pregunta sin importancia, otro teniente entró en tromba en la cantina. Una rabia indecible, al tiempo que una angustia tremenda, daba a su rostro el aspecto tétrico de un hombre que va a morir de un momento a otro y se sabe irremediablemente sin salvación.

Sus ojos brillaban intensamente y llevaba los puños tan fuertemente cerrados que los nudillos blanqueaban completamente como si no quedase en sus manos ni una sola gota de sangre.

—¡Vamos todos! —gritó con violencia— ¡Ni un solo hombre puede quedarse aquí! Tenemos que irnos enseguida a ayudar a nuestros camaradas del frente… ¡Ha sido horrible. Dios mío!

Se levantaron velozmente para ayudarle. Soldados y oficiales que descansaban allí se habían puesto mortalmente pálidos.

Harold, seguido de Lenoir, salió al exterior. Vehículos de todas clases, con la Cruz Roja pintada velozmente en sus costados, helicópteros de la Sanidad Militar, tanques habilitados rápidamente como monstruosas ambulancias; todo, en fin, lo que podía servir a transportar hombres, se movía incesantemente hacia el Este.

Empujados por los hombres que se movían por todos lados, los dos nuevos amigos llegaron al campo de aviación, en el que aparatos de todas clases se disponían a salir, también pintados sus brillantes flancos con la Cruz Roja.

—Algo muy grave debe de haber pasado —musitó Lenoir.

Montaron en un helicóptero-reactor, que no tardó en tomar altura, dirigiéndose velozmente hacia el frente. Al principio, el solo ruido de los motores cortó el silencio penoso que dominaba el ambiente en el interior del aparato. Luego, inesperadamente, el altavoz de a bordo empezó a verter órdenes.

«¡Atención! ¡Atención! Todos los vehículos y aviones que se dirigen al frente deben conocer, aunque sea someramente, la clase de arma que ha útilizado el enemigo. Se trata de un proyectil o bomba, todavía no poseemos información suficiente a ese respecto, que produce una luminosidad cegadora durante más de doce minutos. La fuerza luminosa es tal que más de un 80 por 100 de los hombres que han sufrido los efectos de ese explosivo padecen tan tremendas lesiones de retina que, con toda seguridad, quedarán definitivamente ciegos. Por lo tanto, deben aplicarse los postulados de la guerra química, adoptando las precauciones contenidas en el Reglamento internacional, apartados 235, 236 y siguientes.»

Un escalofrío recorrió la espalda de Stewenson. Sentía, con toda la fuerza de su educación esmerada, que la Bestia empezaba a golpear ciegamente al mundo. Aquel horrible ataque no era más que el comienzo de una batalla que dejaría en la Humanidad una huella que, durante muchos siglos, quedaría marcada a hierro y fuego sobre la torturada superficie del Planeta. Al sobrevolar las zonas afectadas por la nueva arma soviética nada parecía haber sido destruido por parte alguna. Tan sólo y en algunos lugares del paisaje que pasaba lentamente bajo el helicóptero, zonas de extensión varia brillaban aún como si hubiese caído sobre ellas una fina capa de mercurio.

Alejándose de aquellas peligrosas franjas de terreno, él

helicóptero se posó finalmente en una zona en la que ya habían aterrizado algunos otros aparatos del mismo tipo.

Cuando puso pie en tierra, Harold creyó encontrarse en algún punto que retrataba uno de los pasajes más crudos de la «Divina Comedia». Por hileras, los hombres, con los brazos extendidos, cayendo aquí, levantándose allá, llorando desconsoladamente la mayor parte, avanzaban a tientas hacia los lugares desde los que los megáfonos les llamaban insistentemente.

¡Estaban ciegos!

Por cientos de miles, alejándose del infierno en el que dejaron la vista, manchados de tierra, sucios, barbudos, desesperados e indefensos como niños, los soldados de todas las nacionalidades occidentales formaban largas hileras en las que la tristeza de algo peor que la misma muerte, se respiraba plenamente nada más que contemplando mis rostros.

Allá lejos, en el confín malva del horizonte, las máquinas de guerra soviéticas rugían y piafaban impacientes para lanzarse, esta vez sin peligro alguno, sobre una Europa que ya no podía oponer más que una débil y medrosa resistencia.

“Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra y a sus ejércitos reunidos para hacer la guerra al que montaba el caballo y su ejército…”

(San Juan, Apocalipsis.)

CAPÍTULO SÉPTIMO

COMO un trueno lejano que rugiese, acercándose paulatinamente, el frente movedizo, impulsado por los últimos acontecimientos, iba cubriendo las viejas etapas soñadas por los grupos humanos que a lo largo de la Historia del mundo deseaban llegar, desde las perdidas estepas, hasta las orillas del mar donde nació la cultura: el Mediterráneo.

El destino de una quimera, cien veces intentada, parecía ahora dispuesto a cumplirse inexorablemente. Los caminos hacia el Oeste, hacia la civilización, hacia Europa, se abrían completamente ante los invasores.

Destrozada la defensa por el empleo de las bombas «cromáticas», una de las armas secretas soviéticas más terribles, sólo divisiones aisladas se afianzaban todavía a la vieja tierra europea, prefiriendo morir a pasar la vergüenza de contemplar el suelo querido pisado por la insolente bota de un imperialismo eslavo.

Se reorganizaban por doquier las defensas y las campanas tocaban a rebato, llamando a todos para defender lo que de todos eran. Desde España, Italia, Francia y Portugal, así como de Inglaterra, acudían los Cuerpos de Ejército hacia la tierra alemana sobre la que ya rugían los blindados rusos.

Berlín, que había sido tomada en una audaz operación al principio de las hostilidades, cayó de nuevo en poder soviético y sus aparatos de radio y de televisión, sus potentes emisoras, lanzaron al espacio la más trágica noticia de todos los tiempos.

Densos grupos de «multi-reactores», que despegaban

constantemente de la mayor base europea, en la isla de Mallorca, lanzaban toneladas y toneladas de proyectiles, sembrando el terreno ocupado por las fuerzas enemigas, de las terribles bombas «T», que dejaban grandes manchas desérticas sobre la tierra calcinada.

El 29 de septiembre de aquel año fatal de 1999 las vanguardias soviéticas llegaban a Luxemburgo. La batalla, generalizada ya en todo el mundo, se había convertido, definitivamente, en la Tercera Guerra Mundial.

La República Popular China atacó en Corea, después de muchos años de ficticia paz, ocupando la península en una guerra «relámpago». El mismo día, 27 de septiembre, y al anochecer, una escuadrilla de bombarderos japoneses lanzó una bomba atómica sobre Peiping. Doce horas más tarde, la primera bomba «H» lanzada en la Tercera Guerra Mundial por países que violaron el Pacto Internacional de 1960, estallaba no lejos de Tokio, gracias a que las defensas niponas lograron desviar, en el último instante, el aparato chino que la llevaba.

El 3 de octubre se producía el primer desembarco japonés de importancia en el mar Meridional de la China, lográndose; con bastante rapidez, una extensa cabeza de puente. Un millar de aparatos, especialmente construidos y que poseían todas las características de los «tele-proyectiles» europeos, pero pilotados por «kamikazes», se lanzaron sobre los centros atómicos de la China roja, logrando en aquella operación francamente gigantesca destruir la mayor parte de las instalaciones nucleares y disminuyendo en un 80 por 100 la capacidad ofensiva atómica de los chinos.

El segundo gran desembarco nipón, en Birmania, en colaboración con fuerzas australianas y filipinas, sacó a la India de la neutralidad que parecía tan obstinadamente desear.

Inmediatamente después, fuerzas aéreas del Indostán se lanzaron sobre la cabeza de puente lograda por los japoneses y sus aliados, demostrando con aquel gesto su posición junto al mundo comunista.

A partir de la primera quincena de octubre las Repúblicas Centro y Sudamericanas empezaron a movilizar velozmente, dirigiendo sus fuerzas hacia el Norte para ayudar a los europeo-

americanos que luchaban tenazmente en la zona sur de los Estados Unidos.

Hacía ya cerca de dos semanas que la cabeza de puente lograda audazmente por la S. E. A. T. O. en el Estado de California había dejado de ser y sus heroicos defensores perecieron entre dos fuegos, el de las tropas y el de los buques de guerra que formaban parte de la flota soviética del Báltico.

Un viento infernal soplaba sobre el mundo…

La tierra gemía bajo el paso de las máquinas de guerra, sacudida por las explosiones de las armas de toda clase, hollada por el Hombre, en cuyas pupilas no se leía más que el odio y la desesperación, con el rostro deshecho por la mueca del espanto, la mirada alucinada, un sudor de muerte pegado insistentemente a su frente y con pasos de muñeco movido, desde las regiones más corrompidas de su corazón, por las fuerzas del Mal.

El 6 de octubre las fuerzas rusas, después de una espantosa batalla, en la que los hombres de Europa demostraron su decisión de ser libres, entraban en París.

Al mismo tiempo, y por medio de divisiones parachutadas, en zonas previamente «regadas» por bombas «cromáticas», las tropas soviéticas conseguían llegar a sesenta kilómetros de Roma. Europa entera se estremeció de horror ante la perspectiva intolerable de que los rusos entrasen en la Ciudad Eterna…

Entre tanto, en el frente y en la retaguardia, los hombres, las mujeres y hasta los niños se batían o contribuían al esfuerzo de los varones, que formaban una barrera de hierro con su voluntad y su pecho.

El 17 de octubre, un avión a reacción partió de la península de Florida, poniendo proa a Madrid. En la cabina, acompañando a un hombre de unos cincuenta años, Jim Lardy realizaba una de las acciones más importantes de su vida.

La caída de París le había producido un efecto catastrófico. Sólo su voluntad de hierro y la confianza de que su esposa hubiese tenido tiempo para salir de la ciudad, logró mantenerle algo tranquilo, negándose a imaginar que Josianne hubiera quedado en poder de los rusos.

Desde que había regresado a América realizó una maravillosa labor, logrando, con su entusiasmo y su simpatía, llevar al alma de

los soldados la confianza total en una victoria que, más tarde o. más temprano, establecería la paz soñada por todos sobre la malherida Tierra.

La llegada de fuertes contingentes de tropas hispanoamericanas, repletas de entusiasmo y dispuestas a defender la Civilización que las había engrandecido, obligó a los rusos a perder terreno y frenar el impulso de una ofensiva que debía decidir la suerte de la cabeza de puente del sur de los Estados Unidos.

Se conquistaron las dos Carolinas, empujando violentamente a los soviéticos hacia el Norte, Pero cuando aquellos valientes podían empezar a sonreír, las noticias llegaron, demasiado rápidamente, de la lejana Europa, en donde se encontraban las patrias de casi todos.

Lardy hubo de realizar un esfuerzo sobrehumano en sesiones de televisión y radio que duraban dieciséis horas, para convencer a los soldados europeos que la lucha volvería a dar la victoria a pueblos que, desde los tiempos más pretéritos, habían triunfado siempre de las reiteradas invasiones que les llegaban del temido Oriente.

A fuerza de sinceras y sentidas palabras llegó a conseguir que la fe volviese a los corazones doloridos de aquellos hombres que no dejaban un sólo instante de pensar en los suyos: en sus pueblos y en sus ciudades, sobre los que se cernía la amenaza del invasor o que ya habían sido ocupados por él.

Intentó demostrarles, consiguiéndolo, que el abandono del frente americano aceleraría la ocupación rusa de los Estados Unidos, facilitando el inmediato envío de fuerzas allí ocupadas en luchar con ellos, a los frentes de Europa, acelerando así un final de la guerra que todos, absolutamente todos, deberían impedir.

«Durante años y más años —les dijo— Estados Unidos, a cada guerra mundial, ha enviado a lo mejor de sus hijos para colaborar en la defensa de la vieja Europa. El pueblo estadounidense ha creído así cumplir con el sagrado deber que un hijo tiene hacia su madre querida. No creáis que los americanos, cegados por un triunfo industrial demasiado rápido, hemos olvidado que todo lo que sabemos y somos os lo debemos a vosotros. Ninguno de nosotros, por lerdo que sea, puede olvidar, si mira hacia el pasado, que uno de los suyos, mejor dicho, todos los que le antecedieron, vinieron del otro lado del mar, hombres y mujeres, llenos de esperanza, audaces y valientes, gracias a cuyo esfuerzo ha sido

posible hacer realidad este Nuevo Continente. No puede haber mayor orgullo en vuestros corazones que el de haber acudido en ayuda de vuestros hijos, que nunca os dejaron desamparados en los viejos años de las pasadas guerras. Es posible que algunos de vosotros guarde aún el doloroso recuerdo de las injusticias que los Estados Unidos hicieron alguna vez a sus respectivas patrias. Pero… ¿podemos ser responsables nosotros, pobres criaturas humanas, de errores pasados que hoy, sinceramente, nos sonrojan? ¿Será necesario repetir aquello de la primera piedra? Hoy se impone el olvidar nuestras rencillas y borrar de nuestros corazones la amargura de los errores pasados. Un peligro nos amenaza por igual y su triunfo no permitirá que en nuestra mente exista otra idea que la de la obediencia de esclavos ante un poder infernal que nos hará desear mil veces la muerte. ¡Luchando aquí defendéis Europa, del mismo modo que en 1914 y en 1939 los Estados Unidos se defendían luchando en Europa y en Asia, pese a las estúpidas afirmaciones de los aislacionistas que, siguiendo la no menos estúpida actitud del avestruz, parecieron no predecir lo que ha ocurrido. ¡Hoy, con los Estados Unidos ocupados en su mayor parte, no creo que ninguno de aquellos gigantescos egoístas se atreviese a levantar la voz»!

Sí, había conseguido, con lágrimas en los ojos, enardecer a los hombres, que le vitorearon entusiásticamente. Jamás había sentido alegría igual y jamás había amado a Europa con aquella fuerza que era como el eco de los gritos de los europeos que le aclamaban, de hermano a hermano.

Jim hubiese deseado ardientemente proseguir allí, junto a los valientes que se batían sin descanso, demostrando al enemigo que las cosas no ocurrirían como él lo deseaba. Pero la llamada urgente del general Oweyer le había hecho abandonar la línea de fuego para regresar urgentemente al Cuartel General.

Ahora, mientras el azul mar desfilaba allá abajo como una tersa superficie donde el sol rielaba, el recuerdo de aquella inesperada entrevista volvía a su mente con una insistencia que demostraba la enorme importancia que había tenido y, aún mejor, que podía tener.

El general le había recibido, ornado su rostro de una de aquellas sonrisas que la televisión del Ejército había hecho populares entre

la tropa. Después de inquirirle sobre las últimas noticias respecto a la moral ele los combatientes y de invitarle a beber, quedóse unos instantes en silencio, como si un lejano mundo de ideas le hubiese atraído poderosamente la atención hacia su órbita.

—Todos necesitamos elevar nuestra moral —dijo—. Las cosas, si careciésemos de esperanza, no pueden tener un aspecto más desastroso. La vieja Europa se debate valientemente contra un enemigo que está deseoso de devorar la pieza más preciada del mundo. Aparentemente, todo se pone en contra de nosotros…

Jim aprovechó aquella pausa para manifestar claramente su extrañeza ante la suavidad de la palabra «aparentemente».

—No creo que lo que ocurre sea una «apariencia», general.

Oweyer tornó a sonreír. Bruscamente, las arrugas que cubrían su frente instantes antes desaparecieron como por encanto.

—No sabe usted, Lardy, con qué íntima satisfacción he empleado esa palabra. Porque, de una manera que no llego a comprender, hemos olvidado que en esta guerra tenemos el más poderoso aliado que ha existido y que existirá jamás. Ya veo, por la extrañeza que se hace patente en su rostro, que no ha adivinado quién es. Es natural, la guerra nos aleja lastimosamente de nuestras propias almas. Toda la atención de la desdichada criatura humana, que combate y que lucha desesperadamente por sobrevivir, parece estar enfocada hacia su propia defensa. Sólo en los últimos momentos, cuando la muerte le toca ya de su mano gélida, torna los ojos hacia adentro, sorprendiéndose de haber olvidado lo más importante.

»Sí, amigo mío, por encima de las batallas, del rugido de los «multi-reactores», del bramido de las bombas, Él nos contempla, nos mira y se duele del horror de sus hijos que se matan. Dolorosamente, estoy seguro de ello pues Él nos ama igualmente a todos, no puede dejar de colocar el peso de su misericordia en la balanza horrible de la guerra. Si su omnipotente voluntad ha deseado que la locura nos arrastre de nuevo. Él hace lo posible para que sus ovejas predilectas puedan seguir intentando colocar sus leyes sobre la malherida Tierra…

»En el momento en que Europa parece hundirse definitivamente, hace sólo unas horas un hombre, un norteamericano que habíamos olvidado, como nos hemos visto

obligados a olvidar a tantos, sin olvidar, no obstante, a ninguno, ha logrado llegar a nuestras líneas después de una odisea que merecía ser escrita con letras de oro.

»Casi puedo afirmar que casi nadie le conoce. Quizás otro hombre, en la ocupada Alemania, le recuerde con cariño, pues ha sido, desde hace mucho tiempo, su alumno preferido. Me refiero, naturalmente, al profesor Stromberg.

—¿El profesor Stromberg? Después de Einstein nadie ha llegado tan lejos como él en Física. En realidad, fue el que modificó la teoría de la relatividad. ¿No es así?

—En efecto, Lardy. El profesor Stromberg logró, en 1975, demostrar que al espacio cuatridimensional de Einstein le faltaba una nueva dimensión, la quinta, que Stromberg llamó «factor o vector S», y que, traducido al lenguaje vulgar puede estar representado por el concepto de «destino», en alemán «Schiksal», de ahí la «S». Naturalmente, que la explicación matemática de esa simple palabra lleva consigo una serie de conceptos que no están, desdichadamente, a nuestro alcance. Lo verdaderamente importante es que, en contra de las ideas, un tanto pesimistas para la espiritualidad humana, de Einstein. Stromberg demuestra la necesidad matemática de que «Algo» más esté representado en el mundo físico, como prueba indudable de una voluntad superior a la del Hombre. Lo singularmente grandioso del profesor alemán ha sido el plantear la seguridad de que, detrás de la maravillosa armonía del mundo físico se encuentra la mano del Creador, que impulsó, en el momento de la creación, la trayectoria o, mejor dicho el «Schiksal». el destino de la materia hacia un fin que solamente El conoce.

—¿Se tienen noticias del profesor Stromberg?

—Ninguna. Por lo menos, nada se ha vuelto a decir en el mundo desde que la guerra ha comenzado. No obstante, y como le decía al principio de nuestra charla, su mejor discípulo, el profesor Irving, ha logrado llegar hasta nosotros, disponiéndose en este momento a partir para Europa para poner en manos de los jefes europeos una de las armas que estudió en Alemania con Stromberg y cuya fórmula le confió cariñosamente el sabio germano.

Sin poderlo evitar y aun recordando los terribles efectos de la bomba «T», Jim se estremeció.

—Ese ha sido el motivo de llamarle, míster Lardy. Deseo que sea usted quien acompañe, en mi propio avión, al profesor Irving. Marcharán ahora mismo, yendo directamente a Madrid. España es hoy el único punto que no siente aún la proximidad del enemigo. Hasta ahora, afortunadamente y salvo un fracasado ataque soviético a Barcelona, el territorio, español no ha sido atacado por los rusos.

…….

Jim miró al hombre que parecía dormido a su lado. Una cabellera blanca, cuidadosamente peinada hacia atrás, se cortaba violentamente a la altura donde empezaba la frente, que desde el lugar que Lardy la veía, parecía extraordinariamente abombada.

La piel del profesor, de una blancura puramente nórdica, estaba surcada de numerosas arrugas, singularmente a ambos lados de la boca, dándole un aspecto de mayor senectud.

Iba vestido con un traje que no le sentaba demasiado bien, ya que, como Jim imaginó, debía haberle sido procurado en el Estado Mayor del general Oweyer.

Cuando el avión aterrizó, sin novedad alguna, en el enorme aeródromo de Barajas, en el que los aparatos militarles ocupaban casi totalmente, un coche oficial fue rápidamente en su busca. Ya, antes de llegar a la vista de las islas Azores, Lardy había entrado en comunicación con las autoridades hispanas para avisarles de su inminente llegada.

Después de atravesar velozmente la ciudad, se adentraron por una carretera que atravesaba un antiguo parque público que se llamó la Casa de Campo y a cuyo final se levantaban los enormes edificios, algunos de cuarenta pisos, del Centro de Investigaciones Nucleares de España, uno de los más importantes del mundo.

Hubieron de detenerse varias veces para pasar los controles de Policía que delimitaban cada barrera de protección. Afortunadamente, el personaje que les había ido a buscar al aeródromo debía ser lo suficientemente importante, ya que nada más apercibido por los centinelas, las barreras se levantaban velozmente, abriendo paso al vehículo.

No se detuvo el coche al llegar al gran portalón que se abría en la fachada de uno de los edificios, sino que, atravesando una especie de túnel, inició la subida por una rampa helicoidal que

contorneaba un inmenso patio interior. Después de subir durante un buen rato, el vehículo se detuvo en una de las plataformas, descendiendo de él sus ocupantes.

Minutos más tarde estaban ante una enorme asamblea de sabios de casi todos los países europeos occidentales que se habían refugiado en España al verse obligados a abandonar forzosamente sus respectivos países.

Irving fue maravillosamente recibido y el pobre Lardy hubo de retirarse a un lado mientras aquellos extraordinarios hombres rodeaban efusivamente al profesor norteamericano.

Un poco después, cuando Irving subió a la tribuna de la sala, Jim se dispuso a salir, creyendo que su presencia no era correcta en aquel ambiente. Pero uno de los profesores, que estaba sentado junto a él; un hombre de rostro mediterráneo cien por cien, le tocó el brazo, sonriéndole, al tiempo que le decía, con un pésimo acento:

—Please… (1).

(1) **Por favor…**

El joven le devolvió la sonrisa, quedándose donde estaba.

—Señores —saludó Irving—, no es mi misión hablarles de la situación militar del frente americano, ya que, con casi una absoluta seguridad, estarán mucho mejor informados que yo. Quiero, no obstante, decirles algunas palabras acerca del tiempo que pude ver con mis propios ojos lo que jamás me hubiese atrevido a soñar:

»Después de la catástrofe geológica, provocada sin duda alguna por los soviets, de una manera aún desconocida, no tardamos en ver, desde los campos en que nos habíamos refugiado, cómo las tropas rusas eran lanzadas desde el aire en los alrededores de Nueva York. A pesar de que nuestro propósito era el de no convivir con nuestros invasores, la falta de alimentos y de lo necesario para atender a los numerosísimos heridos que teníamos entre nosotros, nos obligó, finalmente, a regresar a la ciudad, cosa que hicimos un pequeño grupo de hombres después de quemar, previamente, nuestras documentaciones. Conociendo a los rusos, deseábamos pasar por hombres de poca importancia, ya que dos de los que me acompañaban eran colaboradores míos del Instituto de Energía Nuclear y Física Teórica de New York.

»Los rusos nos recibieron fríamente y después de ordenamos que nos sirviésemos, para el transporte de heridos, de los vehículos americanos que pudiésemos encontrar, nos destinaron una patrulla de usbekos que no se separaron ni un sólo instante de nuestros talones.

»Dos días después logramos trasladar a New York la totalidad de las personas de nuestro grupo. En la ciudad, otros muchos contingentes estaban ya trabajando en las calles que limpiaban de los escombros que los terremotos habían amontonado.

»Muy pronto me separaron de mis compañeros, llevándome a un hospital de Nebraska, cerca de Crawford, que más de hospital era un gigantesco crematorio, montado por las autoridades de ocupación y destinado a destruir los cuerpos de los americanos que, habiéndose ocultado en los bosques y las montañas, deseaban combatir al invasor, habían sido atacados con armas bacterianas.

»Allí conocí personalmente al profesor Stark, al que ya conocía por sus trabajos de bioquímica y a quien los rusos le habían encargado la desagradable función de hacer las autopsias. Dos investigadores rusos, maravillosamente instalados en una finca de los alrededores, estudiaban los resultados de las bombas cargadas de «tétanos», y Stark, personalmente y cada día, debía entregarles el resultado de sus observaciones en las necropsias

»Por él me enteré que los soviets habían empleado, para acelerar la mortal sintomatología del «tétanos», una sustancia denominada «hialuronidasa» (1).

(1) La "hialorunidasa" es una sustancia que se emplea actualmente para, lograr una rápida difusión de los medicamentos en el organismo. Debido a su gran poder de penetración a través del tejido conjuntivo, puede acelerar igualmente la invasión de gérmenes patógenos.

»Algunos días más tarde conseguía alejarme de allí, llegando, gracias a la Providencia, sano y salvo a las líneas americanas. Eso es todo lo que puedo decirles de mí.

»Pero no he venido a Europa a relatar mi pequeña odisea. Estoy aquí para estudiar con ustedes, ilustres colegas, las posibilidades de realización de dos cosas: una de las cuales puedo asegurarles que

lograremos enseguida; la otra, siendo mucho más difícil, y dependiendo de ella el final de esta terrible guerra.

»La primera no es más que una de las conclusiones a las que llegó el profesor Stromberg al estudiar las características de las leyes de gravitación a la luz de sus maravillosas teorías. El Gobierno de los Estados Unidos se disponía a empezar la fabricación de un arma, derivada de estos estudios, cuando nos sorprendió la agresión soviética. Estando yo encargado de tal trabajo, poseo todos los datos necesarios para llevarlo a cabo de una manera extremadamente rápida.

»Se trata de lo que ya se ha dado en llamar «bomba anti-g». Hasta ahora, y desde la invención de los explosivos, se podía observar que éstos, debido a su potencia expansiva, eran capaces de elevar los cuerpos, venciendo fácilmente la fuerza de la gravedad, que todos llamamos «g». El profesor Stromberg estudió la posibilidad de crear, gracias a cuerpos que aumentasen vertiginosamente de peso atómico, una sustancia que pudiese modificar las circunstancias gravitatorias en un punto determinado y por cierto tiempo. Meses más tarde descubría una mezcla de gases, unidos a una determinada sal de plata, en estado coloidal, que poseía la capacidad de apoderarse, por breves instantes, de enormes cantidades de átomos del aire, creando así una «masa» potente e invisible casi, capaz de crear un campo gravitatorio particular y contrario al de la Tierra en una extensión de dos kilómetros de diámetro.

»Realizamos las primeras experiencias en un campo de experimentación anejo al Instituto de Física de Berlín, obteniendo resultados completamente satisfactorios. Al lograr la formación de la masa atractiva, los objetos que habíamos colocado en el suelo, entre los que había dos camiones y un viejo cañón inglés de la Segunda Guerra Mundial, se despegaron de la tierra, ascendiendo, a una velocidad vertiginosa, a más de cincuenta metros de altura. Una vez que la fuerza atractiva cesó, al desaparecer los efectos «anti-g», que no duraron más de un minuto, los objetos que habían permanecido en el aire, se desplomaron, destrozándose por completo.

»La importancia de un arma como ésta, en los actuales momentos, no escapará a nadie. Durante mi corta estancia junto al

general Oweyer pude dedicarme a reconstruir los cálculos matemáticos que ahora voy a dar a un grupo de ustedes para que puedan llevar a efecto los trabajos para preparar la «bomba anti-g».

…….

Pero el profesor Irying no había venido solamente a dar a los occidentales un arma con la que se contrarrestaría, momentáneamente, el furioso ataque soviético. Habiendo permanecido muchos años junto al profesor Stromberg, el sabio americano acariciaba la idea más grande de su maestro germano y, por ello, rodeado de las primeras autoridades en Astrofísica que se encontraban allí, encerróse en los laboratorios, trabajando arduamente para hacer posible la maravillosa idea de Stromberg sobre lo que se llamaría más tarde «el espejo cósmico», siendo el arma más potente que el Hombre había concebido.

Desgraciadamente, Irving ignoraba por completo los cálculos hechos para establecer una estación intersideral donde se montaría el extraño «espejo». Después de varias intentonas, hubo de abandonar el trabajo, siéndole imposible llegar a ninguna conclusión verdadera.

Desde aquel momento, cincuenta hombres de ciencia se lanzaron arduamente sobre el problema, deseando encontrar una nueva fórmula para poder establecer el fantástico artefacto que deseaban montar fuera de la atmósfera terrestre.

La Astrofísica había avanzado mucho y ya en 1970 se había conseguido enviar un proyectil-cohete hasta la Luna cargado de una sustancia generadora de humo, permitiendo comprobar, durante varias semanas, el triunfo de aquella empresa.

Lo terriblemente difícil era realizar, por primera vez y además con el natural deseo de éxito, un vuelo fuera de la Tierra con seres humanos capaces de montar en el espacio el complicado maderamen que era necesario para llevar a cabo las ideas de Stromberg.

Después de tres semanas de trabajo sin descanso, Irving y sus colaboradores llegaron a la terrible conclusión de que la cosa podía hacerse pero que los hombres que la realizasen no regresarían jamás a la Tierra.

Un remordimiento creciente se apoderó del espíritu de aquellos hombres, que hubieren deseado poseer la fuerza el vigor y la

juventud necesarios para ser ellos mismos los que realizasen la fantástica aventura.

Finalmente, y después de largos conciliábulos, comunicaron la nueva al Estado Mayor de la N. A. T. O., que, desde hacía algún tiempo, residía en Madrid.

Se pidieron los cien voluntarios que se necesitaban, presentándose cien mil. Al realizar la natural selección, se hizo lo posible para satisfacer a todos los países que luchaban contra el enemigo común, lográndose así un equipo en el que estaban representadas todas las naciones occidentales en guerra.

Luego, algunos días más tarde, se marcó la fecha y el momento definitivo para tentar la espeluznante aventura.

La fecha escogida fue el 30 de noviembre de 1999…

"Cuando se hubieran acabado los mil años será Satanás soltado de su prisión y saldrá a extraviar a las naciones…

"Subirán sobre la anchura de la tierra y cercarán el campamento de los santos y la ciudad amada…"

(San Juan, Apocalipsis.)

CAPÍTULO OCTAVO

INMEDIATAMENTE después de la reorganización de sus maltrechas fuerzas el Ejército rojo inició una nueva ofensiva en Europa con la intención de desmontar definitivamente las defensas occidentales.

Desde el refugio Kremlin, los dirigentes soviéticos firmaron la pena de muerte para lo que restaba de Europa en manos del contrario. A pesar de las victorias obtenidas basta el momento, la opinión pública no se mostraba contenta de las Colosales dimensiones que había adquirido el conflicto, ya que, contando con una rápida victoria en Europa, habría que calcular después el esfuerzo para llevar a la paz las extensiones asiáticas que estaban cayendo en manos del Japón.

La República Popular China, que tanto se había vanagloriado de su potencia bélica en los años de lo que se llamó «guerra fría», se estaba cubriendo de ridículo ante la colosal fuerza nipona. La Historia se repetía de nuevo en aquellos lejanos países y los blindados japoneses corrían ya por los milenarios caminos del antiguo Imperio chino.

La total ocupación de Italia consternó al mundo occidental. Utilizando toda clase de medios y olvidando el tratado de prohibición de armas nucleares, los rusos sembraron de terror y muerte las feroces campiñas italianas, barriéndolas con bombas «A», «LI» y «C», además de utilizar proyectiles térmicos y ultrasonidos.

Gemía la vieja tierra de Europa como si sobre la arrugada costra de su orografía cabalgasen los fantásticos jinetes del Apocalipsis. El

mundo civilizado se percataba de la situación límite en que estaba y las esperanzas, a pesar de todo, empezaban a flaquear aun en los más optimistas.

Francia e Inglaterra eran los principales campos de batalla. En las tierras galas, los Ejércitos de Occidente se batían defendiendo con coraje cada palmo de terreno. Lyon no era ya más que un montón de ruinas humeantes que pasaba de mano en mano varias veces a la semana.

Para los hombres de Europa, allí estaba situada la verdadera frontera y su defensa era el objetivo más importante que había tenido la civilización cristiana desde el comienzo del Tiempo…

Para Jim Lardy, por encima de la amargura general que empapaba todas las almas, la noticia de la muerte de su amigo Harold llegó a tomar una significación fatalista que le sumió en hondas preocupaciones.

Estaba aún en Madrid, preparando con otros el lanzamiento de la bomba «anti-g». Pero además, y gracias a un general español que le había tomado un gran y sincero afecto, había logrado, sin decir nada a nadie, formar parte de la expedición que se lanzaría al espacio para jugar la última baza de aquella batalla definitiva.

El deseo, en un principio, había encontrado dificultades en su propia conciencia, al pensar en su esposa. Pero luego, cuando se impregnó del sentido trágico que envolvía cualquier pequeña acción humana, todos sus pequeños egoísmos, todas sus grandes preocupaciones desaparecieron como por encanto, dejando paso libre a la idea de luchar y morir por el bien de la Humanidad

Había visto a los voluntarios sonreír en sus acantonamientos, cantar viejas canciones que expresaban la decisión de luchar en muchas lenguas distintas y el deseo de ser como ellos, de llevar a cabo el plan más colosal que conocieron los siglos se apoderó total y absolutamente de él.

Los trabajos para poner a punto la bomba «anti-g» estaban casi concluidos. Día y noche, mientras en el Sur de Francia, los occidentales intentaban detener la marcha de las tropas rusas, los laboratorios españoles trabajaban sin descanso, siguiendo las instrucciones de los sabios que, como todo el resto de los hombres allí encerrados, esperaban su terminación.

El 12 de octubre de aquel año de 1999 Madrid sufrió la primera

alarma aérea de la guerra. Doscientas escuadrillas soviéticas intentaron saltar la barrera de «tele-proyectiles» y la acción de la caza, fracasando rotundamente y sufriendo serias pérdidas en un combate que duró cerca de dos horas sobre las estribaciones del Guadarrama.

Tres días después, el 15 de octubre, exactamente a las cero horas, quinientos «multi-reactores» de las fuerzas de Occidente emprendían vuelo cargados de bombas «anti-g».

Tim Lardy iba en uno de ellos. Su emoción, como la de todas las tripulaciones del resto de los aparatos, era indescriptible Además, y por encima de todo, no podían olvidar la grave situación del frente europeo, ya que los soviets habían logrado, en muchos puntos, llegar hasta las estribaciones francesas de los Pirineos.

Excepto en la zona Oeste del frente pirenaico, en el que los occidentales llegaban hasta los arrabales de Burdeos, la totalidad de las demás fuerzas se habían visto obligadas a ceder terreno hasta la cadena montañosa que servía de frontera a España y Francia.

Jim Lardy, junto a uno de los pilotos, miraba desfilar las tierras españolas, en las que los hombres estaban dispuestos a vender caras sus vidas ante el avance del invasor. Se tenían noticias de que en el resto de la Europa occidental; grupos de resistentes, demostrando una voluntad de lucha inquebrantable, seguían batiéndose, por todos los medios a su alcance, contra el común enemigo destrozando sus comunicaciones y atacando en cuantas ocasiones les eran propicias.

Europa se estremecía de cólera y sus hijos no admitían el yugo oriental que había caído sobre ellos. En Alemania, Bélgica Holanda, Italia, Suiza y Francia, de la misma manera que en la totalidad de los antiguos «satélites», los hombres que amaban sinceramente la libertad, luchaban en la clandestinidad, jugándose la vida a cada instante con la voluntad de demostrar a los rusos que jamás lograrían totalmente sus propósitos.

Lardy, al contemplar el avispero de aviones que rodeaban al suyo, sentía la alegría de pensar que aquellos aparatos llevaban en sus metálicas entrañas una colosal parte de la victoria europea. Por lo menos, se lograría, si todo iba bien, detener a los Ejércitos soviéticos demostrándolos que la victoria con la que soñaban estaban aún muy lejos, en los confines del imposible.

Las noticias que se habían recibido de América eran mucho más optimistas que las de la propia Europa. Los rusos cedían terreno demostrando la usura y la fatiga de sus tropas. Casi la totalidad de los Estados del Sur estaban en poder de las tropas de la N. A. T. O.

Parecía como si el Kremlin hubiese comprendido, un poco tarde, que Europa jugaba el papel más importante en el mundo y que sin vencerla, sin aplastar su maravillosa civilización, todas las conquistas serían vanas y desprovistas de la finalidad bélica general que ellos habían concebido.

Las escuadrillas de «multi-reactores» surcaban el espacio, adentrándose ya en la parte norte de la Península. Las grandes y modernas ciudades desfilaban bajo los aparatos. Estos, después de separarse en grupos, para abarcar la totalidad del frente pirenaico, se lanzaron definitivamente hacia los objetivos determinados por el Mando preparándose a abrir las compuertas que guardaban celosamente un tremendo secreto.

El aparato en el que iba Lardy contorneó casi la costa catalana, acercándose velozmente a Cerbère, donde se combatía ferozmente desde el día anterior.

No convenía bombardear la primera línea, ya que no conociéndose perfectamente ciertos detalles de la «bomba anti-g». había que evitar que sus efectos fuesen sufridos por las unidades amigas. El objetivo primordial era la masa de reservas, las grandes agrupaciones blindadas, las concentraciones artilleras y todo aquello cuya destrucción redujese seriamente la capacidad combativa del enemigo.

Jim no había podido asistir a las experiencias secretas de la bomba, pero había oído manifestaciones a los técnicos, y sin saber exactamente qué efectos reales tendría, imaginaba el espectáculo inaudito que produciría la desaparición, por un tiempo determinado, de la fuerza de la gravedad.

La línea del frente, desde el aire, no era más que una densa nube de polvo y humo que ocultaba la tremenda batalla que se desarrollaba bajo ella. Lardy no pudo dejar de pensar, contemplándola, que millones de hombres se aferraban desesperadamente al terreno, mientras otros, venidos de las lejanas regiones del Asia, gritaban bárbaramente, lanzando al aire de Europa sus aullidos de estepa como milenios antes habían hecho…

Finalmente, y luego de haberse adentrado en tierra francesa, las grandes masas de hombres y material de todas clases, destinadas a proseguir la ofensiva en curso.

¡El terrible momento había llegado!

Los aviones fueron perdiendo altura, conservándose, no obstante, dentro de una amplia zona de seguridad en la que no podrían ser alcanzados por los efectos de los proyectiles que se disponían a lanzar.

Con los nervios a flor de la piel, los hombres fueron contando los segundos que les separaban del lanzamiento, al acorde de los latidos de sus propios corazones.

Finalmente, cuando las inexorables agujas de los cronómetros llegaron al final del tiempo marcado, los dispositivos electrónicos de los aviones dieron suelta a su carga de bombas, al tiempo que las cámaras cinematográficas, dotadas de poderosísimos objetivos, enfocaban la tierra en espera de captar lo que allí pasaría.

Lardy, tendido en la cabina y con los ojos pegados a su teleobjetivo, siguió la marcha veloz de las bombas que se iban achicando a medida que se alejaban del «multi-reactor», hasta convertirse en puntos casi invisibles…

Segundos más tarde, una luz vivísima iluminó la superficie de la tierra, oyéndose, unos segundos más tarde, la explosión de un trueno apagado, muy diferente al que producen los explosivos corrientes y algo semejante a la explosión de una masa de magnesio.

El humo se disipó a una velocidad increíble dejando ver, en toda su tremenda realidad, los efectos de las bombas «anti-g».

Al principio fue bastante difícil para Lardy comprender lo que estaba ocurriendo allá abajo. Sólo logró empezar a comprender cuando los objetos, en relación con los árboles y las casas, aumentaban de tamaño velozmente.

Fue una de esas reacciones raras en la que el cerebro se negaba a admitir lo que los sentidos le proporcionaban en forma de imágenes desprovistas de todo sentido común.

Poco a poco, las cosas que estaba viendo tomaron una actitud más de acorde con lo que había oído de los técnicos, comprendiendo finalmente que cuanto había escuchado, un poco escépticamente —esa era la verdad— se había convertido en una

realidad palpable.

Desaparecida circunstancialmente la fuerza de la gravedad, los hombres, tanques, cañones, automóviles; en fin, todo aquello que no estaba fuertemente agarrado a la tierra, perdía contacto con ella, elevándose velozmente hasta que, en la zona en que los efectos de las «anti-g» se volvían nulos, se detenían, flotando en el espacio como esos pilotos del futuro que se desplazan por regiones en las que la fuerza de la gravedad no existe.

Más que curioso, era fantásticamente espeluznante el ver el espacio repleto de objetos que flotaban en él, perdido el contacto con el suelo, por cientos de miles, proporcionando a los que los observaban desde los «multi-reactores», la visión más extraña que haya sido permitida a los ojos humanos.

Los aviones describían grandes círculos para no perder detalle alguno de los efectos fantásticos de su bombardeo. Un poco más tarde, cuando el tiempo de acción «anti-g» hubo pasado, la catástrofe apareció con toda su terrible grandeza.

Reaparecida la fuerza de la gravedad, todo lo que se había separado de la tierra volvió a caer, aceleradamente, atraído por una fuerza natural que había estado suspendida y que reclamaba urgentemente su normalidad.

Precipitándose desde cerca de los quinientos metros de altura, los hombres y las máquinas cayeron brutalmente estrellándose contra el duro suelo que habían abandonado momentos antes.

Sobre todo lo largo del frente, un millón trescientos mil hombres y cerca de medio millón de vehículos, cañones y tanques quedaron convertidos en restos destrozados totalmente.

La orden de avance fue dada, quince segundos después de la desaparición de los efectos «anti-g», y las fuerzas del Occidente, lanzando gritos de alegría, irrumpieron en las formaciones soviéticas, destrozando y aniquilando lo poco que había escapado a la acción de las formidables bombas.

El día 28 de octubre de 1999 sería una fecha que quedaría grabada definitivamente en la Historia.

Seis días después las fuerzas de la N. A. T. O. entraban en París.

Desde la gigantesca antena de una de las radios gubernamentales de Madrid fue lanzada, el 10 de noviembre, cuando la línea del frente estaba en la frontera franco-alemana, una

proposición-ultimátum al Gobierno de la U. R. S. S.

La emisión se hizo en dieciséis lenguas distintas y su contenido, repetido durante diez horas consecutivas, era el siguiente:

«Al Presidium Supremo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, de los Gobiernos de la Coalición Occidental, con sede en Madrid:

Los representantes de los Gobiernos Occidentales, reunidos bajo los auspicios de un deseo mundial de paz y vistas con condiciones de franca derrota en que se encuentra el Ejército rojo estiman conveniente dirigirse a ese Presidium Supremo para exponerle las resoluciones irrevocables que se citan a continuación:

Primero. Exigimos el cese de hostilidades en todos los frentes dentro de las veinticuatro horas siguientes a la difusión de este comunicado-ultimátum. Las fuerzas de Tierra, Mar y Aire de la U. R. S. S. estarán obligadas, inmediatamente después de hecho el «alto el fuego», a retroceder en una profundidad no menor a diez kilómetros, partiendo de la línea de frente que ocupen en dicho instante. Inmediatamente después, todos los jefes militares de no inferior categoría a coronel, con mando en la línea de fuego, se presentarán a los jefes de las unidades occidentales para preparar un plan de desarme que debe estar realizado en un máximo de seis días después del alto el fuego.

Segundo. Una vez desarmadas las fuerzas del Ejército rojo se dirigirán, por sus propios medios, a su país de origen.

Tercero. Las autoridades soviéticas de los países denominados «satélites» abandonarán sus ilegítimos puestos, regresando a la U. R. S. S., de forma a que las fronteras de dicho país sean las mismas que en 1918.

Cuarto. De no ser cumplidas estrictamente estas instrucciones, exigiremos, utilizando una nueva arma secreta, la rendición incondicional, pasando a la ocupación total de los territorios de la U. R. S. S, y castigando, como se merecen, a todos los responsables de esta Tercera Guerra Mundial.

Quinto. Aun en el caso de aceptar nuestras proposiciones, la U. R. S. S deberá someterse al juicio de la O. N. U. sobre la catástrofe provocada por sus gobernantes. Asimismo pagará todos los daños y perjuicios de los que es responsable.

Sexto y último. Inmediatamente después del cese de las

hostilidades, el pueblo ruso ha de hacer desaparecer la organización comunista, única garantía que le librará de un justo castigo.

Madrid, 10 de noviembre de 1999.»

En realidad, se esperaba mucho de la difusión de este documento. Las gentes creyeron que la deseada paz volvía de nuevo y que la voz tremenda de la guerra se apagaría para siempre. El fantasma de una feroz organización social, que había estado suspendida sobre la cabeza del mundo como una espada de Damocles, desaparecía, dejando a los pueblos de la tierra la ocasión de poder respirar libremente…

Pero aquellos que tenían esperanza, aquellos que esperaban la buena voluntad, aquellos que se atrevían a sonreír ya y los que miraban el mapa del mundo con la alegría de no ver sangrar la tierra… Todos ellos fueron defraudados, porque los hombres del Kremlim no deseaban la paz, y poseídos por una ambición que ni la derrota podía cambiar decidieron contestar con la fuerza bruta de sus armas al mensaje de Occidente.

Todas las reservas aéreas soviéticas fueron movilizadas. El cielo se llenó de negros pájaros sobre los que lucía la estrella roja de cinco puntas como un sangriento símbolo de destrucción y de muerte.

Bombas «T», «cromáticas»; atómicas, de hidrógeno, de cobalto, microproyectiles «ultrasónicos»… todos los elementos, en fin, que la Ciencia había puesto en las alocadas manos del Hombre fueron lanzadas sobre la Europa conquistada, o mejor dicho reconquistada, gracias a la acción de la bomba «anti-G».

De nuevo, esta vez más terriblemente inhumanos, más feroces y despiadados, los hombres del Oriente cayeron sobre la destrozada tierra europea, dispuestos a liquidar en un último esfuerzo, lo que quedaba de civilización y de honor.

El empuje fue sencillamente espeluznante…

En menos de dos semanas, los Ejércitos soviéticos atravesaron toda la zona que habían perdido días antes, atravesando los Pirineos y adentrándose en la Península hasta el límite fluvial del Ebro.

Parecían presos de una demoníaca locura, y los comisarios, especialmente preparados para aquella especie de golpe de gracia

al Occidente, no permitían el menor titubeo, fusilando a cuantos se permitían el gesto mínimo de una duda.

Una ola de fuego caía sobre España. Sin embargo, en cada poblado de la zona ocupada por los rusos, hombres, mujeres y niños seguían luchando bravamente, como lo hicieron cuando las circunstancias históricas les obligaron. Era una lucha sin merced, que logró que los soviets se percatasen de que nadie les deseaba.

La vigilancia en las zonas catalanas y aragonesas, que habían logrado ocupar, no logró detener la furia de las gentes, que ninguna drástica medida disminuía su fiereza hispana. Comunicaciones, convoyes y soldados todo era saboteado, destruido, cortado y muerto por gentes invisibles que aparecían y desaparecían como seres irreales.

Era la tremenda «guerrilla», nacida en el suelo español; y que expresaba de una manera inequívoca la resolución de no admitir lo impuesto por la fuerza de las armas extranjeras. Imbuidos por aquel espíritu heroico, los soldados de otras naciones, que combatían junto a las fuerzas hispanas, copiaron aquel sistema de lucha, haciendo imposible el menor movimiento del enemigo y disminuyendo el empuje de sus violentas ofensivas.

Pero pese al heroísmo y al coraje que se hacía patente por doquier, la amenaza no perdía gravedad y parecía que los días de la civilización estaban contados. Las tierras de España sentían la amenaza en cada instante, y, aunque se había logrado hacer del Ebro una barrera simbólica, a todo lo largo y ancho de España corría un estremecimiento que brotaba de la seguridad que la pérdida de la Península significaba la pérdida del mundo civilizado.

En las afueras de Madrid, protegidos por la constante acción de las escuadrillas, que luchaban día y noche contra los aparatos soviéticos, los hombres de ciencia disponían su última carta de aquel terrible juego.

Era una baza que debía jugarse cuanto antes. Y mientras ellos laboraban incansablemente, las loas hacia el Creador, suplicando que las fervorosas paciones de todos los hombres de bien se elevaban labras que brotaban de los trémulos labios fuesen escuchadas.

“Yo atestiguo a todo el que escucha mis palabras de la profecía de este libro: que si alguno añade a estas cosas, Dios añadirá sobre él las plagas escritas en este libro, y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, quitará Dios su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, que están escritos en este libro. Dice el que testifica estas cosas: Sí, vengo pronto. Amén. Ven, Señor Jesús. La gracia del Señor Jesús sea con todos. Amén.”

(San Juan, Apocalipsis.)

CAPÍTULO NOVENO

EN la noche del 29 de noviembre de 1999, no lejos de la capital de España y en una zona acotada defendida por cerca de cien mil hombres, siete astronaves plateadas levantaban sus refulgentes siluetas a la luz de una magnífica luna, que lograba desteqos en las pulidas superficies de los fantásticos aparatos.

Silenciosos, como en el interior de un templo, los hombres que iban a formar las tripulaciones esperaban las órdenes de sus jefes, lanzando miradas de sincera admiración hacia los cohetes, con los que esperaban llevar la paz a un mundo disgregado por la más cruel de las guerras.

Lardy, junto a sus compañeros de viaje, intentaba olvidar muchas cosas, sintiendo cómo una extraña angustia se iba apoderando de su corazón.

Era una extraña sensación en la que se mezclaba la alegría y el orgullo de contribuir a la salvación de los humanos, con un sentimiento de natural tristeza de no poder ver con sus propios ojos el final de un país odioso y la victoria de los que habían luchado tan bravamente para defender unos principios dictados por Jesús.

La expectación no podía ocultarse, y en los rostros de todos cuantos se encontraban presentes la emoción había pintado esa inquietud angustiosa que precede a los grandes acontecimientos.

Todos esperaban el momento en que las astronaves volasen hacia la infinitud del espacio para realizar la más maravillosa acción humana de todos los siglos. Ni los que iban a una muerte cierta pensaban en ellos mismos, ya que la grandiosidad de la misión que les habían encomendado era superior a todo lo demás.

Los altavoces no dejaban de dar órdenes y de difundir instrucciones a medida que el emocionante instante de la partida se acercaba.

Por su parte, Jim miraba a la astronave a que era destinado, cuyo nombre le llenaba de sincero orgullo: «Washington».

Junto a la astronave pilotada por los norteamericanos se levantaba otra igual, con una enorme cruz pintada sobre ella y cuyo nombre «Virgen del Pilar», significaba que los que la pilotarían eran españoles. Así, hasta siete, todas ellas con sus nombres especiales; todas ellas gobernadas por hombres de distintas nacionalidades; todas ellas idénticas en forma y propósitos.

—¡Atención!… ¡Atención!… Se ruega a las tripulaciones de las astronaves que se dirijan a sus respectivos puestos en los aparatos.

Las largas filas de hombres se fueron moviendo lentamente hacia los enormes cohetes. Cincuenta tripulantes por astronave, lo que hacía un total nada despreciable de trescientos cincuenta hombres.

Fueron siguiendo las instrucciones durante un buen rato. Luego, súbitamente, después de requerir la atención general, los altavoces obligaron a los espectadores a retirarse a los puestos de observación, previamente dispuestos, a una prudencial distancia de las rampas de lanzamiento.

El silencio durante unos segundos fue absoluto. Luego, siguiendo callados los humanos, las máquinas empezaron a rugir, cada vez más potentemente hasta que el sonido alcanzó dimensiones colosales, obligando a las gentes a taparse los oídos.

Repentinamente, sendas llamaradas brotaron de las colas plateadas de las astronaves. La tierra, alrededor, pareció incubar un violento movimiento sísmico. Después, en medio de aquel huracán de llamas, las astronaves se despegaros del suelo, hendiendo el espacio y convirtiéndose en pocos segundos en una especie de lejanos cometas que no tardaron en desaparecen por completo.

—¡Que Dios les acompañe! —exclamaron todos.

…….

Durante un tiempo aproximado de doscientos segundos, Jim Lardy, como todos los tripulantes de las astronaves, perdió totalmente el conocimiento. Luego, cuando lo recobró, hallóse

tremendamente extraño, no logrando durante un buen rato controlar normalmente ninguno de los movimientos que vanamente intentaba realizar.

Finalmente, poco a poco, volvió a recobrar su normalidad fisiológica en el instante que el movimiento se hizo constante, desapareciendo los tremendos efectos de la aceleración.

Fue entonces cuando pudo llegar a una de las ventanillas circulares, asomándose ante un espectáculo increíble. La tierra era aún una masa enorme que ocupaba totalmente el horizonte visual, pero no por ello su aspecto dejaba de ser fantástico, viéndose por entre los girones de nubes el contorno de los continentes como si se estuviese contemplando un atlas.

Todos los tripulantes se encontraban dispuestos, y salvo alguno que no había logrado recuperarse totalmente los demás charlaban animadamente, esperando las instrucciones del jefe de la fabulosa escuadrilla, que iba en la astronave germana.

El planeta fue disminuyendo de tamaño paulatinamente a medida que las astronaves se alejaban, ocurriendo lo contrario con la Luna, que aparecía ante los asombrados ojos de aquellos hombres como un enorme disco blanco de proporciones que jamás habían visto desde la tierra.

¡La tierra!

Contemplándola, Larry la veía desde una nueva luz espiritual, sintiendo íntimamente un cariño renovado hacia el lugar en que había nacido. Además, mientras la miraba incansablemente, sentía la congoja de saber que allí en aquel globo enorme que la atmósfera prestaba un bello color azulado, los hombres estaban destrozándose entre sí, ensangrentando su superficie.

Uno de los altavoces de a bordo rompió el silencio, alejándole de sus tristes ideas.

—¡Hagan funcionar los reactores de los grupos segundo y tercero! Den nuevo rumbo, siguiendo a mi astronave. Estamos llegando al punto de nuestra reunión.

Otra vez reaparecieron los mareos, los desequilibrios, al instalarse la velocidad acelerada. Las astronaves, oblicuando, siguieron dócilmente, a la germana que iba en cabeza

El cambio de rumbo hizo que Lardy no pudiese ver más que un casco esférico de la tierra, completamente envuelto en una densa

masa de nubes. Poco después, el planeta era completamente invisible y solo la negrura de un espacio en el que las estrellas brillaban intensamente se dejó ver a través de los gruesos cristales de los ojos de buey.

Durante cerca de dos largas horas la escuadrilla del espacio recorrió una tremenda distancia de forma a colocarse bajo los ardientes rayos del sol, lugar desde el que iban a realizan su emocionante sacrificio.

—¡Colóquense en círculo!

Era una de las últimas órdenes que recibirían. Bañadas por un sol implacable, las astronaves refulgían cegadoras y era casi imposible mirarlas fijamente durante un poco tiempo.

Movidos por sus potentes motores atómicos, los aparatos se fueron colocando en un amplio círculo, cuyo diámetro alcanzaría cerca de los doscientos kilómetros. Aquel iba a ser el comienzo del «espejo cósmico», el arma más terrible que habían ideado los hombres y que proporcionaría una esperada victoria contra las demoníacas fuerzas del mal.

Era sencillamente emocionante pensar en la similitud de imágenes con las sabías páginas del Apocalipsis de San Juan. Cuando los Ángeles de la Justicia del Señor vaciaban las copas de la cólera Divina contra la ceguera de los hombres instados por el Maldito.

Todo ello parecía estar vivamente reflejado allí, a miles de kilómetros de la tierra, en pleno espacio, forjándose las predicciones del santo, tal y como él las había sentido.

—¡Todos a sus puestos!

Cada hombre debía manejar un aparato especial, excepto los pilotos que realizarían las maniobras requeridas para que el conjunto de la acción se desarrollase según lo previsto.

Los hombres manejarían unos aparatos que tenderían, entre las astronaves dispuestas en círculo, una red especial que obraría concentrando los rayos cósmicos de los espacios intersiderales. La energía de tales radiaciones eran mucho mayor de cualquiera que hubiese concebido y calculado el hombre.

Concentrando tan disparatada fuerza, que aumentaría hasta lo inconcebible la concentración de los corpúsculos cósmicos, lanzándolos sobre el planeta, su fuerza de choque desarrollaría una

energía débilmente comparable a la acción de un millón de bombas atómicas.

Desde el observatorio astronómico, en pequeño, situado en la astronave germana, el jefe de la expedición vigilaba atentamente el planeta, para determinar el momento exacto de desencadenar la fuerza tremenda de los rayos cósmicos.

La posición tomada por los aparatos le permitía observar la totalidad del hemisferio septentrional, desde el helado casquete del Polo Norte hasta más abajo del Mediterráneo. La Geografía desfilaba ante él a una mediana velocidad, a medida que la tierra iba girando.

Aparecieron primero las tierras de América del que pasó dulcemente bajo las lentes hasta que surgieron por la derecha, las tierras europeas, tras aparecer Islandia, que no era más que un diminuto punto sobre el mar del Norte, luego la masa verdosa del océano Atlántico, Escandinavia, Finlandia, las tierras bálticas…

—¡Preparados!

Por abajo se asomaba ya Polonia, tras dejar atrás Holanda, Alemania y los países centrales.

—¡Disparen!

Rayos azulados cruzaron el espacio circular que encerraban las astronaves. Al mismo tiempo, un brillo cada vez más intenso partió hacia la tierra como un terrible rayo vengador.

Allá abajo, en la enorme masa esférica que se movía, una llamarada cegadora, cada vez más grande, cubrió gran parte de la geografía soviética. El punto brillante que había surgido del centro del círculo fue dilatándose hacia las astronaves, implacable y rápidamente.

Todos los hombres que pilotaban los cohetes se hincaron de rodillas y todos ellos, moviendo imperceptiblemente los labios dejaron escapar el perfume de una postrer oración.

—… Padre Nuestro, que estás en los cielos…

EPILOGO

NAVIDAD…

No hay hogares, y los hombres, las mujeres y los niños se han reunido bajo las ruinas, arreglando por sus propios medios la fría y desesperante condición en que se encuentran.

No hace falta describir todo lo que la tierra ampara entre las casas destrozadas y los negros embudos de los proyectiles que han pintado de paisaje lunar las ciudades de los hombres.

Uno de ellos, un hombre —¿importa acaso cómo se llama, dónde ha nacido y lo que ha hecho?—, llevando un haz de leña avanza por entre las monstruosas ruinas.

La noche envuelve de sombras y desfigura, agitando la tragedia, todo cuanto yace en ella. Y las siluetas de la tragedia parecen descarnados brazos que se elevasen hacia el cielo en una perenne súplica.

El hombre, sigue su camino. El cansancio, la fatiga y la desesperación le han encorvado a pesar ele que no es viejo. Pero sobre su rostro las arrugas, trazos de un dolor precoz, le hacen parecer viejo, cansado, en el límite posible de una existencia.

Después de caminar largo rato, cruzando en la noche otras siluetas idénticas a la suya, el hombre se detiene ante uno de los derruidos edificios, penetrando en el interior, después de lanzar una triste mirada a la calle.

¿Londres?… ¿París?… ¿Berlín?… ¿Nueva York?…

¡Qué importa!

Una ciudad cualquiera y un hombre cualquiera. Manejar símbolos es mucho más fácil que mover seres concretos, sujetos a

su propia historia, ligados a su personal condición. Pero, además, ahora sobran los nombres porque la vida ha hecho todo igual con el rasante de la guerra y que la esperanza se da en todos los corazones porque es Nochebuena.

El hombre atraviesa pesadamente el camino giboso de las ruinas, se detiene cien veces para orientarse en aquel confuso mundo de destrucción. Finalmente, llega a un lugar en el que se abre la entrada de una cueva, mitad sótano mitad excavación, descendiendo por una rampa usada y sucia.

Hombres… mujeres… niños…

Es la Humanidad, la pobre Humanidad que espera, después de la terrible noche de la guerra, el alba de la paz.

—¿Has encontrado la leña —pregunta uno

El que acaba de llegar descarga sus espaldas, y la débil llama que ilumina apenas el local se engrandece, chisporrotea alegremente y hace que los rostros se definan, que el cansancio se palpe, que la esperanza brille en las pupilas como otras tantas llamas que acaban de avivarse.

Uno de los niños, como todos los demás, lucha denodadamente contra el sueño, dando cabezadas sobre el regazo de su madre.

De cuando en cuando yergue su cabecita, y abriendo los ojos merced a un esfuerzo mira alrededor antes de volverse hacia su madre

—¿Tardará mucho en llegar el Padre Noel? —pregunta.

—No mucho, hijo mío.

El niño vuelve a dormirse, y los hombres y las mujeres se miran entre sí, asombrándose de la enorme esperanza de los pequeños que les infunde a ellos los mayores un hálito divino que no puede morir jamás.

Otro de los hombres hurga el fuego y mira a los demás. Luego, con una suave voz que recuerda la del niño que ha hablado hace poco:

—¿Tardará mucho el padre Lucas?

—No creo —responde el otro.

—Espero que encuentren algo —interviene una de las mujeres que tiene dos niños dormidos sobre su regazo.

—¡Dios se lo premie!

—Tienes razón. Todo lo que hemos pasado, pasado está. Pero para los niños nada debe haber cambiado y su inocencia debe persistir con la misma fuerza que en otros tiempos.

—Los niños se harán hombres. Hombres de un mañana del que heredarán su fuerza, la fuerza de una civilización que ha estado a punto de perecer. Ellos juzgarán lo que hemos hecho y aprenderán en el libro de la Historia todo lo que desde el primer hombre se hizo sobre la tierra.

—Sí, ellos serán nuestros jueces y de ellos habremos de recibir la sentencia. Quiera Dios que nos juzguen benévolamente…

—Lo harán. Contra todo lo que se ha dicho, el corazón del hombre tiene a pesar de todo el hálito de su origen divino. Es verdad que durante la vida el Bien y el Mal luchan ásperamente por nuestra alma. Pero el Señor no olvidará jamás a los que le tuvieron presente en sus corazones.

—¡Que Él nos perdone! Forzados por las circunstancias hemos hecho mal para defendernos. Todos, entre las minas de las ciudades, entre la sangre de los caídos, estamos profundamente arrepentidos y esperamos sólo su perdón.

—¡Lo tendréis! —gritó una voz firme en la entrada.

El padre Lucas, seguido de un grupo de hombres, apareció cargado de los más diversos objetos que imaginarse puede.

Él había buscado y encontrado. Encontrado juguetes para los niños en un mundo de ruina y de desolación. Pero sus pasos fueron guiados porque lo que buscaba era la alegría de la inocencia y el gozo de los que el Señor amaba sobremanera.

Y las campanas, las que quedaban y las que vivían en los corazones de los hombres, voltearon alegremente para anunciar que el Mesías acababa de llegar al mundo…

F I N

Armas utilizadas
en la
Tercera Guerra Mundial

«TELE-PROYECTILES»

Utilizados ya en algunas campañas, estos medios de combate no alcanzaron el auge necesario hasta que no pudo aplicarse la televisión a sus complicados mecanismos, que a partir de ese instante correspondió plenamente al calificativo de «dirigidos».

Su empleo, que los teorizantes militares de mediados del siglo XX preconizaban en una extensión francamente desmesurada, limitóse, después de la guerra de Formosa, a sustituir a la aviación llamada de «caza», que resultó completamente inútil ante la nueva arma.

Limitadas sus posibilidades maniobreras, desde su invención, a simples reacciones electromagnéticas, debido a sus mecanismos electrónicos, dotados de partes sensibles que reaccionaban ante lo «térmico», lo «cromático» o la «masa» en movimiento, su desarrollo definitivo no se logró hasta que, dotados de televisión, no limitada gracias a un ulterior descubrimiento que se cita en esta obra, púdose guiar, en el sentido más amplio de la palabra, el «tele-proyectil», que se convirtió en un verdadero avión sin piloto, aunque, en realidad dicho piloto estaba actuando de tal manera como si hubiera estado ciertamente en su interior.

PROYECTILES «TURBO-AÉREOS»

Ya se había hecho notar, durante la Segunda Guerra Mundial, que los inciertos electos de los proyectiles antiaéreos no lo eran tanto, a veces, cuando, debido a la fuerza expansiva de su carga, lograban en algunas ocasiones desestabilizar a los aviones en vuelo, modificando tan brutalmente su equilibrio que el piloto no lograba rehacerse, viéndose obligado a abandonar su aparato.

Estas observaciones, como otras muchas, pasaron desapercibidas y nadie pensó, admirados todos por la precisión, cada vez mayor, de los vuelos en un arma que podía dar al traste con las más perfectas aeronaves.

El mundo de los «tele-proyectiles» parecía haber terminado con la Era de una defensa antiaérea eficaz y las naciones se dedicaron a fabricar sus proyectiles «tele-dirigidos», pensando que aquélla era la única manera de contrarrestar el dominio aéreo enemigo.

Fue en los últimos días de la Tercera Guerra Mundial cuando se emplearon los proyectiles «turbo-aéreos», que demostraron plenamente su eficacia. Evidentemente, y sin que la velocidad de una aeronave o un proyectil «tele-dirigido» intervenga directamente, la creación de violentos disturbios en la atmósfera puede modificar las trayectorias de los cuerpos volantes, desviándolos de su camino y haciéndoles, generalmente, chocar con algún punto lejos del que estaban destinados.

PROYECTILES «ULTRA-SÓNICOS»

El empleo de los «ultrasonidos» estaba ya muy generalizado en muy diversos campos de aplicación. Pero Wassoliev, en 1968, inició los trabajos que, tres años después, dotaban a la Unión Soviética de un arma secreta importante.

Su empleo, como el de otras muchas, se limitó a las postrimerías de la guerra, cuando ya se perfilaba la maravillosa victoria occidental.

Los ultrasonidos, producidos con una determinada intensidad, llegaron ya antes de 1950 a producir destrucciones en células humanas y animales, pensándose por algunos en su utilización en la lucha contra los tumores malignos.

Wassoliev hizo que la intensidad producida se multiplicase varios millones de veces, logrando una tal intensidad, que producía derrames cerebrales instantáneamente.

BOMBA «T» (BOMBA TÉRMICA)

Desde la prohibición internacional del empleo de las armas nucleares, en 1960, todos los países, sin disminuir en un ápice sus depósitos de bombas «A» y bombas «H», dedicaron todos sus esfuerzos a la creación de nuevos medios de combate que pudiesen, llegado el caso de un conflicto mundial, imponerse a las «armas secretas» enemigas.

La bomba «T» no es más que el resultado de una reacción química exotérmica, desmesuradamente gigantesca. El punto donde se ha lanzado tan temible proyectil se convierte en una especie de retorta, en la que se realiza un experimento químico de dimensiones colosales.

Durante unos seis segundos el calor desprendido por la reacción se eleva a 35.000 grados centígrados. Todo vestigio de vida y aún muchas sustancias inertes termolábiles desaparecen definitivamente de la zona bombardeada, que se convierte en un desierto, cuya aridez no puede compararse, por su terrible desolación; a ningún desierto natural.

BOMBA CROMÁTICA

Los efectos cegadores de esta clase de arma, utilizada, en el curso de la novela, en los frentes europeos por los rusos, parecen estar conseguidos por el helio.

En realidad fue observando las protuberancias lunares, en las que la intensidad lumínica es sencillamente, fantástica, que algunos

físicos rusos pensaron en la posibilidad de realizar, con fines puramente bélicos, una explosión en la que se lograse una luz que destrozase la retina de los soldados contrarios.

Los resultados obtenidos sobrepasaron todos los cálculos, por optimistas que fuesen. El empleo de las bombas cromáticas produjo el derrumbamiento casi completo del Ejército occidental, facilitando la inmediata ocupación de gran parte de los territorios europeos.

De todas las armas utilizadas en la Tercera Guerra Mundial, ésta fue, indudablemente, la más inhumana.

BOMBA
Cromática
DICHA BOMBA, ACABA DE SER LANZADA. COGIDOS POR SORPRESA, LOS SOLDADOS SON CEGADOS Y SUS RETINAS DEFINITIVAMENTE DESTRUÍDAS.

BOMBA «ANTI-G»

Surgida de la fabulosa inteligencia del profesor alemán Karl Stromberg, que logró modificar las teorías de la relatividad de Einstein, la bomba «anti-g» contribuyó poderosamente a detener el avance ruso hacia el Mediterráneo.

Gracias a ella se pudo montar la victoria sobre otras armas que se estudian más adelante. Capaz de modificar, parcial, local y temporalmente, las condiciones de la gravitación, la bomba «anti-g» atrae cuantos objetos no están profundamente sujetos al suelo, elevándolos a gran altura. Cuando sus efectos desaparecen, los objetos se desploman, atraídos nuevamente por la Tierra, produciéndose los efectos catastróficos consiguientes.

La bomba «anti-g» fue un triunfo para los occidentales, ya que, más que los efectos propiamente destructivos, aterró a los soviets, que no llegaban a comprender cómo tanques, cañones, vehículos y hombres volaban misteriosamente por el aire.

TANQUES GIGANTESCOS «WASHINGTON»

En agosto de 1999 existían en todo el mundo treinta tanques de este tipo, construidos todos en los Estados Unidos. Doce de ellos fueron llevados a Europa en el otoño de 1996 para formar parte del armamento especial de la OTAN.

Todos los que quedaron en los Estados Unidos desaparecieron, seguramente destruidos por la acción geológica que provocaron los rusos.

En Europa, el Alto Estado Mayor occidental no se decidió a usarlos hasta el último momento, aplicándolos después del lanzamiento de las bombas

Construidos para corroborar la necesidad bélica de sustituir los grupos de blindados por aquellas inexpugnables fortalezas de acero, que, mejor que ninguna otra cosa, podían introducirse en territorio enemigo para formar núcleos de resistencia prácticamente imbatibles, los supertanques «Washington» constaban de tres pisos y una azotea, dotada de torretas antiaéreas (2) que circundaban una verdadera red de lanzamiento para «tele-proyectiles» (5), que contribuían a la defensa del tanque.

Los tres pisos estaban dotados de una serie de piezas de artillería (1) de todos los calibres, y en la parte delantera había una rampa metálica blindada (4) para permitir la salida de la Infantería en caso necesario. Dos pares de enormes dragaminas (3), como monstruosos brazos, protegían completamente la marcha del formidable vehículo, en cuyo interior podían ir hasta doscientos hombres.

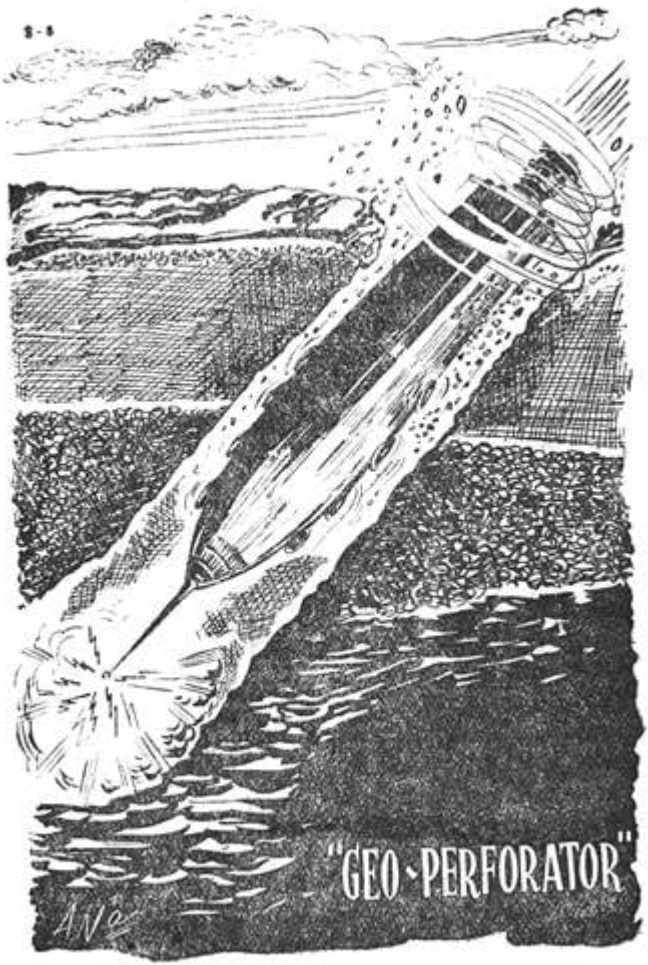
«GEO-PERFORATOR»

El arma descubierta por la ciencia demoníaca del profesor Stanoliew desquició todos los conceptos de la guerra, inaugurando una fatal era «Geológica», a cuyo lado la «Atómica» no era más que un ridículo intento de destrucción en masa.

El mecanismo del «Geo-perforator» se ha explicado suficientemente en el curso del libro, para volver aquí con inútiles y fastidiosas reiteraciones.

Lo esencial del mecanismo no era, contra lo que aparentaba ser lo más importante, la perforadora de desintegración situada en la larga punta de su proa. El verdadero hallazgo de Stanoliew, sin el que no hubiese sido posible el «Geo-perforator», fue el sistema que repelía las partículas radiactivas del terreno desintegrado.

La corriente turbulenta de los fotones aislaba perfectamente al aparato de la desintegración, de una manera semejante a como el estómago humano se protege de ser digerido por su propio ácido clorhídrico que segregan sus paredes.



«ESPEJO CÓSMICO»

Los estudios del profesor Stromberg, desaparecido en el tremendo caos de la Tercera Guerra Mundial, lograron, gracias a

los trabajos de su alumno preferido, el profesor Irving, de Nueva York, y sus colaboradores en el Instituto de Investigaciones Nucleares y en la Cátedra de Astrofísica y Astronavegación de Madrid, una merecida victoria sobre las fuerzas agresivas de la URSS.

Desde hacía mucho tiempo se pensaba ya en la utilización de los rayos cósmicos, cuyo poder de penetración había admirado a los científicos de todo el mundo.

Las dificultades técnicas eran tan enormes, que hasta 1980 no logró el propio Stromberg hallar la manera de realizar la concentración en el espacio de tan formidable forma de energía.

Siguiendo las ideas de su malogrado maestro, Irving, incapaz de resolver el problema con el establecimiento de estaciones siderales hubo de sacrificar a un grupo de astronautas voluntarios, que, con sus aparatos, formaron la «red» atómica necesaria para concentrar los rayos cósmicos contra el enemigo.

ESPEJO CÓSMICO
PRODUCIDO POR
VARIAS ASTRONAVES

PRÓXIMO NÚMERO

UNA IDEA DEMONIACA EN LA MENTE DE UN HOMBRE IZADO, POR SU DESMEDIDA AMBICION, A ALTURAS PELIGROSAS

¡SE CREIA CAPAZ DE CREAR Y ASI PAGO, DE UN MODO HORRENDO, UN PECADO DEMASIADO GRAVE!

¡NO LO LEA POR LA NOCHE! ES UN CONSEJO....

PRECIO: 15 PESETAS

EDITORIAL MANDO

AV. REINA VICTORIA, 23 - MADRID

EDITORIAL MANDO MADRID